

Las chicas malas no mienten

ByALady

*Leavensworth se ha quedado sin abeja reina,
pero nunca sin secretos. ¿Estarías dispuesto
a matar por uno?*

LAS CHICAS MALAS NO MIENTEN

BY BYALADY

Capítulo 1

Nota del autor

Hace tiempo que no escribo ni una palabra con intención de mostrarla a un público crítico como los increíbles escritores que comparten sus obras en esta plataforma. Eso se debe en su totalidad a la pérdida de no sólo un gran apoyo en mi vida, sino una grandísima persona que por cada día que pasa no hay manera de que borre tu sonrisa de mi cabeza. Él nunca dejó de creer en mí, ni si quiera cuando yo ya me daba por perdida. Y sé que desde el cielo me está apoyando con esto. Hace un año se me arañó el alma, y hace siete meses se me rompió por completo. Y aunque nadie tiene más culpa que yo por haber abandonado algo que convertía una simple grieta en algo más que una imperfección en la pared, hoy he decidido volver a pintar con palabras la maraña de letras que almacena mi mente. Aunque sólo sea para tenerlo a él un poquito más cerca. Para no olvidarlo nunca.

Esta va a seguir siendo la historia de fortalezas, de debilidades; De amor, y de odio que tenía pensada. Una historia llena de mentiras que gritan verdades. Y aunque sigan siendo los mismos personajes, los capítulos tienen partes inéditas, de esa manera són mucho más largos y más desarrollados que los anteriores. Sin embargo, quiero agradecer todo el apoyo que recibí en mi primer borrador de esta historia, me alentasteis a seguir teniendo ilusión por algo que me devuelve la vida entera. A vosotros, es a quienes quería pedir perdón. Y gracias.

Espero que os guste el intento a manscrito definitivo.

Capítulo 2

Prólogo

Cincuenta y cuatro baldosas. Había cincuenta y cuatro baldosas en el suelo. Hacía más de cinco horas que estaba aquí retenido. Esto no podía ser legal. ¿Dónde estaban mis derechos civiles? Seguro que aquí no, en una silla de plástico incomoda dentro de una pequeña sala cuanto menos claustrofóbica. ¿Qué narices le pasaba a la policía de Nueva York? Podían al menos respetar las horas de sueño, o al menos no matarme de aburrimiento en esta caja de zapatos.

Estaba sentado a un par de metros de distancia del gran espejo de interrogatorios, donde seguramente tras él había un par de policías incompetentes observando lo mismo que había estado mirando yo durante las cuatro horas que llevaba aquí dentro, a un chico de pelo castaño y con un ceño fruncido digno de cualquier villano de alguna película de acción de Vin Diesel. Y sí, lo reconozco. Puede que la hubiera estado perfeccionado delante del espejo durante toda mi preadolescencia. Sin embargo, justo cuando empezaba a creer que no iban a dar señales de vida hasta pasadas cuatro horas más, la puerta se abrió dejando ver a un tío de piel morena de mediana edad con traje y un horrible bigote, y a un chico rubio no más mayor que yo con el uniforme reglamentario de la policía de Nueva York.

—Ulises Jay Morrison —comenzó el tío del bigote. Tenía un perfecto acento neoyorquino pero por su apariencia apostaría a que tenía orígenes ecuatorianos—. Te llamas así, ¿no?

—Imagina equivocarte de tío. Qué cagada, ¿no?

El tío del bigote chasqueó la lengua con una sonrisa hipócrita antes de ocupar la silla que había frente a mí.

—Vaya... nos ha tocado un gracioso —se giró dirigiéndose al policía — ¿Por qué todos los niñatos de pueblo abandonan sus tugurios de mierda para venir a Nueva York?

—Supongo, señor, que están deseosos de ejercer sus derechos constitucionales.

—Ah, sí. Bendita constitución.

—¿Van a tenerme mucho rato más aquí? Porque algunos tenemos mucho

curro aún.

—Ah, ¿pero tú sabes lo qué es un curro? — preguntó el tío del bigote apoyando sus codos en la mesa de metal y acercándose —. Y dime, ¿qué curro es ese?

—¿A caso estoy detenido por tener un trabajo? — le desafié acercándome también.

—Agente McNally, ¿sería tan amable de recordarle aquí a nuestro amigo currante un hecho indispensable que parece no entender?

—Estás en una sala de interrogatorios — dijo el policía uniformado señalándome con el boli que llevaba en la mano —. Limitate a contestar ¿Es que estás buscando problemas?

Resoplé dejándome caer en la silla. Dios, ¿tanto les costaba poner un cojín?

—Llevo paquetes —Claudiqué—. Ya sabes, la gente hace pedidos en sus casas y yo les envío la mercancía.

—Ya, en Nueva York solemos llamarlo repartidor. Pero dime, ¿cuánto tiempo llevas en esta espléndida ciudad de las oportunidades?

—Unos tres meses. ¿Alguien piensa explicarme por qué estoy aquí?

Aún llevaba puesta la camiseta negra de tirantes y los vaqueros del día anterior. Necesitaba una ducha con urgencia.

—La moto aparcada frente tu domicilio.

Tensé la mandíbula. Mierda.

—¿Qué le pasa? — opté por el despiste. Siempre funcionaba.

—Pues parece ser que es robada. Hace cuatro semanas denunciaron su robo en un barrio no muy lejos del tuyo —explicó el policía rubito leyendo un informe.

—Vaya... Eso sí que es una casualidad.

—La vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida... — sonreí de medio lado antes de acomodarme despreocupadamente en la fastidiosa silla.

—Y más sorpresa que te va a dar en los próximos cinco años de cárcel.

Se me borró la sonrisa de un plumazo. No podía decirlo en serio.

—Será una broma.

Se giró hacia el policía.

—Es lunes, pueblerino. No es día de bromas.

—Es mi primer delito. ¡¿Es que eso no cuenta?!

—Puede que en tu pintoresco pueblo natal sí, pero en la gran manzana nos tomamos muy en serio todos y cada uno de los delitos cometidos — dijo levantándose hacia a puerta.

—¡Y una mierda! —me levanté — ¡Quiero un abogado!

—¿Es que crees que estas en un episodio de Ley y orden ? Esto es un crimen menor. No hay jueces, ni vistas, ni juzgados.

—Sin embargo, podemos negociar un trato. ¿Qué te parece, pueblerino?

Fruncí el ceño.

—¿Un trato? Pero si yo no puedo ofreceros nada.

—Ahí te equivocas — .Volvió a sentarse —. Tu nombre completo es Ulises Jay Morrison, pero todos te conocen como Jay. Un macarra de poca monta que se crío en Leavensworth, un pueblo con 1096 habitantes, demasiado pequeño como para aparecer en los mapas de las gasolineras pero lo suficientemente grande como para tener un colegio y una universidad, con una madre divorciada y muchas facturas que pagar.

Pestañeé un par de veces. Qué cojones...

—¿Cómo sabe todo eso? ¿A dónde quiere llegar?

Sonríó de medio lado, junto con un brillo indescifrable en su mirada.

—Dime, pueblerino. ¿Conoces a Eleonor Hall?

Capítulo 3

Capítulo 1: Emily

El baño del tanatorio estaba lleno de chicas retocándose el rímel. Sus rostros iban y venían sumergidos por la pena. Y por la hipocresía, claro. Todos habían venido a manifestar su último adiós a la chica de oro de Leavensworth; Nuestros profesores, nuestros compañeros y hasta nuestros vecinos de Reavendale...todos querían ver por última vez a la gran Eleonor Hall. Como si alguna vez hubieran hecho algo más que contemplarla desde lejos. Sin embargo, las envidiaba. Envidiaba a cada una de estas chicas desoladas llorando por su muerte. Era algo que yo era incapaz de hacer.

"Puedo hacerlo, puedo hacerlo, puedo hacerlo" me repetí frente al espejo. Llevaba puesto un vestido negro y corto de Tommy Hilfiger. El escote era de pico y la cintura estaba ornamentada con un pequeño cinturón a juego. Era un vestido bonito, de los que Eleonor hubiera dado el visto bueno . A Eleonor le encantaba el negro.

Suspiré. Solo de pensar en ello se me revolvía el estómago. Eché un vistazo a mi bolso de Michael Kors de la temporada pasada y saqué mi bote de pastillas marrón. Abrí su contenido sin apartar la vista de mi reflejo y me tomé un par antes de inclinarme hacia el grifo y beber agua. Antes de armarme de valor y salir de allí, volví a dedicarme un último vistazo. Mi pelo negro seguía igual de liso, y las mechas californianas no me sentaban mal. Pero estaba hecha polvo, las ojeras me daban ese aspecto triste que tanto ansiaba, pero no eran más que el resultado de un par de noches en el hospital. Aún me dolía la cabeza, aunque no estaba segura si era por los puntos o por este lugar. El dolor volvió a arrastrarme con fuerza de vuelta a lo ocurrido.

Cerré los ojos y salí de ese cubículo asfixiante. Me choqué con más trajes negros y rostros bañados en lágrimas. Idiotas. Seguro que ya habían subido su foto junto con el cadáver más famoso de Leavensworth en su Instagram, esperando ansiosos a que crecieran sus seguidores. Porque ahora se había convertido en algo más que una reina, era Ana Bolena después de su ejecución, la mismísima María Estuardo en su ataúd de roble blanco. Una perfecta mártir venerada. Y mientras permaneciera en ese ataúd, le rendiría un duelo digno de cualquier reina.

Tardé en encontrarlas entre toda la muchedumbre, pero allí estaban. Había algo poético en aquella imagen. Tres chicas bien distintas, todas ellas vestidas de negro frente a su ataúd de roble blanco abierto. Frente a su cuerpo. Anne fue la primera en verme.

—La señora Hall quiere que alguna de nosotras diga algo.

Anne la miraba con una mirada perdida y seria. Casi parecía más mayor, como si los años se le hubieran multiplicado en estos dos días. Pero seguía estando guapa. Se había cortado el pelo, ahora lo tenía rubio y corto. Su tez morena le favorecía con el vestido negro que llevaba puesto. Era uno muy parecido al mío, pero este era de marca Guess. Aunque a ella le sentaba mejor, claro. Mi piel era más bien pálida comparada con la suya. Cuando Eleonor se lo permitía, Anne era el centro de todas las miradas masculinas.

—Si no queréis que acabe cargándome este funeral será mejor que no sea yo — dijo Jess distraída, mirándose las puntas de su largo pelo rubio y rizado.

—Creo que deberías subir tú. Al fin y al cabo, tú eras su favorita.

—Yo no era su favorita, Anne — fruncí el ceño—. Para Eleonor todas éramos iguales.

—Entonces, procura tener mucha imaginación. Solo se permiten decir cosas buenas a los muertos.

—¿Pero estáis seguras de que está muerta?

—Está en un ataúd, Jess — señaló Lauren —. Pálida y con un tiro en pecho. Si de esta sale viva prometo servir a Dios a partir de ahora, porque no quedará ninguna duda de que es el mismísimo demonio.

—Mala hierba nunca muere...—murmuró Jess.

Jess siempre fue una persona complicada. Era de esa clase de personas a las que solo se les puede odiar o amar. Sin ninguna medida intermedia. Su amistad podía resultar complicada la mayor parte de las veces pero aprendías a quererla. Y también a odiarla. Como cualquier persona abiertamente superficial, para ella su reflejo en el espejo era la mejor oda a su belleza. Era por todo lo que vivía y mantenerlo era su mayor aspiración en la vida. Y claro, como cabía de esperar, todos los chicos hacían cola para babear sobre sus fotos subidas con poca ropa. Ojo, mi intención no es juzgarla. Cada cuál le da el enfoque que quiere a su vida para acercarla lo más posible a su felicidad particular. Aunque sí que tenía ciertas dudas acerca de su felicidad. Y en cuanto a ellos, no les culpaba. Jess tenía un cuerpo de pasarela, aunque todo facilitado por la mano de la genética. La parte triste – por qué en toda historia hay alguna – era que una vez conseguían lo que querían, se olvidaban de ella tan rápido que apenas se acordaban de ella la noche anterior. Aun así, era curiosamente enamoradiza. Puede que hasta me equivoque y sus fotos y vídeos fueran simplemente el fruto de un esfuerzo en vano. Si ese fuera el caso... no era

yo la indicada para juzgarla.

—¿Queréis callaros? — gritó susurrando Anne —. Alguien podría oírnos.

—Pues que nos oigan, ¿qué más da? Somos oficialmente libres, a estas horas ella ya debe estar en las puertas del infierno.

—¿Que qué más da? Claro, Jess. Seguro que a nadie le resultara raro que nuestra mejor amiga le atravesaran el pecho con una bala a tan solo unos metros de distancia de todas nosotras la misma noche en la que decidimos pasar el tiempo en un bosque abandonado a kilómetros de distancia de la casa más cercana, ¿verdad? — Susurró acalorada Anne—. Todas nosotras tenemos una maldita diana dibujada en nuestra frente, procurar no olvidarlo.

—Pero nosotras no...

—Ganas tampoco nos faltaron, Lauren.

—¡Jess!

—¿Qué? ¿Podéis haceros un favor y dejar de ser tan paranoicas para disfrutar de este momento?

—Yo aún no me lo creo. Es que no me lo creo.

—¿Quieres tocarla? Debe de estar helada.

Lauren arrugó la nariz.

—Nunca había visto a un... ya sabéis, pero me alegro de que sea ella.

—Muerto. Nunca habías visto a un muerto. Dios, ¿por qué tienes que hacer de todo un drama?

—¿Pero qué te pasa?

—Parad. Las dos —interrumpió Anne —. Parecéis crías en la puerta de un colegio.

Jess replicó, como siempre. Pero yo ya estaba muy lejos de allí, muy lejos de esa conversación. Mi mirada estaba perdida en su cara, pálida como la nieve, y su pelo rojo como el fuego. Hasta muerta estaba impecable. Llevaba los labios pintados de color cereza, su favorito. Y sus uñas pintadas de color nude. Parecía que en cualquier momento iba a levantarse y a decir algo como : "¿No podías haberte aplicado un poco peor la base de maquillaje?" Pero ella estaba ahí, muerta. Y yo aquí , observándola. Sin poder evitar sentir alivio y culpabilidad al mismo

tiempo.

—Emily —me llamó Anne sacándome de mi ensoñación —.¿Te encuentras bien, verdad?

—Claro. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Vamos, la ceremonia va a empezar.

A penas había notado al pastor subir hasta el altar y a los presentes ocupar sus asientos con prisa. Nosotras ocupamos el segundo banco de la izquierda, y sentada entre Anne y Jess supliqué a las horas que corrieran. Qué volaran. Estaba impaciente por descubrir la vida sin Eleonor Hall.

—Hoy es un día triste para todos los habitantes de Leavensworth...— empezó el pastor.

—Por favor, que hable por él — susurró Jess antes de dedicarle una mirada furtiva.

—Estamos todos aquí reunidos para despedir a nuestra vecina, a nuestra amiga, a nuestra compañera...

—A nuestro dolor de cabeza...

—¡Basta, Jess!

—Chicas — nos llamó Lauren — ¿No es ese Jay Morrison?

El corazón se me detuvo un par de segundos.

—¿Qué?

Me giré brusca, suplicando en silencio que tan solo fuera alguien con un increíble parecido. Pero mi gozo se cayó en picado en un pozo. Estaba justo de pie en la entrada, tan increíblemente guapo como siempre. Llevaba un traje y corbata y parecía estar bastante tranquilo aun estando en el velatorio de su novia recientemente asesinada.

—¿Llegaron a terminar lo suyo? — preguntó Lauren.

—Claro que no, es Jay Morrison. Él nunca da explicaciones —contestó Jess —.Me han dicho que se fue a Nueva York una vez empezó el verano sin ni siquiera despedirse de su madre.

Observaba el ataúd con cierta lastima y seriedad. Nunca fue un chico muy transparente. Pero eso siempre volvió locas a las chicas, la fama de chico malo siempre funcionaba a la hora de crear una reputación. Sin embargo,

estaba segura que bajo esa trabajada fachada, aún quedaba algo de ese chico tímido de sentimientos y de corazón sincero. Aunque seguía siendo un imbécil, eso nadie podía discutirlo.

Como si notara la mirada de cuatro pares de ojos observándolo, deslizó su dura mirada hasta nuestro banco. Me volví abruptamente intentando disimular mi metedura de pata. Lo último que quería era que pensase que me importara su vuelta.

—¿Quién es el chico rubio que lo acompaña? — preguntó Jess mirándolo sin ningún descaro.

—Debe de haber hecho amigos en Nueva York —le respondió Lauren.

—Pues menudos amigos hay en Nueva York...

—¡Shtt! No escucho...

—...y ahora, por favor, oigamos algunas palabras de sus seres queridos— dijo el pastor dirigiendo la vista hacia nuestro banco.

Mierda. ¿Tenía que subir? ¿Ahora?

Joder, joder, joder.

Anne me dio un codazo para que moviera el culo, pero yo solo podía pensar que Ulises estaba aquí. ¿Cómo iba a concentrarme en inventarme algo ahora? Serenidad. Todo lo que tenía que hacer era calmarme. ¿Qué me importa Ulises? ¿Qué me importa si parecía haber vuelto el triple de guapo de lo que se fue?

Pertenece al pasado. A un pasado ya muy pisado. Ahora era Jay, el novio de Eleanor. Quiero decir exnovio, claro. Seguro que ya ni siquiera piensa en mí. ¿Verdad? Solo de pensar en lo que habrá estado haciendo en Nueva York me tiembla todo el cuerpo.

Emily, con quien haya o no haya estado no es asunto tuyo.

Subí hasta el altar con demasiada parsimonia. Sólo debía decir lo injusta que era su muerte, alguna anécdota inventada y si me esforzaba lo suficiente, quizá podría soltar alguna lágrima. Pero cuando estuve a punto de empezar, mi mirada se dirigió a la suya. A la de un fantasma. A la del gran Ulises Jay Morrison. Estaba sentado en la última fila y me devolvía la mirada nervioso. ¿Cuántas veces había imaginado este día? Le odiaba. Y también la odiaba a ella. Bajé mi mirada hasta su ataúd. Desde aquí arriba parecía que me sonreía, como cuando sabía algo que no quería

decirte. Esa estúpida sonrisa de superioridad.

—Todo el mundo conocía a Eleonor Hall — empecé —. Era una gran persona, con muchísimas habilidades. Siempre regalándonos su sonrisa, siempre ayudando a todo el mundo, siempre sabiendo qué hacer en cada momento. La admiraba, ¿quién no? Era una chica impresionante. Se salía de la media por millones de razones. Cuando pienso en ella solo se me viene a la mente una palabra: Extraordinaria. —Todos asintieron, aparentemente satisfechos con mis palabras. Eso me infundo valor —. Yo sólo sé que a partir de ahora, todo será diferente porque Eleonor Hall estaba presente en todas y cada una de las vidas de Leavensworth de una manera u otra. Siempre la recordaremos por lo que hizo y por la huella que dejó. Porque Eleonor Hall era, es y será irremplazable.

Silencio. Supiré y bajé del altar con prisa, casi corriendo hasta el banco. No había conseguido llorar, pero al menos lo había intentado.

—Yo no lo hubiera dicho mejor — susurró Anne —. Hasta siempre, Eleonor.

Poco a poco la capilla se fue quedando vacía, aunque nunca del todo. Todas las lágrimas desamparadas se trasladaron fuera, donde ni el calor más abrasador que jamás ha pasado por Leavensworth podía si quiera secarlas. Apenas estuvimos dos minutos, pero fue tiempo más que suficiente para ver a la señora Hall. Estaba sencillamente destrozada. No hablaba ni compartía sus lágrimas con nadie, ni siquiera con el señor Hall. En cierta manera siempre me recordó a Eleonor. Ese pelo rojizo siempre bien peinado, esos ojos esmeraldas recién tallados, su evidente elegancia...Ambas eran demasiado fuertes como para permitirse parecer débiles en público o en privado. Y mientras la señora Hall permanecía estoica al lado de su marido, este iba recibiendo los pésames de todos y cada uno de los presentes que habían ido al entierro de su hija con una expresión más que ensayada. Así eran los Hall, un elenco de profesionales en el engaño. Especialmente si tenían un público tan extendido.

—¿No estarás sintiendo pena por esa bruja, verdad? — Estaba tan concentrada en el espectáculo que no oí a Jess acercarse.

—Creo que ella la quería de verdad.

—Al menos hay alguien en este asqueroso funeral que la va a echar de menos.

Me removí nerviosa mirando hacia ambos lados.

—Jess...

—Oh, vamos. Te estas volviendo un muermo. ¿Dónde está esa Emily Bell de cinco años que le tiraba de las trenzas a la mamarracha de Mackenzie Hyde?

—¿Quieres que le tire del pelo a la señora Hall?

—¿Es broma, verdad? ¡Pagaría por ver cómo le tiras de ese nido de pájaros a ese ogro vestido de Versace!

Me reí con disimulo siendo muy consciente de que seguimos estando en un funeral, independientemente de a quien perteneciera el ataúd. Pero mi sonrisa desapareció en cuanto lo vi. Ulises estaba a unos metros hablando con Elizabeth, la horrible prima y aspirante a mini clon de Eleonor. Es un año más pequeña pero eso no parecía ser un problema para echarse de manera exagerados a los brazos de Ulises. Y él... él simplemente parecía que quisiera que viera todo lo que me había estado perdiendo estos tres últimos meses.

No me doy cuenta de lo fruncido que está mi ceño hasta que Jess acaba notándolo.

—Ah, ya, a mí tampoco me cae bien — dice siguiendo mi mirada —. Solo le falta suplicar para que sea aún más penoso de ver. Qué estamos en un funeral, por dios... ¿Y la decencia?

Apenas la escucho. Intento despegar la mirada pero soy incapaz. Debo ser masoquista.

—Aunque la compadezco. Yo también pondría en duda mi orgullo por Jay Morrison. Si algo tiene Jay es un buen...

—Vale, suficiente. ¿Dónde se ha metido Anne?

—Oh,oh. Qué viene...

Por un momento pienso que se refiere a Ulises y me dan mil micro infartos en dos segundos. Pero al girarme me encuentro con una mirada verde y penetrante.

—Emily, querida —La señora Hall me da dos besos educados en la mejilla casi sin siquiera rozarme—. Tus palabras han sido preciosas. Eleonor se habría emocionado si te hubiera escuchado, siempre dijo que tu mayor virtud eran las palabras.

—Gracias, señora Hall. Solo he intentado ser sincera.

—Lo sé. Por eso mi hija te apreciaba tanto.

Permítame que lo dude...

—Siento su pérdida.

—Gracias, querida. ¿Asistirás al velatorio, verdad?

—Claro. Iremos todas.

Jess carraspeó a mi lado.

—¿Y el joven Connor Leavensworth?

No me sorprendió que lo mencionara. La señora Hall quería un velatorio digno de una reina, quería celebrar el acontecimiento del año para que todo el mundo recordara a su hija como una gran heroína con un triste desenlace. Y que mejor manera que asegurarse de que al menos el hijo de la persona más influyente de Leavensworth asistiera.

—Claro. Quiere darle también el pesame de su padre ahora que él está en Louisiana.

—Oh, sí. El alcalde es un hombre muy ocupado. Y su hijo algún día también será un buen alcalde para Leavensworth .

—Señora Hall —interrumpieron de repente —. Me gustaría ofrecerle mi más sentido pesame. La señorita Hall siempre fue una alumna destacable y brillante.

—Gracias, profesor.

El profesor Cerveira le apoyó la mano en el hombro y se alejó hacia el padre de Eleonor, no sin antes saludarme con un ligero movimiento de cabeza. Pero lo hizo de una manera extraña, como si quisiera comprobar algo. Seguramente estaba meditando la posibilidad de resultarle una mentirosa o una asesina. El profesor Cerveira era un hombre peculiar... pero destacaba por su más que evidente buen físico entre todas las jóvenes estudiantes del Melville High School. Todas estaban locas por un poco de atención en sus clases de historia. Jess incluso estudiaba, pero yo siempre lo vi demasiado forzado. Demasiado... fingido.

La señora Hall dio por finalizada nuestra conversación con una sonrisa comedida y se dirigió con su paso altanero hacia sus amigas del club de golf.

—Dios, esa mujer da miedo.

—Oh, vamos. Lo dices porque ha pasado completamente de ti.

—Cuanto más alejada de ella y de su escoba mejor. Es idéntica a...

—Ya.

Anne y Lauren aparecieron dos minutos más tarde, insistiendo en coger el coche e ir hacia casa de los Hall para acabar cuanto antes con el velatorio. Dirigí una rápida mirada hacia donde unos minutos antes había estado Ulises, pero se había marchado. Se había marchado sin ni siquiera intentar hablar conmigo. Y algo me pellizcó el corazón.

Apenas tardamos cinco minutos en llegar. La casa de los Hall siempre me recordó a un palacio. Su decoración minimalista no era algo que pasara desapercibido en un pueblo como Leavensworth, era por eso por lo que todos los invitados intentaban conservar la tristeza que minutos antes tan bien habían consagrado y dejar de lado las ganas de buscar por google la procedencia de la alfombra del recibidor. Habían decorado el salón con fotografías y posters de Eleonor, además de un gran surtido de velas perfumadas alrededor. La gente iba pasando por el libro de condolencias como si fuera una estación de peaje obligatoria mientras nosotras estábamos junto la ventana, observando de lejos la cercanía de la gente con el señor y la señora Hall.

—No han traído el ataúd.

—Porque lo están enterrando. Ahora mismo Eleonor debe estar tragando tierra — susurró Anne alisándose el vestido.

—¿Enterrando? Pero todo el mundo está aquí — contesté sin dar crédito —. Sus padres están aquí.

—Supongo que les pareció poco glamuroso ir a un cementerio embarrado.

—Poco glamuroso para sus Manolo, claro —.Jess cogió una copa de champán de la bandeja de un camarero —. Lauren, ¿crees que debería cortarme las puntas?

—Las tienes perfectas, Jess. Yo sí que debería repasármelas.

Puse los ojos en blanco. La dulce hipócrita Lauren, todo un cliché de la amiga con madre sobreprotectora que expresa un carácter egoísta mal disimulado y que insta a necesitar la dependiente compañía de cualquiera para poder vivir un solo momento de su propia vida. No ponía en duda su aparente bondad, sólo que a veces resultaba exhaustivo tener que lidiar

con ella. Siempre queriendo saber todo, siempre queriendo hacer lo mismo... Lauren no se parecía en nada a Jess, pero la admiraba como si deseara con todas sus fuerzas serlo. Tenía un carácter infantil, insípido y aborrecedor. Pero entre tantas manzanas podridas, se sentía bien tener al lado a alguien con una aparente e inocente fragilidad como la de Lauren. Sin embargo, debía admitir que a veces solo me hacía sentir un poco de pena.

—En fin...

—Ni se te ocurra, Emily.

—¿El qué?

Anne me miró mientras enarcaba la ceja.

—Sé lo que vas a decir.

—¡Pero si aún no he dicho nada!

—De aquí no se va nadie hasta que por lo menos pase media hora. La gente podría empezar a preguntarse por qué sus mejores amigas son las primeras en irse de su velatorio.

—No me importa, Anne. Tengo la sensación de que estamos dentro de un capítulo interminable de Black Mirror y cada vez que me descuido noto la bilis subir por la garganta. ¿Habéis visto a toda esta gente? Dudo que hayan venido por otra cosa más que no sea la comida.

—Simplemente disfruta, Ems. ¿A quién no le gusta Black Mirror?—me guiñó un ojo Jess —. Una copita de Moët y se te pasa enseguida.

—Tienes toda la razón. Emily, ¿Por qué no vas a por una copa para todas?

Chasquéé la lengua a punto de decirles que me marchaba con o sin su permiso, pero entonces el vello de la nuca se me erizó.

—Al fin os encuentro, señoritas —oí una voz tras de mí. Esa voz... —. Para ser de pueblo, sois unas chicas de muy difícil acceso.

Apenas pude dar media vuelta sin evitar el temblor de mis piernas. Pero ahí estaba. Mierda, ¿por qué cada vez que lo veía me parecía más guapo?

—¡Pero si es el gran Jay Morrison en persona! Te creía en Wall Street buscando tu propia fortuna millonaria —coqueteó Jess acercándose a él.

—Se me hizo pequeño. Además, debía venir.

Estaba nervioso. Se frotaba las manos y trataba con esfuerzo no mirarme. ¿Se sentía culpable?

—Claro. Debe de haber sido chocante para ti —saltó Anne.

—Bueno, como para vosotras, ¿no?

—Claro. ¿Quién es tu amigo?

Apenas me había percatado del chico rubio y enorme que le acompañaba a su lado.

—Ah, sí. Os presento a Dan. Él es un amigo y mi compañero de piso en Nueva York.

Dan nos deslumbró una a una con su sonrisa de modelo de bañadores.

—Es una pena conocernos en tales circunstancias pero me alegra conocer a las amigas de Jay.

—No éramos sus amigas —. Mierda. ¿Eso había salido de mi boca? —. Quiero decir, éramos las mejores amigas de Eleonor. Pero con él solo compartíamos algunas clases. Bueno, cuando iba, claro.

Emily, por favor. Callate.

Fue entonces cuando Ulises me miró directamente por primera vez desde que se había acercado a nosotras. Y sentí como estaba a punto de recibir una combustión espontánea.

—Tú debes de ser Emily, ¿verdad?

Asentí incomoda. La mirada de Ulises me hacía sentir inquieta.

—Jay me ha contado que una vez te aceptaron la publicación de un artículo para el Louisiana Post Journal. ¿Cómo lo conseguiste?

—De hecho fue una columna en su última página. Nada especial, pero es todo un detalle que Jay se acuerde. No hablábamos mucho.

—No digas eso, Ems —. Intervino Anne —. Fue una columna muy bien escrita. Incluso nuestra profesora de letras la expuso en clase

Me atreví a mirarle. Pero él solo me devolvió la mirada enfadado. ¿Por qué había vuelto? ¿Por qué me dolía tanto tenerlo tan cerca de nuevo? Noté un pinchazo espantoso en la cabeza que me hizo llevarme las manos a

ella.

—¿Te duele?

Dos palabras. Dos palabras que me había dicho desde su vuelta y yo ya estaba a punto de estallar.

—Estoy bien —. Eché un rápido vistazo a mi alrededor intentando buscar una salida—. Solo tengo sed. Iré a por algo de beber, enseguida vuelvo.

Jess dijo algo, pero no me molesté en escucharlo. Solo quería alejarme lo más lejos posible de él, nunca había tenido tantas ganas de perderlo de vista. Tenía que pararlo. Tenía que impedir que me afectara como solía hacerlo. Habían pasado tres meses, por el amor de dios. Ya iba siendo hora de superarlo. Había pasado página, no me merecía perderlo todo por una visita de cortesía después de que me abandonara como si fuera basura.

Me acerqué a la mesita de refrescos y bebidas. Me llené una copa con agua sin gas antes de beberme todo su contenido de golpe. Alcé la vista y me sorprendió ver a la señora Hall mirando a mi dirección con cierta curiosidad, pero entonces noté su mano en mi muñeca.

—Emily.

Cerré los ojos. Tan solo unos segundos, los suficientes para prometerme que no dejaría que esto acabara conmigo. Resoplé. Y me giré hacia él.

—Hola, Jay. ¿Qué tal todo?

No se lo esperaba. Supongo que venía buscando lágrimas, reproches y súplicas. Pero no se lo iba a dar. Nunca más.

Frunció el ceño durante un par de segundos antes de recuperar su gesto impenetrable.

—Bien.

—Debes de estar lleno de historias increíbles. Podríamos quedar algún día todos para escucharlas.

—Claro.

—Bien.

No sé por cuanto tiempo nos quedamos el uno frente al otro sin decir nada. Yo intentando mantener pegada esa estúpida sonrisa en mi cara y él impidiendo que intuyera sus pensamientos en los detalles de su ceño

fruncido o su mandíbula apretada. Supongo que las palabras siempre nos resultaron más complicadas.

—Bueno, deberíamos volver con los demás. Jess se muere por escucharlo todo sobre su ciudad favorita.

Di un paso para salir huyendo de nuevo, pero Jay me volvió a agarrar de la muñeca.

—Espera.

—¿Qué?

Pero seguía sin decir nada.

—Si no tienes nada que decir, suéltame.

—Esa noche... No podía, yo no podía...

—Si no tienes nada que decir, mejor no digas nada.

—Emily, porfavor. Estoy intentando...

—Está todo bien. De verdad. Ya casi se me ha olvidado, ahora solo quiero seguir adelante y ya está.

No te lo crees ni tú.

—¿De verdad piensas eso? —Y pareció realmente ofendido.

—¿Debería pensar otra cosa?

Se mordió el labio antes de continuar:

—Emily, sé que soy un imbécil y que a veces no se explicarme bien pero quiero que sepas...

—¡Aquí estás!

Y como si se tratara del segundo acto de una obra de teatro dramática ambientada en el siglo XIV, Connor apareció de la nada para cogerme de la cintura y darme un suave beso en los labios.

—Te he estado buscando por todos lados. Siento no haber podido venir antes, pero había mucho lío en la oficina. Ya sabes, sin papá todo es un desastre.

Sonreí con dulzura y me acerqué un poquito más a él. Lo admito, quería hacerle daño.

—Connor...

—¿Jay?! ¡Has vuelto! — dijo antes de abrazarlo con entusiasmo.

—Sí. No podía faltar.

Me encantó ver como la armadura impenetrable de Ulises se desquebrajaba poco a poco mientras los engranajes de su mente iban encajándolo todo. Le había dolido. Y eso me enfundó coraje.

—Estábamos a punto de ir con los demás. Jay quiere contarnos una de sus muchas historias sobre su viaje a Nueva York.

—¡Genial! Es una gran idea, así evadiremos un poco la tristeza por lo sucedido —. Connor le puso su mano en el hombro —. Me imagino por lo que debes estar pasando. Lo siento mucho, amigo.

—Tranquilo.

—Bueno, voy a dar mi pesame a los señores Hall en mi nombre y en el de mi padre. Enseguida vuelvo. Me alegro mucho que estés de vuelta, Jay.

—Te esperamos aquí.

En cuanto se alejó un par de pasos Jay me cogió con fuerza del brazo para acercarme a él.

—¿Tú y Connor Leavensworth? ¿Enserio?

—Suéltame.

—¿Tan solo han pasado tres malditos meses y ya estás saliendo con ese tío?

—Oh, por favor. Ni se te ocurra venirme ahora con ese cuento cuando...

—¿Cuándo qué?

—Cuando tú me abandonaste.

Por un momento creo ver en sus ojos algo parecido al dolor. Pero él es el gran Jay Morrison. Y Jay Morrison es incapaz de sentir nada.

Me suelto de un tirón y localizo a Connor. Siento alivio cuando le veo

despidiéndose, estrechándole la mano al señor Hall.

—No vuelvas a hacer esto nunca más, Jay.

—Ulises — me parece que le oigo susurrar.

—¿Qué?

—Sabes que solo me gusta cuando lo dices tú.

Y dicho esto se larga dejándome confundida y exánime entre un montón de desconocidos.

Capítulo 4

Capítulo 2: Emily

1 AÑO, 6 MESES Y 17 DÍAS ANTES

¿Qué puede haber tras una mentira? A menudo se dice que el motivo por el cual se miente radica en el amor. Yo en cambio, lo apostaría todo por el miedo.

Es como cuando a los políticos se les llena la boca al nombrar todos nuestros grandes avances durante el último siglo. Las redes sociales en masa, el ajuste salarial, la libertad de expresión... Qué gran mundo con tantas grandes personas. Un paso hacia delante, otro hacía atrás y nos protegemos de este último sacando a relucir el primero. O al menos, nos sentimos protegidos tras la gran cortina de humo que nosotros mismos tejemos. Pero tras ella, sigue permaneciendo el miedo. Y no hay nada en este mundo que pueda curar el miedo, pero sí apaciguarlo. Ahí es donde radica el problema. En general, el miedo disimula las injusticias de este mundo. En particular, el miedo te convierte en una mentira. Porque una buena mentira es como un buen vaso del mejor whiskey cuando estás en ese lado de la barra tan oscuro que apenas puedes distinguir la señal de neón que marca la salida. Pero nadie te advierte realmente que te espera al final de ese vaso. Porque la mentira es como un naufragio, sólo puedes sobrevivirla peleando con uñas y dientes, con el agua hasta el cuello y el miedo palpitando con fuerza bajo tu pecho.

Pero a veces es demasiado tarde, incluso para sentir algo tan banal como la calidez los cálidos rayos de sol acariciar tu cara. Ahora sólo podía helarme de frío sentada en un banco frente a mi antiguo instituto en pleno mes de febrero en el caluroso estado de Luisiana. Parecía que ni el vehemente clima que Leavensworth ofrecía fuera suficiente para inspirarme el valor necesario para dejar de temblar y desistir de agarrarme a la madera seca como si se tratara de un salvavidas. Hacía menos de dos horas que había llegado al aeropuerto de Nueva Orleans, apenas había podido hablar con Alice y Hugo o hablar con ellos de algo que no fuera el clima húmedo de Londres. Sabía que les daba miedo preguntarme por el internado, supongo que temían haber enviado a su única hija a un internado sombrío y terrorífico como los que salen en las

películas. Pero el internado estuvo bien. Aprendí más de lo que me hubiera esperado durante el tiempo que pasé ahí, y echaba de menos su humedad. También echaba de menos su ruido, su monótona rutina. ¿Pero qué estaba diciendo? Ahora estaba aquí, en Leavensworth. Este era mi hogar. A partir de ahora todo iba a cambiar. Todo iba a ser diferente. Las personas cambian de hogar con frecuencia, ¿no? Todo iba a salir bien. Pero, entonces... ¿por qué me sentía como una extraña en mi propia piel?

Habían sido nueve horas de vuelo, asique estaba dispuesta a echarle la culpa al cansancio. Había estudiado, me había aprendido mi papel perfectamente. Tal y como ella me dijo que hiciera. Estaba bien y preparada. Entonces, ¿por qué estaba tan asustada?

Miré el reloj con impaciencia. Eran las ocho menos cinco, no tardaría en llegar. A mi alrededor se iban reuniendo cada vez más caras desconocidas. ¿Se preguntarían quién demonios era? No se podía decir que hubiera escogido un gran día para volver, si encima le añades el empezar un curso en mitad del semestre, el que coincida con el día de San Valentín podía resultar cómico observar a una chica sola sentada en un banco frente las puertas de un instituto. Genial, Emily. Tú sí que sabes hacer una buena entrada. Hay costumbres que nunca cambian...

Pasaron dos minutos más y ella seguía sin aparecer. Había sido clara, nada de mensajes ni de llamadas. Y durante un segundo, dudé. Porque se puede mentir sin ser un mentiroso, pero no se puede mentir toda una vida evitando la condena. Porque sabía que tarde o temprano, iba a tener que exponerme a un jurado y devolverle la mirada al verdugo. Pero aún estaba a tiempo, ¿no? ¿Había firmado ya mi sentencia el mismo día en que la conocí? Quizá, todo lo que tenía que hacer ahora era nadar para no ahogarme.

—¡Dichosos los ojos! La mismísima Emily Rose Bell.

Alcé la vista y las vi. No me hizo falta recordarlas para saber quiénes eran esas tres chicas que me miraban con ojos llenos de curiosidad y humor. Pero creí que hoy sólo iba a reunirme con ella, que iba a tener más tiempo para prepararme.

—La divina trinidad—Forcé una sonrisa—. Cuanto tiempo, chicas.

—Estás diferente — soltó la rubia del pelo rizado —. ¿Qué te has hecho en el pelo?

Me llevé inconscientemente la mano hacia él, peinándolo con suavidad.

—Me lo corté y me he dado algún baño de color caoba.

—¿Y qué hay del vestido? Un poco colorido ¿no?

Llevaba puesto un vestido de tirantes azul con un estampado floral de no sé qué marca. Me picaba un poco y me sentía demasiado expuesta, pero era justo lo que ella me había dicho que me pusiera.

—Bueno — me aclaré la garganta —.¿Llevo siete años fuera y no me vais a dar ni un abrazo?

Se quedaron de piedra. ¿Qué había hecho mal? Empecé a preocuparme por haber metido la pata hasta que una de ellas, la rubia que aún no había dicho una palabra, se acercó y me estrechó entre sus brazos.

—Bienvenida a tu hogar — me dijo cuándo se separó de mi —. Espero que eso del jet lag no sea tan molesto como cuentan.

Amable, correcta y oportuna. Ella tenía que ser Anne Benavent.

—Pues no es ninguna broma — reí con cierto alivio.

—Espero que lo de los abrazos no sea algo que ahora tomes por costumbre —dijo medio en broma y medio en serio de nuevo la chica rubia con el pelo rizado antes de acercarse y darme un abrazo de lo más impersonal —. Las costumbres inglesas son un palo para los americanos, sobre todo para los que somos de pueblo.

La otra chica, la morena con pelo castaño y encrespado , me dedicó una sonrisa de oreja a oreja de lo más incómoda antes de rodearme con sus brazos. Insulsa, pueril y casi invisible. Sin duda, era Lauren Austen.

—Veo que no habéis cambiado nada.

—¿Podemos pasar de las típicas formalidades aburridas? Vayamos a lo realmente importante, ¿es verdad lo que dicen sobre los chicos ingleses?

—¿Qué?

—Ya sabes. El eterno debate sobre si se trata de relleno o todo es proporcionado por la increíble mano de la genética.

Esa, sin duda alguna, era Jessica Whitman. Franca, directa y frívola.

—Pues...

—Ignoralas. Todos lo hacemos —intervino Anne — ¿Qué tal el internado? ¿Era tan horroroso como decías en tus mensajes?

—Los primeros años fueron un poco duros, pero el cuerpo al final se acostumbra a todo.

—Claro, supongo que lo peor fue pasar por esa gripe tu sola. Me imaginé lo peor cuando me lo dijiste.

—Puede que exagerase un poco las cosas — me encogí de hombros nerviosa. Iba a odiarme toda mi vida por esto—. Pero ya estoy aquí, ¿no?

Anne fue a contestar, pero entonces pasó algo. Supe que era ella nada más ver la reacción de las demás. Anne dejó de forzar esa sonrisa que con tanta facilidad se le pegaba a la cara. Jess frunció tanto el ceño que apenas pude distinguir su cruda mirada. Y Lauren simplemente bajó la vista al suelo y retrocedió un par de centímetros. Ese era el efecto que causaba la gran Eleonor Hall al resto de los mortales.

—Dejar de agobiarla o cogerá el próximo vuelo de vuelta a Londres.

Y al girarme la vi. Tan resplandeciente e impecable como la recordaba. Llevaba puesto un jersey tan rojo como sus labios, a juego con una mini falda con estampado de cuadros negros y blancos. La gente que pasaba a nuestro lado apenas podía dejar de mirarla. Su sola presencia imponía algo parecido a la admiración más absoluta.

—Había oído que volvías —me sonrió—Te hemos echado de menos, Ems.

—Ya —solté con un alivio que no me cabía en el pecho—. Y yo a vosotras.

Y por un momento, el miedo que creí sentir hace un momento pareció esfumarse por completo. Como si una gran ola lo hubiera arrasado todo y ya no quedara nada en la orilla. Tan solo una dulce calma que esperaba con ansias la próxima tormenta. Ese era el efecto que producía Eleonor Hall.

—Ahora que estás aquí, todo va a cambiar.

— Hablando de eso — Tragué con dificultad—.Me gustaría comentar algo contigo.

— Bien, pues habla

Las chicas enmudecieron y me miraron con interés. Me había hecho una promesa, ignorar el amargo sonido que traía ver el miedo de cara y hacerle frente. Tendría que haber sabido, que una promesa cimentada sobre el propio temor iba a acabar derribándose sobre mí tan fácilmente como un edificio antiguo y abandonado.

—Quizás más tarde. ¿A solas?

Pero no pude obtener respuesta. Eleonor había perdido su interés más allá de mí. Ahora toda su atención la tenía una moto que circulaba tras de mí como si el parking del instituto Melville fuere el mismísimo plató de fast and furious. Era una moto Harley Davidson iron 883 marrón, en Londres sólo se la podían permitir los ojitos derechos del papá millonario. Pero lo que más me sorprendió fue ver que todo el mundo a nuestro alrededor había parado su mundo para contemplarla sin molestarse si quiera en disimular lo más mínimo.

—¿Quién es?

Cuando me quise dar cuenta ya había retrocedido un par de pasos hasta colocarme a la misma altura que Anne, Jess y Lauren. Jamás iba a reconocerlo en voz alta, pero cuando el misterioso motorista se quitó el casco y avanzo hasta nuestra dirección, algo se contrajo en mi estómago.

—Ese es Jay Morrison — respondió Jess.

Avanzaba por el césped como si el suelo que pisara no fuera merecedor de tal honor. Llevaba puestas unas gafas de sol y una cazadora negra que le daban el aspecto perfecto para interpretar al mayor cliché de la historia de todas las películas americanas. Y él lo sabía perfectamente. Todas las miradas del parking competían desesperadamente para llamar su atención, pero él sólo miraba en nuestra dirección.

—¿No te acuerdas de él?

—¿Debería?

Era un chico muy alto, moreno y con el pelo rizado y largo. Demasiado guapo para poder disimular lo contrario. Demasiadas alarmas como para poder ignorarlas. No me cabía la menor duda de que tenía algo que justificaba toda la admiración que recibía de cada una de esas miradas, pero aún era incapaz de saber qué era exactamente.

—Considerando que vive a menos de veinte metros de tu puerta, creo que sí.

—Espera... ¿Te refieres a Ulises Morrison?

—Que él no se entere que le has llamado así o ya puedes darte por perdida.

—Ahora sólo utiliza su segundo nombre — intervino Anne.

—¿Por qué?

—Quién sabe. A lo mejor le resulta más fácil llevarse así a las chicas al huerto.

—Menudo capullo... —dijo Jess—. Yo me lo volvía a tirar.

—¿Jay y tú estuvisteis juntos? — pregunté horrorizada. No es que hubiera nada malo en ello, es solo que la aparente combinación de ellos dos juntos me provocaba algo de pudor. Era como si Jay Morrison saliera con el propio Jay Morrison. Desconcertante...

Lauren ríó disimuladamente.

—Ya le gustaría—dijo Anne.

—¿No lo sabes? — rompió su silencio Lauren—. Jay está con Eleonor desde hace ya dos años.

Ah. Eso sí que no me lo esperaba.

—¿Te acuerdas cuando te tiró en aquel estanque, Emily? — rio exageradamente Jess —. Estabas más enfadada por tus sandalias estropeadas que por el hecho de haber estado cubierta de mierda hasta la barbilla.

—Seguro que a alguien le hubiera gustado más que la empaparan a ella, ¿no es verdad, Jess? —soltó Anne junto con una media sonrisa.

—Oh, vamos. ¡Fue divertido! —Jess se puso las gafas de sol sin apartar esa mirada prendida de Jay —. Además, ese alguien ya consiguió en su día que Jay Morrison le mojara algo más que su ropa y sus sandalias...

Jay se acercó hacia nosotras con una sonrisa. Y por un estúpido momento pensé que ese impulso iba dirigido a mí, quizá se acordaba de mí y se alegraba por mi vuelta. Pero todas mis ingenuas ideas se hicieron añicos en la hierba cuando se acercó a Eleonor, la agarró por la cintura y la llevó a su boca con la misma pasión que el de un guion de una telenovela venezolana. Me sentí tan incómoda ahí de pie que no tuve más remedio que apartar la mirada hacia mis botas limpias. ¿Jay y Eleonor juntos?

—Feliz día de San Valentín — susurró Jess a mi lado —. Cinco dólares a que lo tenían todo preparado.

Eleonor lo separó suavemente con la mano mientras él le devolvía una sonrisa burlona. A cuantas chicas habría tentado con esa sonrisa... Él susurro algo en su oído que le hizo reír. Se comían con los ojos de tal manera que era imposible no quedarse embobado mirándolos. Era

evidente que se gustaban, y era fácil de ver que ambos sentían algo el uno por el otro. Se despidieron con otro beso menos apasionado y cuando él fue a darse media vuelta pasó algo. Durante un segundo exacto, un instante demasiado corto como para darle importancia, Jay Morrison me miró. No tenía ni idea de si me había reconocido, pero tampoco me importaba. Y me estremecí como una idiota. Nota urgente: Darles un largo respiro a las novelas de Charlotte Brontë. Ese tipo de lecturas iba a trastornarme.

—¿Cautivada por el efecto Morrison? — me guiñó un ojo Anne.— Sólo recuerda que cuanto más creas que algo es perfecto, más perfecta es la mentira.

La miré sin entender una palabra. ¿Qué quería decir con eso? ¿Es que Anne también había tenido algo con Jay?

Y justo en ese momento, como si se tratara de una inspiración divina, sonó el timbre para entrar a clase.

—Entremos o llegaremos tarde a clase—.Eleonor echó a andar sin decir una palabra, y nosotras la seguimos sin quebrantar su silencio.

No hizo falta hacer cola o propinar codazos como habría cabido esperar en una situación normal, pero nosotras no éramos normales en ese instituto. Al menos no con Eleonor por delante. Entramos en el instituto como un huracán invade un pequeño pueblo de Texas, todos se hacían a un lado. Nadie se atrevía si quiera a rozarnos. Sin embargo, tampoco nadie perdía la oportunidad de observarnos. ¿Cuán grande era el influjo de Eleonor sobre todos ellos? Nosotras cuatro procuramos ir a un paso prudencial de ella, pero ni eso pudo salvarme de los letales murmullos de instituto que se preguntaban quién era la chica nueva que iba con Eleonor Hall. Se notaba a mil leguas que no sabía cómo manejar la situación. Pero para las demás fue muy diferente, ellas parecían inmunes a todos los demás. Fue como si simplemente no estuvieran. ¿Sería capaz de ser como ellas o no estaba hecha para el papel que debía seguir? Quizá esta mentira me venía demasiado grande.

—Nos vemos en el almuerzo, chicas. Emily necesita ayuda para encontrar su taquilla. Ya sabéis como son los británicos. Demasiado ego, pero a la hora de orientarse...

Las tres nos sonrieron antes de marcharse cada una por su lado. Y yo, por alguna extraña razón que no me gustó un pelo, me sentí desprotegida.

—Por aquí, Ems — la seguí por los infinitos pasillos de la derecha, intentando reunir el valor suficiente por cada paso que daba -. ¿Teníais

taquillas en ese internado de Londres?

Me pilló tan desprevenida que tropecé con mis propios pies.

—Eh... sí.

—A mi siempre me han parecido tan innecesarias. Una mera excusa para pasarse más tiempo del necesario por los pasillos — continuo ella sin ni siquiera mirarme—. He escuchado que en algunas partes de Europa ni si quieren las usan.

—Eleonor, yo quería decirte...

—Sé perfectamente lo que quieres decirme, Ems. ¿Es que no sabes pillar segundas oportunidades?

—¿Segundas oportunidades?— repetí desconcertada.

—Tienen un cierto parecido a las taquillas, ¿no crees? Son completamente innecesarias, pero ahí están para los estúpidos que quieren utilizarlas.

—No creo que te esté siguiendo, Eleonor.

—Mira, aquí está la tuya —. Nos detuvimos frente a un conjunto de taquillas rojas, justo al lado del aula de música —. Va a ser la dieciocho. Intenta no olvidar la combinación, es una lata tener que recurrir a mantenimiento. Son tan lentos...

—Mira, he hecho todo lo que me has dicho que haga — me envalentoné—. Y por un momento, en ese avión, pensé que iba a poder. Pero no soy capaz de hacer algo así, yo... no creo que pueda vivir con lo que he hecho.

—¿Quieres volver a Londres, Emily? — me dijo con una tranquilidad que me sobrecogió—. Porque puedes hacerlo. Pero no voy a volver a ir a buscarte. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Asentí. Ella sabía tan bien como yo que nunca iba a tener otra oportunidad como esta. Si volvía, mi destino estaba sellado. Y así fue como volví a ser una niña que tan solo llevaba a sus espaldas su miedo a fallar. Me sentí tan pequeña en ese momento que me dio vergüenza.

—¿Sabes una cosa, Emily? Cuando supe que ibas a volver pensé mucho en ti. Te recordé tenaz y fuerte. Y no me gustó nada. ¿Sabes por qué?

No entendía nada. Me sentía estúpida, como si Eleonor supiera cosas que yo nunca podría llegar a entender. Creo que fue precisamente por lo que

le seguí el juego.

—¿Por qué?

—Porque si aún me recuerdas a esa niña bruta y violenta, es que aún no he visto nada. Y yo quiero verte, no recordarte. Y mientras el miedo te coma no vas a poder escribir sobre los recuerdos. Chillale, arañalo o haz lo que sea para asustarlo. Porque no servirás para nada, ni a mí ni a ti, si sigues teniendo miedo.

Ignoré con dificultad el escozor que empecé a sentir reptar por la garganta y asentí. Me mantenía la mirada de una manera tan intensa que me resultaba difícil devolvérsela. Tenía razón, estaba aterrada.

—Estás conmigo. Ahora eres una de las nuestras. Y una buena manera de que siga siendo así, es no olvidar. El olvido es lo peor que le puede pasar a una persona.

—Ya.

—Lo harás bien — sonrió enigmáticamente —. Sé que sí.

Me dio la espalda y continuó su camino. Su pelo rojo resaltaba con fuerza entre la gente, y sólo cuando lo vi desaparecer puede volver a respirar con normalidad.

La mañana transcurrió ajetreada, los segundos en cambio parecían no querer pasar. Entraba a clase, me distraía mirando las agujas del reloj pasar, salía y volvía a entrar en otra. Cada clase, cada explicación... Un laberinto eterno que recorría una y otra vez sin haber avanzado un metro. Me encontraba en el mismo punto de partida. Y lo peor era que la sensación de ser una intrusa en mi propio laberinto de cristal nunca se iba. Me quedaba una clase más antes del almuerzo. Hubiera sido una tortura si se hubiera tratado de mates o historia, pero literatura era una asignatura que cogía con ganas. Entre en clase abriéndome entre los murmullos de la gente. Empezaba a ser algo natural, pero aún me incomodaba la idea de ser el foco de todas las conversaciones. Me hubiera gustado pasar por desapercibida, pero el instituto Melville no me iba a dar un respiro. Por ahora.

Me senté en el pupitre más cercano a la mesa del profesor. El curso estaba empezado y no quería buscar problemas por sentarme en algún pupitre ya ocupado. Saqué mi libro de literatura de la mochila y le eché un vistazo antes de que empezara la clase. Pero alguien se acercó a mí cubriendo mi página con una larga sombra.

—¡Menuda sorpresa verte de nuevo aquí, Emily Bell!

Ante mí se encontraba una chica rubia con el pelo corto y muy rizado. Tenía una sonrisa hipócrita, de las que te ponen las azafatas al subir al avión.

—Sí, he... Ha pasado mucho tiempo.

—Te acuerdas de mí, ¿verdad?

—Lo siento. Yo...

—Soy Mackenzie — dijo ella visiblemente molesta—. Mackenzie Hyde. Íbamos a la misma clase juntas de pequeñas.

—Claro, ¡Mackenzie! Perdona, es que ha pasado tanto tiempo que me está costando adaptarme.

—Normal. Han pasado siete años. Aunque mis padres se alegran de que te fueras.

Fruncí el ceño extrañada. ¿Sus padres?

—¿No te acuerdas? Intentaste pintar la "Noche estrellada" de Dalí en la pared de mi casa.

Palidecí. Así que esto no era un saludo amistoso, más bien parecía un remeber muy peligroso.

—Lo siento, Mackenzie. Era una cría estúpida e inmadura. Por favor, envíale mis más sinceras disculpas a tus padres.

—Te perdono — me dijo con una sonrisa autosuficiente—. Y como señal de amistad quiero invitarte a mi fiesta de esta noche en honor al amor. Como hoy es San Valentín, ya sabes.

—Es un buen motivo para una fiesta, claro que sí. Pero es mi primera noche de vuelta y había pensado, ya sabes, pasarla con mis padres.

—Totalmente comprensible. Pero si te aburres, ya sabes dónde está mi casa —. El timbre volvió a sonar y ella se dirigió a su pupitre más atrás—. Ah, una cosa más Emily. No comentes lo de mi fiesta a Jess. Eleonor y las demás están invitadas, claro.

Algunas costumbres no cambian...

La señorita Pepper comenzó la clase con la literatura inglesa del siglo XIX, y por primera vez desde que llegué aquí me sentí como pez en el agua. El

libro del que con tanto ahínco hablaba era Jane Eyre. Mi favorito, sin duda. Pero los minutos transcurrían y yo era incapaz de concentrarme en la tortuosa vida de la protagonista. La sensación de ser una completa desconocida me invadió el pecho, los pensamientos se golpeaban en mi cabeza produciéndome un dolor insoportable. No tardaron en temblarme las manos poco después. ¿Pero qué estaba haciendo aquí sentada? ¿Es que acaso creía que iba a poder ser alguna vez como ellas? Yo no servía para esto, no servía para nada. Todas y cada una de las mentiras se repetían en mi cabeza en tantas voces distintas, como las olas que golpean con fuerza la roca una y otra y otra vez. Sin ningún tipo de humanidad. Sin ningún tipo de compasión. Y fue en ese momento, sentada en un pupitre cualquiera y rodeada de caras desconocidas, donde me di cuenta de que una persona no puede huir de los problemas, porque los problemas no corren tras de ti. Viven en ti. Y se encargan de destruirlo todo poco a poco, como la roca acorralada que no puede escapar del mar. Y al final, sientes que te quedas vacía en un mundo completamente lleno. Y eso, es lo que más duele.

La señorita Pepper siguió explicando la conmoción de Jane al abandonar Thornefield cuando empecé a sentir las lágrimas corriendo por mis mejillas. Me levanté de golpe, haciendo caer la silla al suelo y atrayendo todas las miradas.

—¿Señorita Bell?

Corrí hasta la puerta como si mi vida dependiera de ello, y me agobió pensar que en cierta manera así era.

—Emily Bell, ¿a dónde va?

No me importaba lo qué pensara toda esa gente. Esto tenía que acabar. Ahora mi principal preocupación era que el aire llegara a mis pulmones, así que empecé a hiperventilar desesperadamente. ¿Estaba teniendo otro ataque de ansiedad? No, no, no. Logré dar con el lavabo de chicas a tiempo para desplomarme en el suelo y taparme la boca con ambas manos. Todo lo que quería hacer era desaparecer por un agujero y no volver jamás. ¿Qué había hecho? ¿En quién demonios me había convertido? Me arrastré por el suelo hasta alcanzar mi mochila y sacar el bote de pastillas marrón. Lo abrí a toda prisa, pero la tapa estaba encallada. Maldita sea... Apliqué más fuerza y el bote se abrió desparramándose todas las pastillas por el suelo del lavabo. Cogí una sin importarme nada, y me la tragué sin agua. Sentí el miedo reptar por mi garganta paralizándome cada célula de mi cuerpo hasta reducir las en nada. Porque eso es lo que hace el miedo, se encarga de avanzar y matarlo todo a su paso. Sin embargo, en ese momento me vino a la memoria una frase que leí una vez de algún poeta muerto:

"Disfruta del pánico que te provoca tener la vida por delante"

Disfrutar del pánico. ¿Pero cómo se disfruta de él? Quizá no había manera de hacerlo y lo que pretendiese decir ese poeta era que si no podíamos dejar de temer, que al menos amáramos ese miedo tal y como se nos presentaba. Como una incertidumbre, como un enigma. El miedo era un síntoma de estar vivos, ¿Por qué no deberíamos amarlo? Sentimos miedo por motivos muy diferentes, pero todos aparecen por el mismo motivo; para sobrevivir. Me levanté con dificultad del suelo mojado y me acerqué al espejo. Era yo. Seguía siendo la misma, pero era muy diferente. Y lo entendí. Al menos, creo que por ahora lo había entendido.

Abrí el grifo y me mojé la cara.

Mi nombre era Emily Rose Bell. Tenía diecisiete años. Estaba en penúltimo curso en el instituto Melville, Luisiana. Mis madre se llamaba Alice Hardy y era abogada en un pequeño bufete. Mi padre era Hugo Bell, el sheriff de Leavensworth. Vivía en Leavensworth, me mandaron a un internado en Londres durante siete años pero he vuelto. Había vuelto.

Respiré hondo.

—Todo irá bien...

Me di un minuto para salir del cubículo, con la mente bien alerta por si alguien había presenciado mi pequeño espectáculo. Pero no había ni un alma en los pasillos. No me apetecía volver a clase después de todo lo que había ocurrido, así que decidí marcharme a casa. Mañana ya le pediría disculpas a la señorita Pepper.

Avancé desorientada buscando la salida, pero siempre acababa dando vueltas en círculos. Nunca hubiera imaginado que fuera tan difícil salir de un instituto. Había pasado ya tres veces por el aula de música y seguía sin ver la señal de salida. Estuve a punto de darme por vencida y llamar a Eleonor, a pesar del miedo a qué empezara con las preguntas, hasta que escuché unas voces tras la puerta de mantenimiento. Quizá el conserje podía ayudarme, aunque no imaginaba cuan patética podía ser la imagen de una adolescente perdida en un instituto. Pero si volvía a oír otra vez una trompeta desafinada iba a volverme a Londres, así que llamé a la puerta y esperé. Las voces parecieron hacerse más sonoras, pero no nadie me abrió la puerta. ¿Me habrían oído?

—Perdón. Siento molestarlos, pero es que soy nueva y... por raro que suene, no encuentro la salida.

Sí, fue tan patético decirlo como escucharlo. Las voces pararon durante un segundo y se volvieron a escuchar segundos más tarde pero mucho más débiles. Pegué mi oreja en la puerta. No, no eran voces. Eran más bien...

¿sonidos? Sí, susurros cortos y profundos. Así que hice desobedecí todas las normas y reglas de mi niñez y abrí la puerta sin que nadie me diera permiso. Y no me gustó lo que vi. No me gustó nada. Fue justo en ese momento en el que entendí por qué algunas reglas es mejor no contradecirlas. Fue algo más allá de lo que me imaginación se hubiera atrevido a divagar... Había dos personas dentro de ese cuarto minúsculo, compartiendo espacio entre fregonas y cubos, claro que no se trataba de dos conserjes. Sino de él. De Jay Morrison. Y de una chica que no era Eleonor.

El calor me subió a las mejillas cuando vi que Jay Morrison estaba acorralando a esa chica rubia y con un cuerpo de infarto contra la pared de azulejos azul y con los pantalones hasta los tobillos. Casi me da un infarto al notar poco después que sus manos se encontraban debajo de su falda. Los dos me miraron como se le mira a una madre pesada que interrumpe en la habitación en plena cita para preguntar si van a querer galletitas y zumo. Sin embargo, ninguno hizo ademán de apartar las manos el uno del otro, y por alguna razón, eso me enfadó. ¡Hace menos de dos horas se había estado morreando con su novia delante de todo el instituto! Una novia que no era ni más ni menos que Eleonor Hall. ¡Y justo el día de San Valentín!

—¿Quieres algo? — me escupió de mala gana la rubia, a la que apenas era capaz de mirarle a los ojos por sus evidentes pintas. Estaba sonrojada, extasiada y tenía el pelo como un nido de pájaros.

—¡Si! Eh... yo solo quería irme, es decir no de aquí, aquí, exactamente, sino del edificio. Del instituto, quiero decir. Pero no por vosotros porque no me molestáis..., es decir, no me molestáis a mí, pero no sé cómo salir, así que... soy nueva.

Tierra trágame y no me escupas de vuelta a la superficie jamás.

—Entonces, ¿estás buscando la salida? — río Jay. Todo son risas hasta que Eleonor se enterara de las aventuritas que se marcaba entre escobas . Eleonor no era de las que se encerraban en su habitación a llorar en soledad mientras borraba su número de su teléfono móvil.

—Sí.

—Sigue todo recto y luego gira a la derecha. Para cuando veas el laboratorio de humanidades, y luego sigue a la izquierda — me guio sin abandonar un ápice esa sonrisa de su rostro—. Creo que a partir de ahí te las arreglarás bastante bien.

— No tiene perdida, guapa. — soltó la rubia de bote —. ¿Algo más?

Negué con nerviosismo. Casi me tropiezo al volver a agarrar el pomo de la puerta. Pero antes de que pudiera cerrarla y sellar ese extraño capítulo de mi vida, Jay me detuvo.

—¡Eh! — me llamó —. ¿Canadiense?

—No. Em..., soy inglesa —. Y cerré la puerta después de volver a ver asomarse su sonrisa y controlar el temblor de mis piernas.

¿Qué demonios acaba de pasar?

No sé cuánto tiempo estuve deambulando por el bosque hasta que llegue a casa, pero Leavensworth ya había oscurecido. Seguro que Alice y Hugo estaban como locos esperando que entrara por esa puerta. Si hubiera tenido móvil me lo habrían colapsado a llamadas. Pero había merecido la pena. Su olor, el olor de la lluvia mezclada con el aroma fresco de la madera. A veces simplemente necesitas perderte para volver a encontrar tu cordura. Y ese bosque era un lugar mágico. "El Bosque de la Gran Guerra" lo llamaban. Como si su importancia residiera en la sangre que un día alguien decidió derramar entre esos árboles. ¿Cuántas historias debe de haber presenciado? ¿De cuántos secretos debió ser testigo?

En ese momento, el nombre de James Howell me vino a la memoria. En su día, él no fue más que un político e hispanista inglés, una mera mota entre memorables personajes literarios y políticos a lo largo de la historia. Sin embargo, James Howell dijo una vez: "A quien le dices tu secreto le vendes tu libertad" No me cabía ninguna duda que James Howell era un genio. Ojalá pudiera preguntarle cómo se recupera un secreto. Ojalá hubiera llegado a decir cómo se puede rescatar una libertad vendida. Ojalá no tuviera miedo ahora. Ahora ni nunca.

Entré por la puerta como quien entra a un banco para pedir un préstamo. Alice no tardó en estrecharme entre sus brazos y lamentarse sin ni siquiera respirar.

—Estoy bien, mamá. Eleanor se ofreció a ayudarme a ponerme al día con las clases y se nos pasó la hora.

—Ni se te ocurra mentirme, Emily Rose. He llamado a la señora Hall y ella no tenía ni idea de dónde estabas.

—Eso es porque estábamos en la biblioteca. No tienes por qué preocuparte, de verdad, mamá.

—Es sólo que... —empezó a decir—. No vuelvas a hacerlo, ¿me oyes?

Asentí con una sonrisa que fue incapaz de llegarme a los ojos.

Alice había preparado estofado de carne. Olía tan bien y se había esforzado tanto que me obligué a comer e ignorar el nudo que se me había formado en la boca del estómago. "Cena de bienvenida" la había llamado. Si no fuese mi madre, diría que se sentía culpable por haberme envidado a ese internado.

—¿Qué tal está?

—Muy bueno —admití—. Gracias, mamá.

— Era tu favorito cuando eras pequeña —Se le iluminó la cara.

Hugo la miró, advirtiéndola que no era conveniente sacar ese tema en medio de una "Cena de Bienvenida". Así que aproveché la oportunidad para hablar.

—Me gustaría aprovechar esta cena para pedir disculpas... No debería haber rescindido de vuestras llamadas cuando intentabais poneros en contacto conmigo en Londres.

—Oh, cielo...

—Y tampoco debería haberte roto las lunas de tu coche, papá. — continúe ante su estupefacción —. Estuvo mal, y en ese momento sólo podía pensar que me abandonabais y que queríais libraros de mí.

—Eso nunca fue así, cielo.

—Lo sé. Ahora lo sé. Estos años fuera me han servido para pensar y controlar la ira. Estoy mejor. Mucho mejor, de hecho.

Hugo le dedicó una mirada suspicaz a Alice.

—Me alegro de que te sientas mejor, cariño. Pero tu madre y yo no estamos seguros de que sea una buena idea que vuelvas a Leavensworth.

—Pero he mejorado. Soy diferente, estoy curada.

—Y nos alegramos, cielo. Pero lo que tienes no se cura estando unos cuantos años fuera.

— ¿Y qué tengo exactamente, mamá?

—Emily...

—Fui una estúpida. Sólo tenía doce años, pero...

—Este ambiente no te viene nada bien. Siempre has sido una niña desobediente y maleducada con nosotros, con nuestros vecinos. Eras rebelde, molesta, insurgente...

—¡Precisamente por eso! Permíteme demostrarles a todos que he cambiado — agarré el mantel formando un puño con cada vez más fuerza—. Soy otra persona, mamá. Simplemente dame otra oportunidad, por favor.

—Emily, hija...

—Por favor. Me lo debéis.

Ambos se miraron. Parecían entenderse a la perfección a pesar de estar separados por una mesa y mil platos entre medio. Aunque no tenías que conocerlos a la perfección para saber que no querían que me quedase. Pero yo tenía que quedarme, fuese como fuese. No podía volver...

—Creo que estáis siendo muy injustos.

—¿Injustos? — se sorprendió Hugo.

—Me enviasteis a un país desconocido cuando tenía diez años. Tuve que vivir sin mis amigos, sin mis padres y sin nadie que me inspirara una pizca de confianza —. Alice y Hugo me miraron con la culpabilidad brillando tímidamente en sus ojos. Era rastrero, pero era la única oportunidad que me quedaba —. Es indudable que tenías vuestros motivos para hacerlo, pero era tan solo una niña que no entendía por qué sus padres no la querían. Y estaba tan llena de culpabilidad que la mejor respuesta en ese momento fue romper lunas de coche y pintar casas.

Se instaló un punzante silencio que por un momento creí que sólo había empeorado la situación. Pero Alice se levantó y se acercó la cómoda que había en el salón.

—¿Te acuerdas de esta foto? — me preguntó enseñándome un marco de fotos.

Era una buena fotografía. Estábamos Alice, Hugo y yo con unas sonrisas de oreja a oreja junto el río Bluewater.

"Cuando es verano la gente suele pasar el día en el río que hay cerca del bosque" recordé.

—Ese día me dijiste que me odiabas y que hubieras deseado ser huérfana — dijo con los ojos llorosos —. Todo eso me lo dijiste antes de que nos

tomaran esta foto. Tenías ocho años.

—¿Tú sabes que se siente?— intervino Hugo—. ¿Tú tienes idea de lo que es criar a una hija lo mejor que puedes y que te menosprecie como si no fueras nada?

Tragué con dificultad. Sentí un ligero escozor en la garganta, pero seguí estrujando el mantel. Pero eso no impidió que algo en mi interior se descompusiera tan fácilmente como el papel que se calcita poco a poco, y esta vez no creía que fuera capaz de volverlo a apagar.

—Lo siento — Dije como una idiota.

—¡No sabíamos qué hacer, Emily! Lo intentamos todo antes de enviarte a ese internado. Te llevamos a diferentes psicólogos, al psiquiatra, hicimos hasta terapia! Pero nada dio resultado.

—Yo lo siento muchísimo...

—Nos dolió tanto tener que enviarte lejos, no te lo puedes imaginar, pero también nos trajo paz. Y no sé si estamos dispuestos a arriesgarla otra vez por tus mentiras. ¿Entiendes?

Y volvieron otra vez. Sin avisar, sin pedir permiso. No dejaban de volver todas las mentiras. Y en cierta manera, era una mentirosa. ¿Pero porque la condena debe ser perpetua? ¿Puede un mentiroso dejar de decir mentiras? ¿Y si un mentiroso las dejara a un lado? ¿No son las mentiras las que convierten a una persona en un mentiroso? Quizá sea un mentiroso quien convierte las mentiras en peligrosas....

—Lo entiendo.

Me levanté despacio, como si de repente todo pesara un poco más. Una sensación demasiado conocida se instaló por todo mi cuerpo, y volví a ser la chica patética del lavabo. La que estaba a punto de llorar todas sus inseguridades y se iba ahogar con toda su culpabilidad. Volví a sentir asco por mí misma. Quién había sido o quién pretendía ser ya no importaba una mierda, porque me encontraba sin piel, sin ningún tipo de escudo que pudiera protegerme de mí misma.

—Sólo quiero decir una cosa — me sorprendí diciendo con dificultad antes de abandonar el salón. Alice y Hugo me miraron cansados, y no los culpaba. Tenía que ser agotador volver a pasar por todo esto otra vez —. Sé que no hay nada que pueda hacer para arreglar lo que hice, sólo sé que os he echado mucho de menos. Darle el valor que se merece a algo es algo muy difícil, sobre todo cuando estás llena de rabia. Pero sé, que eso nunca puede ser una excusa. Así que, de verdad, lo siento. Porque que alguien te quiera más que a nada es lo más bonito que le puede

sucedier a una persona. Así que lo entiendo. Y lo siento.

Y huí de ahí con el sonido amargo del llanto de Alice. No hacía falta ser hija suya para darse cuenta que eran unos buenos padres, se merecían vivir en paz. Se merecían una disculpa de la niña egoísta y estúpida de esa fotografía. Pero ya era demasiado tarde. Ahora que mi segunda oportunidad me había dado la espalda, no me quedaba nada. Así que hice lo último que una persona debe hacer cuando le derrota el miedo; huir de él. Me escabullí por la ventana una vez subí las escaleras y llegué a mi habitación, corrí por el frío césped hasta sentir la carretera bajo mis pies. Como a toda cobarde, correr se me daba bien. Así que eso hice, corrí sin rumbo, aunque tampoco hace falta tener uno cuando se huye. Simplemente dejé que mis pies me guiarán donde ellos decidieran. Crucé por caminos que no recordaba, atravesé calles solitarias y me crucé con caras desconocidas. Me pareció que llevaba horas corriendo hasta que lo oí. Me detuve en seco y en ese momento, sin saber por qué y sin querer escuchar la sensata voz que todos albergamos dentro, estuve decidida a dejarlo todo atrás. Pensé que, si la vida no quería dejarme un espacio en ella, no iba a ser yo la que se lo discutiera. Menuda imbécil.

Me acerqué al ruidoso río Bluewater, un río lleno de tinta negra. ¿Estaría muy fría el agua? Me encaminé hacia el puente mientras me ahogaba la sensación de estar caminando hacia el camino equivocado. Pero yo sólo podía pensar, ¿qué daño puede hacer un sonido de tal vitalidad como el del agua al surcar las piedras de un río? Me detuve en el centro. Era un bonito puente de piedra que seguramente guardaba miles de historias, y que ahora iba a ser testigo de una más. De un final. Agarré el pretil de piedra. Estaba húmedo y frío. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. ¿De verdad iba a hacerlo?

El pretil no era muy alto, pasé una pierna por encima de él y después me impulsé para pasar la otra. Me levanté. Me erguí. Un asomo de sonrisa apareció en mis labios, desde esta altura todo parecía más pequeño. Incluso las mentiras, aquellas que me habían guiado hasta aquí. Ante mí se extendía un bosque infinito, que ocultaba con rudeza el final del río. El Bosque de la Gran Guerra. A mi lado, en cambio, se encontraba una única farola, de esas antiguas que aparecen en las películas, que apenas iluminaba el puente. Fue entonces, cuando una idea atravesó mi mente. Apareció tímidamente, casi sin apreciarse. Todo lo bueno que hay en la vida está basado en lo real, en la honesta verdad de los sentimientos y de las acciones de cada persona. Pero, ¿qué sería de la verdad si no hubiera mentirosos que pudieran corromperla? Sería algo común, algo accesible que con el paso del tiempo sería tan banal como la sensación cálida de los rayos de sol cuando estos te acarician. Seguiría siendo hermosa, pero no habría nadie que pudiera aprender a apreciarla. La mentira, en cambio, sería elogiada en cualquier boca.

—Tampoco son gran cosa.

¿Pero qué demonios...?

Casi me precipito al vacío al oír una vez tras de mí.

—Las vistas — continuó—. No creo que merezcan lo suficiente como para que te subas ahí arriba y acabes partiéndote la crisma.

¡No podía ser verdad! Casi se me despega la mandíbula de la cara al reconocerlo. ¿Qué hacía Jay Morrison tras de mí y con las manos en los bolsillos como si estuviera tomando la fresca? No me lo estaría imaginando, ¿verdad?

—¿Qué tal si te ayudo a bajar de ahí? — preguntó acercándose a mí ante mi pasotismo. La débil luz de la farola le iluminó mejor la cara, y no me pasó inadvertido su ojo morado. Llevaba puesto un traje caro, de esos que los hombres suelen ponerse en las bodas, pero con el cuello de la camisa desabrochado y las mangas arremangadas hasta el codo. Sólo le faltaba la americana negra.

—¿Te parece que necesito ayuda?— Sólo pude soltarle. ¿Era necesario ese tono de agresividad, Emily?—. Lo que me faltaba... Un caballero andante con pretensiones de héroe. Un clásico.

—¿Estás borracha?

—No, definitivamente no eres ningún caballero andante.

—Ni tú pareces borracha — concluyó—. Baja, y hablaremos.

No sé por qué, pero me molestó el tono en el que me lo dijo, como si fuera una loca demente que lo único que buscara fuera buscar su personalizada atención.

—¿Perdona? ¿Y por qué querría hablar con una persona con un evidente problema de control de ira?

—Perdona, ¿nos conocemos de algo?

Me dolió reconocerlo, pero sentí un pinchazo en el pecho. Así que no me recordaba...

—No hace falta. Ese ojo morado no te lo han puesto precisamente por encantador y conciliador.

—No te dejes engañar por el ojo morado, es un viejo truco de estética

para darle un poco de color al esmoquin.

Puse los ojos en blanco antes de darle la espalda. Iba a ser más fácil si ignoraba sus ojos.

—¿Entonces? —volvió a decir—¿Te parece si bajas de ahí para que no me dé un infarto de miocardio?

—Entonces — cerré los ojos —. Te agradecería que siguieras con tu maravillosa vida y me dejaras hacer lo que me plazca con la mía.

—Vale, esta bien, escucha — y lo oí nervioso, como si se le acabaran las ideas —. Sé que la vida... Mierda, ¿cómo era? La vida es desierto y es oasis. Nos derriba, nos lastima, nos enseña, nos convierte en protagonistas de nuestra propia historia...

—... Aunque el viento sople en contra, la poderosa obra continúa —continúe incrédula —. ¿Enserio creías que citando a Walt Whitman iba a bajarme de aquí para ir corriendo a tus brazos?

—No, no creía que correrías—oí como se acercaba un par de pasos más —. Y dime, ¿cómo una persona que conoce a Walt Whitman puede acabar subida en el borde del pretil de un puente a punto de echarlo todo por la borda?

—Supongo que... Me doy buenos consejos a mí misma pero rara vez los sigo.

—Alicia en el país de las maravillas. Muy bueno — se acercó un poco más. Podía oler su perfume —. ¿Sabes? Siempre ha sido mi libro favorito.

—Es el libro favorito de todo el mundo.

—¿Qué quieres decir?

—Seguro que te lo compraste influenciado por la misma opinión pública que busca en internet frases célebres para colgar junto a sus fotos de Instagram, pensando "seguro que este libro hace de mi día uno mucho mejor". Pero que ahí está, en la cómoda, a la vista de cualquier visita con opinión susceptible, pero sin haber acabado ni si quiera el capítulo dos.

No lo oí durante unos segundos, pensé que se había cansado del numerito de la chica triste y se había ido a casa. Pero rompió el silencio poco después.

—Debe ser muy duro.

—¿El qué?

—Juzgar así a todo el mundo — dijo—. No quiero ni imaginar la opinión que debes de tener de ti misma.

Vaya. Eso no me lo esperaba.

Me giré suavemente para mirarle. Seguía serio, pero ya no era miedo lo que identificaba en su mirada, sino lástima.

—Supongo que a veces nos convertimos en nuestro peor enemigo sin darnos cuenta.

—¿Y quién es tu mejor amigo?—me preguntó pillándome desprevenida—
¿Si algún libro pudiera hacerte bajar de ahí, qué libro sería?

Él seguía insistiendo, seguía estando ahí. ¿Por qué? Ni si quiera me conocía, o al menos, no me recordaba. ¿Y qué demonios hacia él aquí a estas horas y con esas pintas?

—El principito —respondí sin ninguna duda.

Disimuló de forma pésima una risa incrédula.

—¿El principito? ¿Enserio?

—Supongo que ni si quiera te lo has leído.

—Me pregunto si las estrellas están encendidas a fin de que cada uno pueda encontrar la suya algún día...—recitó—. Oh,sí. Lo he leído. Y déjame decirte...

—Por favor, mejor no digas nada.

—¿Y por qué debería hacerte caso? —sonrió—. Tú no has tenido piedad conmigo.

—Te recuerdo que soy yo la que está aquí arriba a punto de partirse la crisma.

—Tienes toda la razón — dijo —. Pero no vas a tirarte.

Cogí aire. Era una noche tan fría que el intento me caló los pulmones.

—¿Y cómo estás tan seguro?

—Porque lees a Walt Whitman, conoces a Lewis Carrol y tu libro favorito

trata sobre un mocoso rubio con bufanda.

—¿Y...? — arqueé las cejas confundida.

—Y... —continúo él— una persona así no dejaría que un buen samaritano aquí presente— alzó la mano—, tuviera que seguirla río abajo. El agua está helada y voy de etiqueta.

—No te atreverías...

Se encogió de hombros justo antes empezar a desabrocharse el primer botón de la camisa.

—¿Pero estás loco?!

—Creo que sí. Pero te diré un secreto: las mejores personas lo están.

—¡Ni se te ocurra seguir citando como si nada! Te lo estoy diciendo en serio.

—Lo sé. Pero si saltas, tendré que saltar también.

—¿Ahora me estás citando Titanic o es que intentas impresionarme?

—bromeé nerviosa. No podía apartar la vista de sus manos desabrochando esos botones. Calma, Emily.

—¿Por qué? ¿Estás impresionada?

—Cómo te desabroches un solo botón más... ¡Hace un frío de mil demonios, por favor!

—¿Eres consciente de la bonita amistad que se está formando aquí? Tú te preocupas de que no coja un resfriado, y yo de que mañana sigas leyendo a Antoine de Saint-Exupéry.

—Estoy hablando en serio. No te necesito. No te necesito para nada.

—Pues yo creo que necesitas que alguien te recuerde que va a pasar.

Le miré como se suele mirar a alguien que te dice aquello que no deseas oír. Con un dolor amargo a punto de rebosar por mis mejillas, y con el cansancio bailando en mis pupilas. A menudo la gente suele cargar contra las mentiras, recriminarlas y odiarlas, pero hay momentos en la vida que las necesitas tanto como un náufrago necesita atisbar tierra. Y una vez sobrevives a ellas, las necesitas para seguir sobreviviendo.

—Nadie mejor que yo puede entender que a veces, el dolor, puede hacerte creer que nunca va a dejar de doler. Pero eso es tan solo una

sensación disfrazada de la peor mentira. Porque eso es lo que es; una sensación más que demuestra que estás aquí, susceptible a nuevos comienzos, a nuevas pasiones. A un mundo que hoy puede enseñarte arte y mañana música. La vida tiene mil cosas malas, pero siempre hay más cosas buenas si sabes dónde buscar.

—¿Cómo alguien que cita Alicia en el país de las maravillas puede decir cosas así?

—Soy un chico muy reflexivo — sonrió—. Si bajas podemos discutirlo.

¿Se puede echar de menos algo que duele? ¿Pero qué era lo que realmente quería? Sabía lo que no quería, no quería volver a chillarle a la mentira. No quería volver a valorarme tan poco como para volver a contemplar estas vistas desde tal altura. No quería volver a creermelo todo lo que pasaba por mi mente. No quería que se me olvidara la sensación de que lo mejor está por venir, ese cosquilleo que sientes ante las ganas infinitas de comerte el mundo. Así que di media, dispuesta a bajar. Pero mis pies no reaccionaron.

—Tengo miedo — dije casi sin querer.

Podía imaginar lo que estaría pensando, que era una loca con déficit de autoestima y unas ganas infinitas de llamar la atención. Pero cuando sonrió de medio lado, cambió mi mundo.

—¿Y quién no, chica cocodrilo?

Exacto. Nadie en este mundo con una mente sana podía salvarse del miedo. Creo que lo que realmente nos da miedo es enfrentarnos a las consecuencias de nuestra elección. Y yo ya había tomado la mía.

Se acercó con prisa hacia a mí en cuanto vio mis intenciones de bajar. Me tendió la mano, y cuando se la cogí me tembló todo el cuerpo. ¿Es que no iba a desaparecer nunca esta sensación?

—Vale, bien —repitió nervioso—. Eso ha estado genial.

Me llevó un par de metros más allá del puente hasta su moto, donde tenía la americana negra con la que me envolvió para que dejara de temblar. Me explicó que venía de un sitio —del cual quiso evitar nombrar a toda costa —cuando pasó por la carretera y vio algo en el puente. Casi me muero de vergüenza.

—Lo siento.

—¿Por qué exactamente, chica cocodrilo? — preguntó encendiéndose un cigarrillo entre los labios. Apenas me di cuenta que antes de pasarme su

americana por los hombros había sacado del bolsillo un paquete Lucky Strike.

—Por tener que convencer a una patética suicida de que no se tirara por un puente, para empezar.

—Ajá —contestó él—. ¿Y para acabar?

—Juzgarte de antemano ha estado mal.

—Ah... ¿Te refieres al problemilla que tengo con mi control de ira? — río —. Probablemente tengas razón.

—¿Jay Morrison con problemas de ira? — me burlé —. ¿Qué será lo próximo? ¿Donald Trump con problemas de dinero.

Se le abrieron los ojos como platos en cuanto termine la frase. Mierda. Adiós a la posibilidad de hacerme la interesante.

—Vaya, vaya —dijo— ¡Así que me conoces!

—No, qué va.

—Y tanto...

—Conozco tu reputación, eso no quiere decir que te conozca — desvié la mirada. Sólo me faltaba que pensara que era una admiradora que le acechaba en las sombras.

—Me gusta.

—¿El qué?

—Que pienses así. No todo el mundo piensa igual que tú.

Sin darnos cuenta nos sumergimos en un incomodo silencio. Y aproveché para mirarle de reojo. De cerca era aún más guapo, tenía una nariz pequeña, que se asimetría perfectamente en su rostro. Sus ojos parecían castaños de lejos, pero de cerca tenían un matiz más suave. Como si lo esencial solo pudiera apreciarse de cerca.

—Me estás mirando, chica cocodrilo.

Mire hacia el otro lado nerviosa mientras me cubría un poco más con su chaqueta. Me estaba sonrojando...

— Sólo estaba mirando ese ojo morado que llevas — esquivé su mirada

—. ¿Qué ha pasado?

—Verás, no suelo contarles mis problemas a desconocidas con tendencia suicida en mitad de la noche.

—Cómo quieras.

—Sólo déjame decirte que las comidas familiares apestan.

—¿Eso te lo ha hecho alguien de tu familia?

—Depende de lo que consideres tú familia — se quedó pensativo durante un rato, pero no me molestó. Me sentía en paz por primera vez en años.

— ¿Has entrado ya en calor? Deberíamos marcharnos antes de que empiece a llover.

Mi gozo en un pozo. Toda la ilusión que estaba empezando a crecer en mi estómago se vio fumigada con su comentario. Era evidente que le incomodaba estar aquí conmigo. Había hecho subbuena acción del día, lo último que quería era tener que cargar con su damisela en apuros toda la noche.

—Estoy bien. Deberíamos irnos.

Asintió y tiró su cigarro en el suelo antes de pasarme el casco. Lo cogí sin mirarle a la cara.

—¿Sabes una cosa? —le dije—. Me parece que voy a volver andando. A fin de cuentas, he venido por mi propio pie así que volveré de la misma manera. Gracias.

Le tendí el casco muy convencida. Si me daba prisa quizá no me alcanzaba la lluvia.

—¿Por qué te cuesta tanto recibir ayuda? A mí no me cuesta nada llevarte, anda súbete.

—No quiero ser una molestia.

—Bien. Cuando lo seas te avisaré.

Claudiqué nada más escuchar el murmullo de un trueno lejano. ¿O me lo estaba imaginando para tener la excusa perfecta? Daba igual. Porque tan solo iba a disfrutar de ser la chica que va subida en la parte de atrás de la moto de Jay Morrison durante una noche. Ni de lejos iba a hacer un drama de todo esto, jamás me atrevería. Después de esto le evitaría lo suficiente hasta que se olvidara de mí para la próxima vez que nos cruzáramos por los pasillos. Era así de fácil. Así de simple. Le dije que vivía una manzana

más abajo de mi calle, y él me dejó ahí. Se despidió con un "no olvides lo que hemos estado hablando, chica cocodrilo" acompañado de una de sus sonrisas. Y se fue. Pero yo seguía temblando aún con su chaqueta puesta. Algo me decía que el hormigueo que empezaba a formarse en la boca de mi estómago iba a traicionarme con un desenlace que iba a acabar mal, muy mal. Pero me hacía sentir tan bien, que volví a optar por ese vaso hasta arriba de whiskey. Ya encontraría la salida otro día.

Capítulo 5

Capítulo 3: Anne

Me hubiera aliviado poder sentir algo similar al dolor. Una mera impresión de injusticia o alguna sacudida de remordimiento. Pero engañarse a uno mismo nunca resulta ser tan fácil como engañar a los demás. Requiere de esfuerzo y una gran capacidad para creer tus propias mentiras. Y sin embargo, hay mentiras que nacen para nunca ser creídas. Como este velatorio. Una fiel pintura al óleo de los Hall, sin duda. Sin acuarelas, solo un delgado trazo a lápiz perfilando algo parecido a lo que esconden sus sonrisas. Impersonal, cruel y presuntuoso. ¿Desde cuándo una muerte podía si quiera aparentar ser presuntuosa?

Era como el cuadro que tenían colgando en el pasillo de la entrada. Siempre me pregunté qué tendría de especial semejante obra para que los Hall decidiera colgarlo ahí, a la vista de todo el que entrara. La verdad es que mirándolo de cerca, era un cuadro horrible. Estando de pie frente a él solo aumentaba mis deseos de descolgarlo de ahí y liberar a la pared de tal condena. Aunque resultaba la excusa perfecta para escabullirme del bullicio agotador que se estaba formando en el salón. Era una simple muerte, por el amor de dios. La gente muere todos los días...¿no?

—¿Qué haces? — me sobresaltó Emily a mi espalda.

—Nada.

—Estupendo, me apunto.

—Creí haber visto a Connor Leavensworth saludando a los Hall— solté suavizando el tono. Cuando Connor pasaba a estar en la ecuación apenas se le veía el pelo. Siempre pensé que su dependencia surgía a raíz de un sentimiento similar al auxilio cuando estaba cerca de él. Emily podía ser muy débil a veces.

—Y has visto bien. Pero ahora está ocupado hablando con algún concejal de pacotilla con ínfulas de primer ministro.

La miré enarcando las cejas.

—Sin ánimo de ofender a tus padres, claro. Ellos son unos concejales muy simpáticos y eficientes... ¡Supereficientes, incluso!

Me volví hacia el cuadro y pude ver con el rabillo del ojo que ella hizo lo mismo. Estuvimos un rato ahí de pie, la una al lado de la otra compartiendo el silencio como tantas veces hemos hecho, observando algo que no nos dejaba indiferentes a ninguna, pero que sabía

perfectamente que el sentimiento que prevalecía en cada una era muy diferente.

—¿Qué te parece? — inquirí con curiosidad.

—Es triste.

—¿Triste? — volví a echarle un vistazo por si se me había escapado un detalle, un símbolo, pero seguía siendo el mismo cuadro espeluznante y espantoso —. ¿Por qué?

—¿Es que no lo sientes?

Me enfadó. Y me dolió en el orgullo, pero sobretodo en el ego. ¿Por qué una persona como Emily podía apreciar algo que yo era incapaz de ver? El cuadro era tan solo el dibujo de una mujer desnuda y embarazada pero delgada, agazapada sobre si misma sobre una roca, aunque sin un fondo que pudiera localizar su paradero. Apenas tenía color, era insulso para cualquier vista.

—¿El qué?

—Su dolor — me dijo —.Tan vulnerable y tan sola.

Se llevó la mano a la cabeza con una mueca de dolor.

—El médico te dijo que te lo tomaras con calma.

—Estamos celebrando su funeral, en su casa y compartiendo opiniones sobre su cuadro favorito — indicó masajeándose la sien—. No podría tomármelo con calma ni con una caja entera de Valium.

—Quizá deberías probar evitando a ciertas personas.

—¿A qué te refieres?

—Te he visto antes con Jay Morrison —le solté de golpe—. Hablar con él no es una buena idea si intentas recuperarte de un traumatismo encefalocraneal.

—Ya.

Pude notar como se tensó a mi lado. Y me sentí culpable al disfrutarlo.

—Siempre ha sido un capullo integral, no te lo tomes como algo personal. Sabes qué le encanta provocar.

—Ya. De todas maneras volverá pronto a Nueva York, así que...

—Con Jay Morrison nunca se sabe.

—Aquí estáis— exclamó la señora Hall asomándose al final del pasillo —. No os encontraba por ningún lado, ya temía que os hubierais marchado.

Ahí estaba, esa sonrisa que siempre se asomaba tras un interés oculto. Me ponía los pelos de punta... Al menos Eleonor sabía disimular sus gestos ruines.

—Claro que no, señora Hall —dijo Emily recuperando esa voccecita de niña buena que nunca ha roto un plato— ¿Necesita algo?

—La verdad es que sí, querida. ¿Os importaría ayudarme a buscar algo en la habitación de Eleonor? Ya sabéis como de insistente puede ser la policía acerca de recoger sus objetos personales...

—¿En la habitación de Eleonor?— pregunté con curiosidad.

—¿Está segura, señora Hall? — intervino Emily —. No sé si nosotras deberíamos...

—Bueno, estoy segura que una ayudita no dificultara el trabajo de la policía. Además, sólo resultaría imprudente si invitara a la habitación de mi reciente hija fallecida al culpable de tal desgracia, pero en este caso no creo que haya porqué preocuparse, ¿no es cierto?

La incomodidad fue palpable en cada metro cuadrado del maldito recibidor. No por lo qué dijo, sinó por cómo lo había dicho. ¿Era la señora Hall uno de los nombres de la infinita lista de personas que ya nos había juzgado y condenado? En cualquier caso, me estaba proporcionando un billete directo hacia su habitación, y no estaba dispuesta a dejar escapar esta oportunidad.

—Claro, señora Hall. Será un placer ayudarla.

Emily me miró confundida, pero enseguida se recuperó y asintió con aparente conformidad. La señora Hall no tardó en subir las escaleras, y tras dedicarnos un gesto para que la siguiéramos escaleras arriba, giramos a la izquierda en silencio y nos detuvimos frente a una puerta blanca. Maldita puerta blanca, ¿cuántos secretos habrás ocultado?

Lo extraño era que no había nada en esa puerta que indicara a la legítima propietaria de esa habitación. Ni su nombre escrito con acuarelas de colores ni un trozo de papel enganchado con cinta adhesiva que le diera el toque más personal a su habitación. Para la mayoría, sólo era una puerta impoluta que escondía más secretos de los que Leavensworth era capaz

de asumir. Para mí, era un muro que me separaba de lo que más quería en este mundo. Sin embargo, cuando la señora Hall abrió la puerta, ninguna de la dos se atrevió a dar el primer paso.

—Sólo van a ser unos minutos — insitió la señora Hall.

—No lo entiendo, ¿qué quiere que busquemos nosotras aquí exactamente?

—Buen apunte, Emily querida, como siempre. Seguro que sois conscientes de la existencia del diario que guardaba mi hija. El *Sheriff* ha pensado que sería una ayuda crucial para el caso, el problema es que me está resultando una tarea difícil de llevar a cabo. Era su madre, pero no compartía conmigo algunos secretos. Por otro lado, vosotras erais sus más íntimas amigas.

—Lo éramos pero...

—¿Un diario?— la interrumpí—. Nunca vimos a Eleonor escribir en un diario.

Eleonor era ruin, pero demasiado inteligente. Ella nunca arriesgaría sus secretos o los nuestros exponiéndolos en un simple diario. Sus pensamientos eran su mejor arma ¿Cómo iba a poder dejar constancia deliberadamente de todos ellos?

—Afortunadamente para esta investigación, fueron varias veces las que vi a mi hija escribir en ese cuaderno — dijo la señora Hall recalcando la palabra "hija". Aunque todas en esa habitación sabíamos que ese término siempre le vino grande—. Claro que si llego a saber el trágico desenlace le hubiera echado mano yo misma hace tiempo.

—¿Y cómo era ese cuaderno?

La señora Hall fingió rebuscar con esfuerzo entre su memoria mientras se llevaba la mano a la cabeza con pesar.

—Apenas lo recuerdo bien, me temo que la memoria acaba empobreciéndose con las tragedias, pero creo que tenía la solapa azul.

—¿Azul? —reí—. ¡Pero si Eleonor odiaba el azul!

—Anne...

—No, está bien, Emily. Están siendo unos días muy duros para todos. Es comprensible que las emociones estén a flor de piel— dijo la señora Hall sin apartar su mirada de la mía. Podía ser un fósil con cremas caras, pero si de algo sabe el diablo es más por viejo que por diablo—. Por cierto,

¿cómo están tus padres?

Menuda arpía... ¿Me estaba amenazando? Tragué con dificultad y aparté la mirada.

—Será mejor que nos pongamos a ello — acabé claudicando—. Ese diario tiene que estar en alguna parte, ¿no?.

—Estoy de acuerdo. ¿Os importa que me ausente unos minutos? Con la casa llena es imposible...

—Claro, señora Hall. Nosotras nos encargamos, no se preocupe.

Emily y su hipócrita buena educación comenzaban a mosquearme. Nos dedicó una de sus sonrisas viperinas antes de desaparecer por las escaleras. Qué curioso que el ambiente volviera a ser habitable en aquel pasillo.

—¿Pero qué ha sido eso?

—¿Qué ha sido qué?— Al tocar el pomo de aquella puerta sentí un escalofrío recorrer por todo mi cuerpo. Volver a oír ese rechino al abrirla casi me provoca náuseas. Estaba muerta por el amor de dios, ¿cuándo iba a acabar esta pesadilla?

—No me tomes por una imbécil, Anne. A mí no.

—Oh, vamos. ¿De verdad te has creído toda esa parafernalia del diario? — prácticamente le grito —. ¡Azul! Y encima se va con una excusa barata a ponerse morada de vino mientras le hacemos el trabajo sucio.

—Vale, es poco probable que Eleonor utilizara un diario. Eso lo sabemos todas, pero no tiene por qué estar mintiendo, quizá vio que apuntaba algo en un cuaderno y lo entendió mal. Quizá era dónde escribía todo lo ocultaba.

—¿Y qué ocultaba exactamente, Emily?

—¿Pocimas y conjuros? ¡Yo qué sé, Anne! Pero mejor tenerlo nosotras que que lo tengan ellos.

No lo había dicho. Le había dado la oportunidad perfecta para confesar en voz alta qué estaba muerta de miedo. Desde que murió Eleonor, todas nosotras fuimos muy conscientes de que podría haber dejado algo escrito que pusiera en peligro todos nuestros secretos. ¿Un cuaderno? ¿Un pendrive, tal vez? Estábamos seguras de qué había escondido algo en alguna parte, pero ahora ninguna se atrevía a admitir que tras nuestra sonrisa había secretos por los que hicimos cosas horribles. Y qué Emily me

tomara por una imbécil dispuesta a creer en su fachada sólo me enfadó más.

—Así que quieres robarle a una muerta en su propio velatorio — silvé cruzandome de brazos—¿Qué pensaría la gente si te escuchara, Emily Bell?

—¿Pero qué te pasa ahora?

—Pues que nunca acabo de pillarte. ¿Se puede saber de qué parte estás, Emily?

—¿Qué de qué parte estoy?—repitió incrédula—. No tenía ni idea de que hubiera partes.

—¡Claro que no!— reí mordaz—. Ese siempre fue tu problema.

Respiró hondo. No entendía nada, podía verlo en su cara. Y me morí de envidia. Ni se imaginaba lo afortunada que era.

—Hay algo que no me estás contando —dijo.

Puse los ojos en blanco y entré en su habitación. Todo estaba exactamente igual. Si la policía había entrado a rebuscar pruebas lo habían hecho con el respeto que se merecía cualquier víctima. La cama, pegada a la pared de la izquierda, estaba bien hecha. Con todos y cada uno de sus cojines blancos pulcramente colocados. Frente a ella, se encontraba su estantería repleta de libros y revistas. La mayoría trataban sobre botánica y plantas. Por algún extraño motivo siempre se vio fascinada por las hierbas y sus propiedades curativas. A su lado, cerca de la puerta, estaba su escritorio de madera blanca. Y junto a él, su tocador. Aún podía imaginarla ahí sentada cepillándose su larguísimo pelo rojo. Sus barras de labios seguían intactas en el mismo sitio, como si nada hubiera pasado. Como si hace dos noches no la hubieran asesinado en mitad de un bosque.

La única luz que lograba entrar en ese cubículo era la de la enorme ventana que había justo al lado de la cama. Apenas abierta para ocultarla de la vista de los charlatanes del pueblo.

—Anne — dudó antes de seguir— Tengo la sensación de que... ¿Pasó algo más esa noche?

¿Por qué nos empeñamos en hacer preguntas de las que no queremos saber la respuesta? Me volví para verla.

—Todo lo que sabes es todo lo que pasó. ¿Vas a ayudarme a buscar ese

maldito diario?

Emily enarcó una ceja y se cruzó de brazos.

—Por favor — volví a intentarlo con una sonrisa.

Resopló antes de acercarse al escritorio pero vaciló al abrir el cajón, y apenas tocó nada. Repitió el mismo proceso con los otros dos cajones mientras yo me dedicaba a toquetear y a cambiar de sitio algunos libros de su estantería para hacer tiempo. Pero al llegar al último, este no se abrió.

—¿Qué pasa?

— Está cerrado.

—Lo más probable es que la señora Hall tenga la llave, ¿no?

—Quizá sea una señal —volvió a llevarse la mano a la cabeza—. No deberíamos rebuscar entre sus cosas. No está bien...

—Emily, respira. Tenemos el permiso de la señora Hall. Ya la has oído.

—Pero la señora Hall no es Eleonor.

Emily podía resultar tan susceptible que siempre acababa complicando las cosas más sencillas.

—Deberías ir a pedirle la llave a la señora Hall— insistí.

—¿Qué te hace pensar que ella tiene la llave? Las dos sabemos que Eleonor jamás se la daría a nadie, y además si la policía ha estado aquí...

—Por ir a preguntar tampoco perdemos nada.

Fueron un par de minutos en los que estuvimos enzarzadas en una batalla de miradas. Ella quería dejar las cosas como estaban, como si por culpa de un error Eleonor fuera a resurgir del inframundo. Y a mí me parecía bien, pero antes tenía que hacerlo. Al final logré que claudicará diciéndole que la señora Hall nos dejaría ir cuando se entretuviera en abrir ese cajón. Salió de la habitación a regañadientes, pero para mí fue más que suficiente.

Me quité la horquilla del pelo y la metí en la cerradura. Sólo tenía que girarla suavemente a la izquierda, luego a la derecha y...isonó el "click"! Desencajé el cajón y lo saqué con prisa. Lápices y rotuladores se esparcieron a mi alrededor. Me asomé, pero estaba todo oscuro. Metí la mano hasta el fondo y comencé a palpar su interior. Me dijo que estaba

aquí. ¿Y si me había mentido?

Escuché el débil sonido de alguien subiendo las escaleras. No podía irme sin él... Nunca tendría una oportunidad mejor que esta. Me arañé el brazo intentando estirar más el brazo, pero apenas le di importancia al notar algo robusto. Era... ¿era un cuaderno? Lo agarré, y cuando pude sacarlo de ahí me di cuenta de que no era un cuaderno, sino una agenda. ¿Sería la agenda de Eleonor? Lo abrí a toda prisa, con la esperanza de encontrar lo que andaba buscando en su interior, pero no había nada que no fuesen sus páginas llenas de citas. ¡Mierda! Puta mentirosa de mierda...

Ya oía las voces de Emily y la señora Hall avanzar por el pasillo cuando me percaté de algo. No había ni rastro de anotaciones o citas posteriores al 3 de agosto. Tan sólo apuntó una simple frase de su puño y letra en esa casilla. Y ahí, de forma clara y con buena letra se podía leer:

"8 p.m – Decírselo a MW"

Rebusqué por toda la agenda en busca de las mismas iniciales pero no vi nada parecido en meses anteriores. Eleonor había quedado con una persona una hora antes de reunirse en el bosque con nosotras. Pero... ¿con quién?

—No me atrevería a nombrar la negligencia al referirme a tu padre, Emily. Pero el sheriff ha debido de ser muy descuidado al pasar por alto este detalle...

Cerré de golpe la agenda y corrí a esconderla debajo del colchón. Apenas me sobró un segundo cuando la señora Hall se asomó por el resquicio de la puerta.

—¿Qué demonios ha pasado aquí?

—Pues que he conseguido abrir el cajón. No se moleste en darme las gracias.

—Dirás más bien que lo has arrancado del escritorio —se quejó acercándose a inspeccionarlo—. Tendré que hacer subir luego a María para que recoja este estropicio.

La señora Hall recogió el cajón y lo puso sobre el escritorio para vaciar su contenido. Apenas estaba lleno, pero encontró un par de ensayos de algún trabajo de literatura y algunos apuntes. No esperaba que encontrase nada más hasta que lo dijo.

—He aquí la prueba de mi certeza — Alzó con aparente satisfacción un cuaderno pequeño de color azul que nunca había visto—. Este es el diario de mi hija. Gracias, chicas. Sin vuestra ayuda nunca hubiera podido

recuperarlo. Se lo entregaré al sheriff esta misma tarde.

Emily y yo intercambiamos miradas. Era prácticamente imposible que Eleonor escondiera algo tan letal como aquello en un cajón de su escritorio con tan solo una cerradura como escudo. Pero no pudimos hacer más preguntas, ella se encargó de empujarnos, literalmente, de vuelta al barullo de personas reunidas en el piso de abajo.

—¿Qué acaba de pasar?

—No tengo ni idea —. Estaba demasiado confusa. La agenda que mencionaba a un tal MW, la ausencia de mis papeles y que ahora mismo podrían estar a manos de sabe dios quién y ese diario azul tan raro. No encajaba nada.

—¿Y por qué me has mandado a buscar a la señora Hall si eras perfectamente capaz de abrir el cajón?

—No lo sabía hasta que lo he hecho.

—Qué bonita casualidad, ¿eh?

—¿Quieres decirme algo? Porque soy todo oídos.

—¿Y de que me sirve que seas todo oídos si de tu boca no sale nada honesto? — miró a su alrededor —. Me voy. Con Connor. Ya nos veremos cuando te tomes una tila.

Me dirigí casi corriendo a una de las mesas del salón en las que los invitados aún no habían arrasado con las copas de champán. Sentir las burbujas picotear en mi lengua me devolvió la vida durante un segundo, quién dijo que el alcohol no te ayuda a resolver tus problemas era un incrédulo masoquista. Volví a coger otra copa cuando noté a alguien a mi espalda.

—Merece la pena venir a las fiestas de los Hall sólo por la bebida — soltó Jay Morrison antes de darle un largo trago a su copa de Moët.

— Un comentario muy acertado para un funeral, claro que sí.

—Vamos, ¿No crees que han sacado partido de una situación horrible? No sería la primera vez. ¿Te acuerdas cuándo...?

—Quizá deberías ponerte un poco más en la piel de los demás. No todo el mundo siente tan poco las cosas como tú.

—Ay, Anne. ¿A quién pretendes engañar con esa pose? — dijo con un

brillo canalla en su mirada.

—No, la pregunta que nos hacemos todos es ¿A quién pretendes engañar tú? Nunca habrías abandonado Nueva York si no tuvieras una razón muy gorda por la que volver.

—Eleonor me importaba. ¿A ti no?

—Sabes perfectamente que sí —Me serví otra copa —. Era mi mejor amiga.

—Debe de ser horrible que tu mejor amiga muriera a manos de un asesino despiadado a tan solo unos metros de distancia, ¿no?

—No seas morboso, Jay. No te pega.

—Sólo intento entenderlo. Y ese desgraciado aún sigue por ahí suelto. Debes de estar muerta de miedo, ¿no?

—Ahora mismo solo estoy muerta de aburrimiento. Así que creo que me voy a ir.

Me abrí paso entre la gente con la copa aún llena en mi mano derecha.

—Nos vemos en la fiesta de esta noche, entonces.

Me paré en seco temiéndome lo peor. Oh, no, Jess...

—¿Qué fiesta?

—La que organiza Jess en su casa. Lo llama "Fiesta de la despedida" — dijo gesticulando unas comillas en el aire —. No te preocupes, a ella también se la ve afectada.

—Jess tiene su particular manera de despedirse. Ya la conoces.

—No sé por qué, pero me da la sensación de no conoceros a ninguna.

—¿Es por eso por lo que te estás acercando a Emily? — Fue una pregunta aparentemente inocente, pero a él se le cambió el gesto. ¿Qué estaba pasando? —. Déjala en paz. Por si no te has dado cuenta, se está recuperando de una hostia tremenda y no le hace ningún bien tener tus estúpidos comentarios cerca.

—Es noche de fiesta — se encogió de hombros —. ¿Por qué no te relajas un poco?

No me quedé a contemplar su estúpida sonrisa de superioridad. Retomé mi camino dando disimulados codazos a los pesados que aún se aglomeraban cerca del libro de condolencias hasta ver su mata de pelo dorado.

—Tenemos que hablar. Ahora.

Estaba coqueteando con el amigo neoyorquino de Jay, quien nos dedicó una gran atención.

—¿Hay algún problema?

—Claro que no. Sólo necesito robarte a Jess un minuto.

Se le veía a kilómetros la curiosidad que habíamos despertado en él, pero se iba a quedar con las ganas. Al menos con estas ganas, seguro que Jess se encargaba luego de las otras. La arrastré hasta la otra punta de la habitación ignorando sus quejas.

—¿Pero qué haces? ¡Estaba a punto de liarme con él!

—Ni se te ocurra. ¿Te recuerdo que estás en el velatorio de tu mejor amiga?

—El muerto al hoyo y el vivo al bollo, ¿no? — soltó antes de quitarme la copa y beberse su contenido de un sorbo.

—Seguro que tienes tiempo de sobra para dedicarle tiempo a tu "bollo" en la fiesta de esta noche.

—Es una fiesta de des-pe-di-da. Además, seguro que a Eleonor le hubiera encantado — guiñó el ojo.

—Me importa una mierda lo que a Eleonor le hubiera gustado. ¿No te das cuenta de lo sospechoso que va a resultar esa fiesta? Jay Morrison está empezando a hacer preguntas muy raras.

—¿Jay Morrison? — rió Jess—. ¡Pues qué las haga! Él es el rebelde favorito de Leavensworth. Todo el pueblo sabe que miente más que habla.

—Ese no es nuestro único problema. Emily no es tonta, sabe que pasó algo esa noche que no le contamos.

—¿Y qué? — se encogió de hombros —. Emily es la persona a la que más le interesa que cerremos la boca. Además, ese golpe en la cabeza nos ha venido genial. Podemos beneficiarnos de su pequeña amnesia siempre que

lo necesitemos.

Dudé en contarle a Jess sobre el descubrimiento de la agenda de Eleonor y su cita con su misterioso amigo unas horas antes de morir. Pero callé por la misma razón por la que todo el mundo calla sus secretos. A pesar de ser su amiga, no confiaba en ella. Por lo que a mí respecta ella podría haberse colado en la habitación de Eleonor mucho antes y robar los papeles que estaban debajo del cajón. Podría saber lo que no quiero que se sepa jamás y decirle tal cosa sólo haría incrementar su ventaja sobre mí.

—Está bien.

Me guiñó un ojo antes de darse media vuelta.

—Jess — la llamé—. No te pases con esa fiesta.

Sabía que era una pésima idea. Nada bueno iba a salir de ese intento por llamar aún más la atención de Jess. Pero puede que algo así atrajera a la persona con la que se reunió Eleonor antes de morir. En su agenda ponía "decírselo a MW". ¿Qué demonios quería decir eso? Prometió guardar nuestros secretos a cambio de todo lo que hicimos por ella. No se habría atrevido a contárselo todo a ese tal MW, ¿verdad? Claro que se hubiera atrevido. Era Eleonor Hall. Lo hubiera hecho sin pestañear si eso le hubiera beneficiado de alguna manera. Pero aun así, acabó muerta. ¿Qué tenía todo eso que ver con MW?

No iba a irme de esa fiesta sin descubrirlo.

Capítulo 6

Capítulo 4: Anne

1 AÑO, 6 MESES Y 16 DÍAS ANTES

Respira, tienes el control. Puedes hacerlo. Sabes que puedes hacerlo. Suelta el aire, despacio. Respira. Cuando era pequeña, mi madre solía enseñarme la diferencia abismal que había entre un mal comportamiento y uno adecuado. Qué estaba bien y qué estaba mal. Ser educada, cumplir las reglas, eso estaba bien. Sin embargo, a pesar de ser una hija modelo y ejemplar sin excepción, siempre me resultó difícil hacer lo correcto. Supongo que uno debe aprenderlo por las malas. Supongo que las mayores lecciones de la vida son las que te dejan una horrible cicatriz, y podía decirse que a mí me había apuñalado la daga más afilada que jamás había tocado mi piel. Lo que mi madre nunca me enseñó es que la mayoría de nosotros vivimos sin saber, pero aún así creemos saberlo todo. Saber qué está mal, saber qué se supone que está bien. Sabemos sin saber. Entonces, ¿por qué queremos saber siempre más?

Vanesa se acerca a toda prisa, con razón es la mejor central del equipo. Mer y Claude van tras ella con cara de pocos amigos. Y la bruja de Tania se coloca cerca de mi portería por si suenan las campanas y puede lucirse al marcar el gol. Entre todas ellas a menudo me siento como el E.T de Spielberg en alguna película de Woody Allen. Todas parecen ser tan naturales, como si no se esforzaran cada mañana en parecer ellas mismas. No tienen ni la menor idea de la suerte que tienen. En el último momento Vanesa se ve cerrada por dos torres dignas de pertenecer al casting de Juego de Tronos, por lo que mi presentimiento vuelve a cumplirse y es Tania quien me lanza el balón hacía la portería. Respira. Deja el aire acariciar tus pulmones. Es un lanzamiento alto, y antes de que toque mi portería yo ya la he parado. En tu cara, Tania Kevinson. La entrenadora Scotts nos pide hacer un pequeño descanso para beber agua y así poder explicarle algo a Vanesa. Pero Tania se lo toma como una iniciativa para darme el coñazo tan temprano.

—Buena parada, aunque hoy te veo un poco verde. ¿Habrás desayunado bien, verdad?

—La verdad es que no mucho, hoy tengo el estómago revuelto. Pero veo que tú no has tenido ningún problema con ello.

Palideció al mismo tiempo que se le fue borrando esa estúpida sonrisa de

la cara.

—Tania, eres una de las mejores jugadoras. Deberías controlarte un poco con la comida o te convertirás en la jugadora más lenta de todo el equipo . ¿No querrás que perdamos los próximos semifinales por tu culpa, verdad?

—No, claro que no — susurró enrojecida.

—Genial—le guiñé el ojo—.Te pasaré el número de una nutricionista muy buena esta tarde. Ya verás como todo se arregla.

Me volví hacia la entrenadora Scotts con intención de disuadirla sobre seguir con Tania como delantera. Esa chica iba a hacernos quedar mal todos los próximos partidos. Pero antes de llegar hacia ella, algo se me removi6 en mi est6mago. Y antes de que pudiera detenerme a pensarlo, algo empez6 a precipitarse por mi garganta como un mism6simo cohete al despegar.

Salí corriendo hacia los vestuarios antes de dejar una mancha imborrable sobre mi curr6culum, literalmente. Por poco no llego al lavabo antes de echarme sobre el v6ter y echar todo el desayuno y la cena de ayer. Vomitar en p6blico es algo que mi madre nunca me perdonar6, es decir, que yo nunca me perdonar6. Soy una persona importante en este instituto, la gente podr6 aprovecharlo para explotarlo como una debilidad. Podr6an ir diciendo que estaba enferma terminal o qu6 ten6 episodios bul6micos entre horas. La gente puede llegar a ser muy cruel a veces, por eso debemos ser mejores. Mejores en ser peores. La crueldad m6s inteligente es la que va disfrazada con una bonita sonrisa. Todo el mundo espera ser golpeado por detr6s, pero nadie ve venir una buena cara de frente.

Me mojo el cuello con agua fr6a mientras me devuelvo la mirada en el espejo. Puedo sentir los moratones escondidos bajo las capas de maquillaje que generosamente me he aplicado esta ma6ana alrededor de 6l. Nadie se ha dado cuenta. Nadie salvo yo, claro. Que rezo cada d6a por ahogarme en el olvido. A pesar de ello, sigo teniendo buen aspecto. Quiz6 se deba a que siempre he sido objetivamente guapa, y no lo pienso porque me supere la tradicional vanidad adolescente sino porque toda mi vida he sido una espectadora a los halagos de la gente. Mis padres, mis vecinos, mis compa6eros... Incluso fui elegida "Miss cerebro y cara bonita" por mi clase en s6ptimo. Sin embargo, yo ya no veo nada que halagar en este espejo. No veo belleza por la que sentirse orgullosa, no veo nada hermoso reflejado. Vuelvo a sentir un fuerte escalofr6o recorrer todo mi cuerpo hasta acabar en mi est6mago. Me ara6o la piel de mis brazos hasta dejar de sentir la necesidad de quit6rmela. Necesito darme otra

ducha.

—Vaya, vaya. ¿Pero qué hace una chica tan guapa tan solita?

No me hizo falta darme la vuelta para saber quién se había colado en el vestuario de las chicas. Ni siquiera alzar la vista frente al espejo. Todo el mundo reconoce la voz de un baboso cuando la escucha.

—Jason—sonreí hipócritamente—.¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Enserio?— soltó una carcajada seca, de esas que te producen arcadas con simplemente oírlas—. Llamémoslo destino o...¿por qué no? Casualidad. Tiene muchos nombres, nena.

—¿El destino te ha llevado hasta el vestuario femenino?

—Ajá — dijo acercándose lentamente. Seguía teniendo esa estúpida sonrisa pegada en su rostro—. ¿Eso te excita?

—A decir verdad me preocupa. ¿Le has hablado al psicólogo del instituto sobre estas inverosímiles inclinaciones tuyas?

Jason nunca me dio miedo. Ni a mí ni a nadie, de hecho. Siempre fue el perrito faldero de Skyler Leavensowrth. Aunque siempre me recordó más a una sanguijuela que se alimentaba de la popularidad de a quienes se enganchaba. No era muy listo. No era guapo. Era un saco de huesos con bigote preadolescente pegado al labio y con pelo engominado. Sin embargo, su aliento siempre fue la peor parte.

—Qué graciosa. ¿Quieres que te diga con quién he hablado, Benavent?

—Ya que has venido hasta aquí— dije sin prestarle ninguna atención mientras me peinaba con las manos frente al espejo.

—Skyler Leavensworth. Pelo castaño, ojos claros, pecas en la cara. ¿Te suena?

Mi mano quedó suspendida en el aire, acompañada de un ligero estremecimiento.

—Seguro que te estás muriendo por saber si me ha contado lo que estás pensando ahora mismo, ¿verdad?

La garganta se me secó como si no hubiera probado agua en semanas. Se me hizo difícil tragar, pero aún más respirar. Difícilmente pude darme la vuelta y devolverle fríamente la mirada. Por primera vez desde hacía

tiempo, no sabía qué debía decir.

—Ah, pero ¿ya no te apetece hacer bromas? —dijo fingiendo una mueca lastimera—. Aunque, siendo sinceros, te prefiero así. Vulnerable y accesible.

—¿De qué estás hablando, imbécil?

Me miró durante tanto tiempo sin decir una sola palabra que noté cómo empezaba subirme la bilis por la garganta.

—Oh, vamos. No te hagas la tonta ahora, Benavent. Skyler no sólo me lo ha contado, sino que me lo ha enseñado—Volvió a retomar su paso lento hacia mí.

—No te acerques—le advertí.

—Los mensajes, las fotos, las insinuaciones...

—Te lo estoy diciendo en serio—retrocedí hasta quedar acorralada contra el espejo—Para. Ahora.

—Pero eso no es nada comparado con lo que pasó en la fiesta. Nos estás engañado a todos, Benavent. Si Skyler no me hubiera enseñado el video te aseguro que hubiera pensado que ese cabrón de Leavensworth mentía.

¿Qué se supone que debemos hacer cuando nos quitan todo lo que creíamos saber? Nuestras murallas se derrumban, levantando una niebla cegadora. Nuestros escudos se rompen en mil pedazos de cristales sin que puedan protegerte, porque cortan. Ya no nos encontramos seguros tras lo que se suponía que estaba mal. Porque tus padres nunca tuvieron razón, y te duele. Te duele porque por fin te das cuenta que has crecido utilizando todos los comodines y gastado todas las oportunidades. Y ahora estás dentro. Bienvenida a la cruel pero diligente realidad, hermana. Donde lo que está mal puede no importarle a la gente de tu alrededor.

Jason se detuvo a escasos centímetros de mí. Mostrándome sus asquerosos dientes al sonreír.

—¿Qué haces aquí, Jason?—repetí en un susurro.

—¿La verdad? —Alzó la mano para colocarme un mechón suelto detrás de mi oreja—. He visto cómo te marchabas corriendo del entrenamiento hasta venir aquí. Supongo que tú también me has visto a mí en las gradas.

—¿Qué? — exclamé horrorizada.

—Tranquila. He echado el cerrojo.

—¿Pero qué estás diciendo, Jason?

—Vamos, deja ya de fingir —volvió a reír—. Me he dado cuenta de cómo me miras cuando nos cruzamos por el pasillo. Ya está, lo he pillado.

Acercó su nariz a mi cuello y el simple hecho de que tocara mi piel me dio asco. Asco hacia mí misma. Apoyé todo mi peso en la piletta hasta deslizarme disimuladamente un poco hacia abajo. Extendí el brazo con disimulo hasta llegar a mi tobillo.

—No me toques.

—Oh, vamos. No te hagas la estrecha ahora.

—¡He dicho que no me toques!

No pensé con claridad. Pero, ¿cómo hubiera sido capaz de hacerlo? Hay personas malas en este mundo, personas que no les importa saber que lo que están haciendo está mal. Qué no les importa ver que dejan tras de sí a personas rotas. Qué te hacen daño aun siendo conscientes que eso es algo que no está bien. Entonces, ¿por qué nos insisten cuando somos pequeños en saber diferenciar lo que está bien de lo que está mal? Saqué la pequeña navaja que llevaba guardando en el fondo de mi calcetín desde hacía tres meses en tan solo un segundo. Y tardé otro más en apuñalarle la mano que tocaba mi muslo.

—¡Hija de puta!— gritó mientras se alejaba con tanta brusquedad que tropezó y se cayó al suelo, dejándolo todo perdido de sangre en su patético intento de alejarse de mí como si fuera una psicópata —. ¡Me has apuñalado! Dios mío, no paro de sangrar... ¡Estás loca, hija de puta!

Me miré las manos manchadas de sangre, incapaces de controlar los temblores. Volví a girarme hacia al espejo. Y en ese momento lo vi, algo que se encendía cuando la mecha debía ser prendida. Algo que no le temía al miedo. Que brillaba cuando todo en mi interior oscurecía; El coraje. Y nadie iba a quitármelo.

—Me voy a morir, me muero... ¡Ayuda!—seguía gritando Jason.

Me volví hacia él, con ambos brazos pegados a mis costados. Sin temblores. Sin intimidaciones. Sin ningún miedo que pudiera hacerme pequeña a su lado. Porque ahora él estaba a mis pies, temiéndome a mí.

—Dime, ¿qué sientes, Jason? —me dirigí a él lentamente, como un minuto antes él se había dedicado a hacer—. ¿Sientes miedo? ¿Sientes que tu vida corre peligro?

—Estás loca...

—¿Está loca una persona que sólo quiere respeto? ¿Qué quiere pasar caminando por el pasillo sin que un idiota se crea con derecho a algo más que a mirarla?

Me arrodillé ante su mirada horrorizada, y sólo cuando me acerqué hacia su mano ensangrentada y volví a agarrar la empuñadura de la navaja, le vi temblar. Y sólo cuando lo vi hacerlo, yo dejé de hacerlo.

—Menudo espectáculo habéis montado —dijo una alta y delgada figura frente a nosotros—. He tenido que romper la cerradura. El conserje se va a mosquear pero veo que ha merecido la pena.

—¿Eleonor?—. Desvié la mirada hacia ella en cuanto Jason pronunció su nombre como si se tratara del salvavidas por el que tanto había rezado.

—¡Busca, ayuda! ¡Me quiere matar!

—No digas tonterías —dijo ella—. Anne sería incapaz de hacerte daño.

—Skyler se lo ha contado. Lo sabe, lo sabe todo.

—Suficiente, Anne.

—¿Es que no me estás oyendo?! ¡No podemos dejarle ir!

Eleonor se acercó a mí con su habitual rostro neutral. Me cogió la mano con la que aún tenía aferrada la navaja con suavidad y asintió. Y la solté. La solté como si su empuñadura hubiera empezado a arder. Me aparté hasta que mi espalda volvió a chocar contra la piletta.

—Esto te va a doler un poquito —. Se la sacó de una, sin pestañear ni titubear. Jason en cambio, se relamió la herida con un alarido espantoso—. Deberías tener más cuidado con los objetos punzantes, Jason. Esto podría haber sido mucho peor si por error tu navaja, la que llevabas en tu bolsillo, hubiera acabado en tu hígado.

—¿Mi navaja? Oh, si crees por un momento que voy a dejar que todo el mundo crea que...

—Por cierto, ¿cómo está tu madre? — continuó Eleonor —. Ha llegado a mis oídos que está mucho mejor desde que toma esa mediación europea tan cara que tan amablemente le llevé hace un par de semanas. Aunque

es un medicamento difícil de encontrar, sería toda una lástima que no pudiera seguir trayéndole más

—¿Qué...?

—Pero no te preocupes por eso. Somos buenos amigos, y los amigos se ayudan entre ellos. ¿No estás de acuerdo?

—Tú no...— comenzó a decir él, palideciendo por momentos— No harías eso.

Eleonor le sonrió antes de presionar su herida con una toalla que había sobre uno de los bancos.

—¿Qué no haría qué? —Era un desafío. Hasta el subnormal de Jason se dio cuenta. Eleonor tenía la sartén sujeta por el mango, y podía hacer que él o cualquier habitante de Leavensworth hiciera lo que a ella le viniera en gana—. ¿Qué hacías con una navaja en el bolsillo? ¿Es que no sabes que estas cosas primero hay que saber usarlas?

Jason me miró con ira y perplejidad antes de devolverle una expresión más relajada a Eleonor.

—Yo... he... Sí, claro. Pero a veces resulta útil tenerla a mano para cualquiera emergencia que surja.

—Procura ir con más cuidado. La próxima vez podría ser mucho peor. Menos mal que estaba Anne para ayudarte — Pasó suavemente la navaja por su cuello, para acto seguido descender hasta pasearla sobre su paquete —. Recuerda que a nadie le gustan los chivatos. Pero, a diferencia de tu amigo, Skyler Leavensworth, tú sabes guardar un secreto, ¿no?

—Putas locas— murmuró.

—¿Cómo?

—No diré nada. Es decir... no sé nada. Yo no sé absolutamente nada.

—¿Oyes, Anne? — se volvió hacia mi jugueteando con la navaja—. Jason es un buen chico. Iremos a avisar a la enfermera Stevens antes que la herida vaya a peor.

Eleonor guardó la navaja en su bolso antes de dejar a Jason en el suelo ensangrentado con tan solo una toalla y mucho miedo brillando aún en sus ojos. Sin embargo, no era el único. Fui tras ella, escondiendo las manos en los bolsillos de mi pantalón deportivo. Una vez más, no sabía a qué palabras optar para decirle qué todo lo que habíamos hecho corría ahora en peligro. Qué Skyler Leavensworth no sólo se había ido de la

lengua, sino que tenía algo mucho más peligroso en sus manos.

—Skyler Leavensworth lo grabó —solté atropelladamente.

Eleonor se detuvo. Tan solo podía ver su larga melena rojiza y rizada en medio del caos del pasillo.

—No sé cómo pudo hacerlo. Yo no..., él no me ha dicho nada.

Eleonor seguía sin moverse. Y yo empezaba a desesperarme.

—¿Eleonor? — la llamé—. ¿Estás escuchando lo que estoy diciendo?

—¿Cómo has podido ser tan imbécil de no darte cuenta antes?— dijo al fin mirándome a los ojos —. Te pregunté claramente si Skyler podía tener alguna prueba. Te dije qué te asegurarás de primera mano.

—No pude hacerlo. No pude... acercarme— acabé soltando en un hilo de voz en cuanto le vi. Estaba ahí. Skyler Leavensworth estaba a menos de diez metros de distancia. Y algo volvió a revolverse en mi interior, pero esta vez no fue mi estómago sino algo que iba más allá del dolor físico. Estaba apoyado en una taquilla, rodeado de personas que no paraban de sonreír y reír por cada sílaba que salía arrojada de su boca. Sonreía con una superioridad tan arrogante que volvía a producirme ganas de vomitar.

Quise alejarme. Juro que quise largarme de ahí antes de que me viera, pero la rabia acabó por oprimir mis puños hasta que pude sentir la humedad de la sangre entre mis dedos. Él le había dicho a Jason lo que realmente pasó en la fiesta. Él lo grabó. Él es el culpable de todo lo que me estaba pasando. ¿Iba a dejar que continuara con esa estúpida sonrisa en la cara? Así que caminé. Caminé hacia él decidida, ni si quiera sabía a qué, pero todo lo que quería era hacerle daño del mismo modo que él me lo había hecho a mí. Iba a hacerlo, hasta que él reposó su mirada en mí y me detuve en seco. No se sorprendió al verme, simplemente parecía satisfecho. ¿Es que acaso me esperaba? ¿Esperaba que fuera hacia él? Seguí devolviéndole la mirada, hasta que caí en algo. No iba a dar un paso más. Estaba jugando conmigo, quería verme así, imprudente y paranoica. Era evidente que no había hablado sobre lo que pasó en la fiesta a nadie salvo a Jason, sino ahora todo el mundo estaría parlotando sobre lo furcia que era Anne y lo alucinante que podía llegar a ser Skyler. No, se lo había mostrado a Jason porque sabía que era un cerdo compulsivo que tomaría una estúpida decisión nada más ver el vídeo que le llevaría directo hacia mí. Todo lo que pretendía era que comprendiera quién tenía el poder. Y si quería jugar, jugaríamos.

En ese momento Eleonor pasó por delante de mí y me hizo un disimulado gesto con la cabeza para que la siguiera. Y así lo hice. Sintiendo la

repulsiva mirada de Skyler clavada en mí, seguí mi camino como si no hubiera pasado nada hasta el laboratorio de ciencias, donde Eleonor había entrado.

—¿Te han contado alguna vez la historia del patito feo, Anne? — me sorprendió nada más verme entrar. Estábamos completamente solas entre un montón de pipetas y probetas de cristal.

—Sí—. Ahí iba la gran Eleonor Hall una vez más con sus metáforas de conclusión confusa.

—¿Te sabes el final?

Asentí.

—El pato resulta no ser un pato sino un cisne.

—El pobre pato creció toda su vida pensando que era diferente al mundo entero. Estuvo tan solo y triste toda su vida que no pudo ser más que un pato que vagaba por todos lados sin ir a ningún lugar.

—¿Y qué?

—¿Qué crees que hubiera hecho el pato si hubiera sabido a tiempo que era un increíble cisne?

Cambié de peso hacia la otra pierna. ¿Por qué estábamos perdiendo el tiempo de esta manera en lugar de pararle los pies a Skyler Leavensworth?

—No sé, ¿irse a buscar a más cisnes con los que aplacar su soledad?

—Sobrevalorar la soledad siempre resulta un problema para una mujer independiente.

—Creía que estábamos hablando sobre un pato.

—Y yo que eras lo suficiente inteligente cómo para entender que yo nunca hablo de patos—. Sacó la pequeña navaja del bolso y la puso encima de una de las mesas del laboratorio.

—Qué sutil — susurré ante su neutra mirada—. Tan solo es una navaja de campo. Es para..., bueno desde que pasó eso en la fiesta yo...

—No te lo he preguntado. Pero, dime una cosa. ¿Te sientes mejor ahora?

—¿Tienes idea de lo que pretendía hacerme?

—¿Te sientes mejor?— insistió ella.

—Sí.

—No —ladeó la cabeza—. Claro que no. Seguro que estás pensando que no te quedaba otra. Qué si no lo hubieras hecho la que hubiera acabado llorando como una cría en el suelo hubieras sido tú.

—Tú no tienes ni idea.

—¡Vaya!—arqueó las cejas riendo—. Cuando creo que no puedes sorprenderme más siempre acabo siendo yo la sorprendida. ¿Qué pretendías hacer? ¿Matarlo? ¿Enterrar su cuerpo muerto en el campo de fútbol?

—Ese miserable no se merece...

—¡Eso da igual! —resonó por todo el laboratorio—. Has cometido un error, Anne. El peor de todos.

—No he podido evitarlo.

—Los sentimientos siempre se pueden evitar —. Volvió a coger la navaja, pero esta vez en lugar de sujetarla por la empuñadura, la atrapó por la afilada hoja—. Dolor, sufrimiento, ahogo, desconsuelo... —Fue oprimiendo la hoja entre su puño como si estuviera hecha de papel, sin destapar una mueca de dolor en su cara, una ligera raíz de malestar. La sangre goteaba manchando el pulcro suelo del laboratorio—. No son más que una extensión de tu cuerpo. Si pierdes el control lo pierdes todo. ¿Lo entiendes?

Quise que parara, me daba igual su mano desgarrada, quería que sus episodios desequilibrados se mantuvieran lejos de mi vista. Era asqueroso pero las palabras no salían. No podía dejar de mirar con horror la escena que se estaba desarrollando ante mí.

—¿Qué si lo entiendes?—insistió.

—Sí.

—Perfecto—. Volvió a dejar la navaja ensangrentada en la mesa antes de sacar un pañuelo de su bolso con una tranquilidad que me dejó helada—. Yo me encargo de Skyler. No le mencionaré a nadie lo que realmente sucedió en esa fiesta.

—¿Y el vídeo?

—Ya no hay vídeo. Ahora marchate al ayuntamiento, ya sabes lo que tienes que hacer.

—Sí.

—Han pasado tres meses. Se te acaba el tiempo.

—Lo sé — le dije—. Lo conseguiré.

—Ya lo sé —sonrió ya con la mano discretamente vendada con un pañuelo. Se dirigió a la puerta con paso sereno, pero justo al abrir la puerta se detuvo—. Por cierto, ¿has visto a Emily?

—¿Emily?— No caí hasta un par de segundos después—. No la vi desde ayer. Ni si quiera se quedó a almorzar.

—Ya. Parece ser que nuestra nueva oveja no acaba de entender las normas del rebaño. Si la ves, dile que coja el móvil que tan amablemente le he regalado—. Y como si todo lo sucedido no me hubiera hecho escarcha, Eleonor volvió a acercarse a mí para rodearme con sus brazos. Me quedé inmóvil entre ellos. ¿A qué venía esto?—. No les dejes creer que no eres el cisne.

Y se fue.

Llegar al ayuntamiento nunca resultó una tarea difícil, pero llamar a su puerta siempre fue un poco más espinoso. Greg Leavensworth era un hombre afable con traje y corbata. Todo el mundo lo adoraba, y por efecto transitorio, a sus dos hijos nunca les faltaron admiradores. Así era Leavensworth, sin brillos ni acuarelas, toda una corte de lameculos insoportables. Si tenías algo de popularidad corriendo por tus venas los insectos te acechaban como las moscas al pan. Sí, era una comparación totalmente asquerosa, justo como este pueblo. Era viernes, así que tenía media hora antes de que la oficina volviera a llenarse por completo. Por suerte, Greg también era muy profesional en cuanto a asuntos de alcaldía se refería.

—Adelante—le oí decir tras la puerta.

Ahí iba.

Greg tensó la mandíbula nada más verme. Se levantó de la silla de golpe y miró a ambos lados aún estando en su propio despacho vacío. El alcalde y sus paranoias...

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Tenemos que hablar.

Y sólo bastaron tres palabras y un par de ojos llorosos para volverle a tener sobre la palma de mi mano. No hay nada que le guste más a los chicos mayores que una niña vulnerable.

—Está bien — me indicó que me sentara —. Aunque ya me imagino de qué. Ha pasado algo con él, ¿verdad? Con Skyler.

—No voy a poder quedarme. Y no, Skyler se está comportando tal y como le dijiste. Está siendo bastante considerado con la situación.

—Me tranquiliza—dijo con una clara expresión de alivio—. Después de lo que pasó en la fiesta no me perdonaría que te pasara nada malo.

Greg Leavensworth era un hombre atractivo. Tenía un pelo largo y oscuro precioso, que le iba a genial con sus ojos azules. Además, su actitud responsable y afectuosa siempre resultó seductora para cualquier mujer, adolescente o incluso anciana. Y su fama también le precedía, él y toda su familia habían sido prácticamente de oro. Grandes atletas, grandes estudiantes, grandes fundadores históricos... Era la fachada perfecta con la que ocultar la otra cara de la moneda tras las puertas de sus enormes despachos.

—Esto tiene que acabar, Greg —. Dije en un hilo de voz—. No duermo, apenas pruebo bocado. Todo esto está muy mal...

—Lo sé, ¿pero que otra cosa podemos hacer? Esa fiesta lo cambió todo— Empezó a acercarse a mí y temblé. Iba a ser la única emoción sincera que iba a ver de mí hoy.

—Por favor, no te acerques.

—Está bien. Lo comprendo — volvió a enclaustrarse tras su enorme mesa con una mueca de disgusto—. ¿Cuándo...?

—El mes que viene.

—Vaya... Eh, vale. ¿Cuánto necesitas?

—Sólo falta que me efectúes el último pago y luego...

—Desaparecerás.

—Exacto.

Se entornó sobre nosotros un incómodo silencio que maquillaba toda la verdad tras las que se escondía sobre nuestras palabras. Un mes... Tan solo quedaba un mes para que toda mi vida diera un vuelco de trescientos sesenta grados. ¿Era lo qué de verdad quería?

—No te preocupes. Te haré el último pago a la misma de hora de siempre. ¿Seguro qué estás bien, no?

—Perfectamente — me volví hacia la puerta—. Ahora debería irme, tengo clase.

—Anne, espera.

Me detuve, aunque sin volverme.

—Siento que todo vaya a acabar así. De verdad.

Era una disculpa sincera, y eso precisamente fue lo que más me dolió. Nadie nos puede preparar para lo que va a venir, es irremediable encontrarnos de frente con todo lo que se suponía que debías evitar. Todo lo que se suponía que si hacías las cosas bien, nunca ibas a verlas de cerca. Pero nos equivocamos al pensar qué todo lo que nos enseñaron que estaba mal era en realidad algo malo. No hay nada mal ni nada bien para dos personas iguales, porque a veces las mayores tragedias para unos es la mayor felicidad para otros. Vivimos en un mundo tan grande que la vida nunca estuvo obligada a seguir ninguna regla, así que nunca habrá enseñanzas que podamos aprender en nuestra memoria para sobrevivirla. Estamos destinados a protegernos nosotros mismos. Haciendo cosas malas y a veces haciendo cosas buenas.

—Yo también.

Capítulo 7

Capítulo 5: Jay

No, no había sido la bienvenida que esperaba. Es decir, no aguardaba confeti ni trompetas por mi llegada, pero ¿era mucho pedir un poco menos de indiferencia? Sobre todo por su parte. ¿Por qué estaba tan molesta? Vale, la había cagado. Me largué de este pueblo sin ella, incumplí una promesa. ¿Pero qué esperaba? Me conocía lo suficiente como para saber que volvería. Tendría que haber sabido que tarde o temprano iba a volver a por... Bueno, tendría que haber sabido que iba a volver y punto. ¿Es que no me había echado de menos? Estaba claro que no, ahora iba del brazo del imbécil de Connor Leavensworth. ¿Cómo había podido caer en semejante cliché del niño rico hijo del alcalde? Quería largarme. Quería subirme a la moto y desaparecer por cualquier autopista que me llevara lejos de este maldito pueblo. Sabía que eso la destrozaría. Quería que por un segundo sintiera lo que yo estaba sintiendo ahora mismo al imaginármela con Connor. Pero no podía. Y no sólo por el hecho de sentirme incapaz de volver a poner kilómetros entre nosotros, sino porque estaba obligado a quedarme en una choza de treinta metros cuadrados con un Ken aspirante a miembro del reparto de Mentes criminales. Hace tan solo dos días la policía me había dado a elegir; Ir a la cárcel o colaborar en el caso del asesinato de mi ex. Y aunque ninguna de las dos cosas me hacía especialmente ilusión, no entraba en mis planes hacer amigos presidarios por ahora. Por el momento, me bastaba con tener que fingir que había hecho un nuevo amiguito en Nueva York.

—A ver si lo he entendido bien— recordé que les dije estupefacto aún en aquella fastidiosa sala de interrogatorios—. ¿Queréis que vuelva después de tres meses, como si nunca me hubiera ido, y les mienta a todos para averiguar qué lunático le pegó un tiro a mi ex novia en el maldito bosque?

—Es toda una sorpresa, pueblerino. Normalmente los paletos no suelen coger estas cosas a la primera.

—Creía que era una leyenda urbana, y quiero que conste que lo que voy a decir me duele como reciente ciudadano neoyorquino, pero en esta ciudad se os va la cabeza a todos. —.Alcé las manos sobre mi cabeza —. Adelante, prefiero irme de aquí esposado.

—Deja a un lado el drama, Al Paccino— dijo en ese instante el rubito uniformado—.No vas a tener que lidiar con ningún lunático. Tu trabajo consistiría en averiguar e informar. Nada más.

—¿A ti no te pagan lo suficiente ?

—El agente McNally te acompañará en todo momento, por supuesto—. Dijo el tío del bigote sacando un paquete Lucky Strike de su bolsillo —. Puedes tomártelo como unas nostálgicas y bonitas vacaciones.

—Ni de coña. No pretendo meterme con el equipo de investigación policial de Nueva York, pero Leavensworth no es precisamente lo que se dice un pueblo de veraneo.

Hizo una breve pausa para meterse el cigarrillo entre los labios y encendérselo con el encendedor que con mucha calma le había pasado el aspirante a Ken.

—Al igual que tú, pueblerino, todo el mundo consideraba ese insulso pueblo un lugar tranquilo hasta que murió esa chica. Si algo he aprendido de este trabajo es que cuando alguien la palma es porque la mierda ya está hasta arriba.

En aquel momento todo me parecía una broma pesada. No podía dejar de pensar que Eleonor estaba muerta. Está bien, las personas mueren a diario y por distintas causas pero ella nunca fue como los demás. De hecho, en todo el tiempo que estuvimos juntos nunca me atreví a pensar en ella como una persona más. Supongo que porque siempre careció de esas particularidades que nos hacen a todos más humanos. Ella no tenía ni debilidades, ni nunca demostró tener sentimientos fuertes, inestables y entrelazados. De esos que te sacuden con fuerza hasta que acabas mareado y vomitando frases completas de Orgullo y Prejuicio. Ni si quiera dejaba espacio para emociones. Si alguien era capaz de sobrevivir a todo, esa era Eleonor Hall.

—¿Te suena de algo El Círculo Rojo?

—Lo siento, no soy muy aficionado a Harry Potter.

—¿Es qué todo esto te parece gracioso? — espetó el policía —. ¡Ha muerto una persona!

—Agente McNally —El inspector Morenno le dedicó una represalia mirada antes de continuar—. La policía de Nueva York lleva tiempo queriendo atrapar a una banda de contrabandistas que se hacen llamar El Círculo Rojo. Se trata de un grupo de criminales anónimos que no sólo exportan y distribuyen la droga sino que también la fabrican.

—Seguro que has oído hablar del Tictac.

—Pues claro. Esa mierda se vende como si fueran golosinas en Leavensworth. Pero que quede claro una cosa, yo no me meto eso.

Bueno, ni eso ni ninguna otra droga.

—Lo sabemos. Hemos visto tu expediente

¿Qué habían visto mi expediente? ¿A caso eso era legal?

—¿A qué te refieres?— me tensé.

—Vayamos a lo importante, pueblerino. No estamos aquí para hablar sobre tus antecedentes familiares y su estrecha amistad con las drogas—. Tuve que refrenar el impulso de reventarle la cara contra la mesa si quería salir de aquí sin un pasaje directo a la cárcel —. El Tictac es una droga completamente inédita e innovadora realizada en laboratorios químicos a partir de conocimientos básicos de la neurociencia. Digamos que interviene en la recuperación de recuerdos almacenados en nuestra memoria, hayan sido bloqueados u olvidados por su simple naturaleza o por pasar desapercibidos en el momento. Mediante pequeñas dosis puedes abarcar a recordar la sensación de las caricias de la arena en tus pies, el olor a lluvia de una tarde de invierno o la cálida sensación de los rayos del sol al tocar tu mejilla.

—Pero la cosa se vuelve menos romántica con dosis más grandes. Puedes llegar a recordar momentos traslúcidos de cualquier momento de tu vida durante tres minutos de duración pero es muy probable que acabes sufriendo una embolia, un ictus o un derrame cerebral.

—En resumidas cuentas, el Tictac sería algo así como una segunda oportunidad para volver a sentir lo que una vez ya viviste. La gente lo utiliza en las fiestas, en las insostenibles rupturas amorosas e incluso en las molestas cenas familiares navideñas.

—¿Y qué?— pregunté agotado de no entender qué tenía que ver todo eso conmigo—. Lo siento muchísimo por la policía de Nueva York pero... Espera, espera. No creeréis que... ¡Yo no vendo drogas!

—Pero sabes quién lo hace.

—Mirad, no sé de qué demonios va todo esto pero os estáis equivocando de tío. Os aseguro que no conozco a ningún cuadrado, triángulo o pentágono que se dedicó a jugar al Quimicefa en sus ratos libres.

—Círculo Rojo.

—Lo que sea—continué—. Puede que en alguna ocasión haya tomado prestada alguna moto de algún desconocido, sí. Pero nunca tendría ningún tipo de relación con un delincuente de un grupo de frikis locos por la

geometría.

—Dirás que a partir de ahora no la tendrías—. El inspector Morenno me ofreció un cigarro que no dudé en aceptar. Era un gilipoias, pero un piti era un piti —. Tu noviecita pelirroja tenía tatuado en su tobillo izquierdo este esclarecedor símbolo. ¿Qué te parece?

El policía tiró encima de la mesa una de las carpetas que llevaba encima, abriéndose y mostrando una fotografía de ella. Eleonor tirada en ese bosque y sin vida. El estómago se me revolvió con fuerza.

—¿Qué es esto?

—¿Por qué no echas un vistazo a la última foto?

Deslicé los dedos por su rostro pálido. Era ella, sin filtros ni montajes. Su pelo rojo tiñendo el verde vivaz que la rodeaba. No parecía muerta, sino dormida profundamente. Se la veía tan... en paz. Un hilo de sangre manchaba su barbilla. Aparté esa fotografía con incomodidad para centrar toda mi atención en la última. Era una foto de una parte de su diminuto pie. Justo en el tobillo podía verse un pequeño círculo rojo vacío.

—No lo entiendo —dije volviendo la fotografía—. ¿Qué puede tener que ver Eleonor en todo esto?

—Tu novia era una criminal loca por la geometría, chaval.

— ¡Agente McNally! —le amonestó de nuevo—. Verás, pueblerino. Tenemos la certeza de que Eleonor era un miembro activo del Círculo Rojo.

—No, no puede ser —negué—. Ella no tenía ese tatuaje. Yo se lo hubiera visto alguna de las veces en las que nosotros...

—Lo hemos cogido, Romeo. Ahórrate los detalles—. El humo que desprendía su cigarro empezó a convertir la caja de zapatos claustrofóbica en una jaula asfixiante—. La chica no era tonta. Lo ocultaba con maquillaje. El forense se percató de ese detalle en la autopsia.

—Esto es increíble... Entonces, ¿quién la mató? ¿Un yonki desesperado por un chute?

El inspector le dedicó una larga mirada al policía antes de asentir y que este lanzara sobre la mesa otras cuatro carpetas más. Parecían expedientes.

—¿Conoces a estas cuatro chicas?

Cuatro fichas. Había cuatro informes aparentemente detallados de cuatro personas con sus respectivas fotografías.

—¿Qué pasa con ellas?

—Anne Benavent. Emily Bell. Jessica Whitman. Y Lauren Austen. — dijo el inspector—. Estas cuatro chicas fueron sus mejores amigas y, casualmente también estuvieron con ella la noche que la mataron.

—Caso resuelto, entonces. Utilizáis sus declaraciones, buscáis a la persona que más se parezca a sus descripciones y él os llevará a vuestra famosa banda de delincuentes.

—Para el carro, Sherlock Holmes. Las cosas nunca son así de fáciles.

—Es un pueblo de 1.080 habitantes — solté poniendo los ojos en blanco—. Estoy seguro de que la policía de Nueva York podrá con ello.

—Resulta que ninguna de ellas lograron ver nada—. El policía rubio se sentó en la silla libre frente a mí—. Todas ellas tienen la misma coartada.

— Acabáis de decir que estuvieron juntas.

—Juntas pero no revueltas. La perdieron de vista en... —perdió la vista en unos papeles— El Bosque de la Guerra.

—El Bosque de la Gran Guerra — le corregí —. Sí, suelen ir ahí durante el verano.

—¿Por qué?

—No tengo ni idea. A Eleonor ni si quiera le gustaba ese bosque, decía que estaba demasiado ultrajado de historias confabuladas.

—Interesante elección de palabras. ¿Y eso por qué?

—No lo sé. Supongo que por qué es un sitio de interés turístico por alguna guerra sin importancia que sucedió ahí hace mucho tiempo.

—¿Qué guerra?

—¿Te parece que soy de los que toman apuntes en clase? — me revolví en el asiento incómodo —. De todas maneras, ninguna solía adentrarse en el bosque. Se quedaban en el claro que había al lado y a veces se bañaban

en un pequeño río que pasa por el medio de ese bosque.

—Pues según sus declaraciones, esa noche Eleonor Hall entró en aquel bosque — explicó el policía rubio sin dejar de mirar las fichas —. Todas explicaron lo mismo, así que según su testimonio, la historia oficial es que Emily Bell, Jess Withman, Lauren Austen, Anne Benavent y Eleonor Hall llegaron al bosque con la camioneta pick up de Anne Benavent sobre las once de la noche. Después de estar más o menos una hora y media bebiendo y charlando, Eleonor les dijo que necesitaba hacer pis urgentemente. Estaban demasiado borrachas como para preocuparse, así que dejaron que se adentrara sola en el bosque y siguieron la fiesta sin ella.

Mientras hablaba, iba señalando las fotografías de sus respectivas fichas. Pero yo era incapaz de apartar la mirada de una de ellas. Hacía tiempo que no la veía, y tan solo con ver su fotografía se me contrajo el estómago. A gilipoias no me ganaba nadie...

—Pero el alcohol les pasó factura — continuó —. Y una de ellas, Emily Bell, se cayó al río. Según las demás, iba tan ebria que no vio por donde pisaba y se precipitó al río hasta golpearse la cabeza. Es por ese motivo por el que tenemos todas las declaraciones menos la suya, ya que según dijo no recuerda nada de lo que pasó esa noche. Ni el camino de ida ni nada que ocurriera cuarenta y ocho horas antes. En cuanto al resto, todas dicen que estuvieron demasiado ocupadas sacándola del agua y que para cuando oyeron el disparo ya era demasiado tarde.

—Qué casualidad, ¿verdad?

—¿Insinuáis que fueron ellas?—me reí con ganas—. Son inofensivas. Además, estaban muy unidas. Todas ellas son prácticamente como hermanas.

—¿Y qué opinas sobre la señorita Bell? ¿Crees que podría estar mintiendo sobre su conveniente amnesia?

—Creo que si estuviera mintiendo el médico que la atendió hubiera sospechado algo, ¿no?

— El médico que las atendió a todas confirma su cuartada alegando que el golpe que sufrió en la cabeza afectó a la corteza prefrontal de su cerebro y que eso pudo haberle producido una amnesia temporal.

—Ahí lo tienes.

—Pero ahí no acaba todo con la señorita Bell.

El tío del bigote me acercó su informe y abrió la primera página. Era el informe más delgado de todos.

—La hemos investigado un poco, y al hacerlo nos dimos cuenta que prácticamente no tiene nada que podamos investigar.

—Se crío en un internado en Londres donde pasó casi toda su vida — continuó el otro policía —. De ella sólo sabemos que sus padres la enviaron a Europa con tan solo siete años por ser una niña demasiado conflictiva y que jamás fueron a verla hasta que la hicieron regresar a la edad de diecisiete años ya convertida en una auténtica señorita.

—Justo hace un año. ¿Casualidad?

—Como bien ha dicho, de pequeña fue algo problemática. Allí mejoró y cambió, así que sus padres decidieron darle una segunda oportunidad — solté —. No hay nada de ilegal en ello.

—Vaya, eres todo un Montesco defendiendo a su Capuleto— soltó el policía —. Y yo que creía que tu Julieta era pelirroja.

—¿Y qué hay de las demás? —Tosí ansioso por cambiar de tema—. Porque supongo que ella no es la única sospechosa en este asunto, ¿verdad?

—El premio gordo para el pueblerino de poco mundo— abrió el primer expediente—. Anne Benavent Ferrtz. Toda una promesa de la biomedicina. Campeona del decatlón académico del estado de Luisiana cinco veces seguidas. Premiada jugadora de la liga de soccer femenino. Y ganadora de una beca de jóvenes talentos en ciencias y matemáticas por la que estuvo en Luisiana estudiando durante cuatro meses hace un año.

—Además de ser una chata muy mona, ¿no?— soltó el inspector—. Sus padres, el señor y la señora Benavent, viven felizmente casados en una bonita casa de color rosa. El señor Fred Benavent es concejal de economía. La señora Esther Benavent es concejal de turismo. Sin hermanos, hija única.

—¿Sois conscientes de que eso lo sabe todo el mundo, verdad?

—Jessica Whitman Churchsoon — siguió el inspector tirando de golpe un nuevo expediente sobre el otro—. Una chata muy guapa. Sin logros académicos, pero muy popular entre los chicos de instituto por ser una chata rapidita y más fácil que la tabla del uno. Becada en todos los clubs de los pueblos vecinos noche tras noche. Matriculada con honores en bailes de... ¿cómo llaman los mocosos de ahora el mover el culo como una

peonza mientras se restriegan cebolleta?

— Reggaetón, señor.

—Eso, ¡Reggaetón!. Además, esta chata es una auténtica obsesa patológica acerca de la opinión pública.

—Sus padres deben de estar muy orgullosos.

—Ahí se equivoca, agente McNally— le contesté el inspector—. Hace mucho que la señorita Whitman no sabe nada de su padre. Rob Whitman abandonó a su familia hace diez años para irse junto a su billetera y una stripper a probar suerte por Las Vegas. Desde entonces no se sabe nada de él. En cuanto a Meredith Churchsoon, trabaja en la fábrica de papel a jornada completa y sin apenas tiempo para escuchar los problemas grandilocuentes de su hija adolescente. Eso sí, tiene un hermano pequeño de siete años. ¿Vamos bien, pueblerino?

—Veo que os las arregláis bastante bien. No veo porque necesitáis mi ayuda en todo esto.

—Y por último, Lauren Austen Cleinton— continuó el policía abriendo el último expediente—. No te dejes engañar por su apellido, es poco menos que una marginada social reciclada por una camello pelirroja. Sin resultados escolares destacados y ni salvajadas dignas de ser recordadas por nadie. Es prácticamente un espectro que tumbula por los pasillos con la cabeza gacha y sin aportar nada interesante a ninguna conversación. Sus padres, Clive Austen y Coralee Cleinton. Él trabaja de informático en la fábrica de papel y ella es parte de la plantilla de recursos humanos en la misma fábrica. Tenía un hermano mayor, hasta que la palmó por una sobredosis de Tictac el año pasado. ¿Me dejo algo?

—Creo que deberías destacar que sus padres son unos auténticos lunáticos paranoicos. Pero por lo demás, creo has hecho muy bien tus deberes. Felicidades. ¿Puedo irme ya?

—No, pueblerino. Por muy increíble que te parezca, te necesitamos.

—¡Pero es qué no sé en qué os puedo ayudar más! —Solté llevándome las manos a la cabeza—. ¿Qué queréis de mí?

—Queremos pillar a los malos, Jay.

—Llevamos mucho tiempo siguiéndoles la pista y por fin tenemos algo. Pero esos cabrones son demasiado listos y se esconden entre ellos.

—¿Ellos?—fruncí el ceño.

—Compañeros, vecinos, novias... ¡Eso da igual! Lo que importa es que saben esconderse de nosotros. Pero no podrán hacerlo de alguien como ellos.

—No sé si estoy preparado. ¡Ni si quiera sé cómo tengo que actuar! — dije devolviéndome la mirada en el espejo, sin embargo, todos en aquella sala sabíamos con certeza que ya había aceptado mucho antes de que me soltaran todo este rollo. Era una mierda pero, no estaba hecho para ir a la cárcel.

—El agente McNally te acompañará como un amiguito de Nueva York—. El policía rubio asintió con fingida conformidad —. Estaremos en constante comunicación. Él te dirá qué hacer.

Resoplé removiéndome el pelo. ¿Asesinatos? ¿Contrabandistas? ¡¿Pero qué demonios le había pasado a Leavensworth?! Ahora tendría que volver después de huir por patas. Tendría que volver a verla. Pero, ¿por qué me preocupaba más el hecho de que no me prohibiera una de sus sonrisas que de colaborar en un caso policial para atrapar a un asesino y yonki que se escondía tras los arbustos? Yo no sentía nada por ella. Sólo me la había tirado. ¿Por qué eso empezaba a sonar sospechosamente como una mentira?

—Menuda mierda. Esto va a ser una caza de brujas...

—Eso espero, pueblerino — dijo el tío del bigote antes de sonreír satisfecho y salir por la puerta.

—¿Estás listo?

Dan se asomó por el resquicio de la puerta sin llamar. Ya empezábamos mal.

—¿Es qué no te enseñaron la importancia que tiene el concepto de la privacidad en la escuela de policía?

—No me hagas hablar sobre lo mucho que respetas la privacidad y la propiedad de las personas. ¿Estás listo o no?

—Qué sí—. Me pasé las manos por mi pelo rizado para peinármelo un poco—. Dime, oficial. ¿Así es cómo va a ser todo a partir de ahora? ¿Vas a venir todos los días a comprobar que no me he puesto la camiseta del

revés?

—Puede que a ti no te importe, pero este es un caso importante. Además, es la primera operación en la que me han dado permiso para liderar.

—Enhorabuena, ojos azules. Estoy seguro de que ha sido por tu gran carisma.

Me tiró con fuerza una de las carpetas marrones de papel que llevaba encima.

—Este es tu objetivo durante esta noche —me dijo—. No la cagues.

La carpeta estaba llena de papeles y fotografías de Anne. Tenía entre mis manos prácticamente toda su vida para utilizarla en su contra.

—¿Por qué me ha tocado la cerebrita rubia?

—Son órdenes del inspector Morenno. Quiere que primero nos centremos en dos objetivos para poder ir tachando nombres en la lista.

—¿Y quién te ha tocado a ti? —Era una manera sutil de preguntar si iba a encargarse él de investigar a Emily. Me da igual que las ordenes vinieran del mismísimo Olimpo, nadie iba a investigarla salvo yo.

—Jessica Whitman.

—No es justo. Te ha tocado el blanco más fácil.

—Tienes cinco minutos para estudiártelo. Cuánto antes lleguemos a esa fiesta antes podremos olvidarnos el uno al otro—. Se dispuso a salir por la puerta cuando se volvió en el último momento—. ¡Ah! Y recuerda. No te acerques a Emily Bell esta noche. Es una sospechosa más en nuestra lista.

Me abroché el último botón de la camisa blanca. En realidad, era toda una suerte que nunca me haya considerado un gran aficionado a seguir la autoridad policial.

Cuando tras un viaje de incómodo silencio llegamos la casa de Jess, esta se había convertido en una auténtica reunión de simios. La calle estaba repleta de coches mal aparcados y el jardín era una auténtica recreación de La Guerra de la Independencia. Había borrachos desperdigados por el césped totalmente pringados de vodka, personas vomitando a ton ni son

detrás de los matorrales y gente comiéndose de morros las aceras por creer que el suelo había empezado a cobrar vida recreando la mismísima macarena.

—Curiosa fiesta de despedida— dijo Dan observando la misma escena.

—Bienvenido a Leavensworth, agente.

Y aquello sólo fue a peor cuando entramos en casa. Música a todo volumen, barriles de cerveza por doquier y gente metiéndose mano en las esquinas. Sí señor, esto sí que era una fiesta

—Y yo que pensaba que las fiestas de despedida eran un muermo.

Dan se arremangó la camisa y se dirigió hacia la cocina, donde Jess estaba buceando entre vasos de vodka al grito de cinco orangutanes gritándole "¡Otra, otra!".

—¡Sí, nos vemos luego! — le grité mientras se alejaba sin ni siquiera mirarme—. No te preocupes por tu nuevo compañero de piso. Total, sólo tengo que buscar a un asesino suelto entre un montón de gente que me odia.

Barrí con la mirada cada metro del salón con la esperanza de volver a verla. No me importaba lo que Dan me hubiera ordenado, tenía que mirarla, abrazarla, besarla... Bueno, primero creo que me conformaría hablando con ella. Parecía mentira que tan sólo hubieran pasado tres meses. Ahora era como si recordara un sueño lejano, de esos con los que intentas agarrarte con uñas y dientes pero que acaban escurriéndose entre los dedos. La había visto tan diferente... ni si quiera cuando me acerqué a ella en el velatorio vi asomarse a esa chica que me arrancaba las sonrisas sin querer. ¿Había sido yo el culpable de ese cambio? Si así fuera, no me lo perdonaría jamás.

—¿Jay Morrison sin compañía en una fiesta?—Y como sí el destino estuviera empeñado en convertirme en su nuevo show de entretenimiento, Anne vino a mí sin ni siquiera hacer el intento de buscarla.

—Digamos que mi cita rubia y de ojos azules acaba de abandonarme para ir a charlar con tu amiguita.

Anne frunció el ceño siguiendo mi mirada hasta un Dan dispuesto a aplicar todos sus métodos de seducción susurrándole algo en el oído a Jess en la cocina.

—Parece que tu amigo sabe lo que quiere. Ha ido a por Jess como una

bala desde que la vio en el velatorio.

—¿Celosa?

—Preocupada. Una chica de pueblo nunca debería fiarse de un chico de ciudad.

—Hablando de chicas de pueblo — dije perdiendo la mirada por el salón de nuevo—. ¿Has visto a Emily?

—No.

—¿No la has visto?

—¿Para qué la buscas? —preguntó con fingido desinterés.

—No es que sea asunto tuyo pero, tengo que hablar con ella sobre un asunto privado.

Río sin ninguna sutileza.

—Así que vuelves después de tres meses con un forastero a tu espalda. Y de repente tu amigo nuevo empieza a molestar a Jess... Tú a Emily... Es raro, ¿no?

—A mí no me parece que Jess se sienta incomodada.

—Pero sé de buena mano que Emily sí. Nunca te ha soportado y hasta hoy creía que tú tampoco la soportabas a ella. Sin embargo, aquí estás otra vez, intentando acercarte una vez más.

—¿No tienes que ir a estudiar para algún examen o algo? — ¿Pero qué demonios le pasaba ahora a esta? Si no la conociera lo suficiente pensaría qué estaba celosa. Pero se trataba de algo diferente.

—¿Cómo te enteraste de la muerte de Eleonor?

—No de la misma manera que tú, eso seguro. Dime, ¿cómo pueden cuatro personas no ver ni oír nada estando a menos de un kilómetro de la escena de un crimen?

—¿Por qué has vuelto, Jay?

Puse los ojos en blanco. Esta conversación era absurda y estaba perdiendo el tiempo.

—Verás, estoy empezando a cansarme de qué todo el mundo me pregunte lo mismo. ¿No puede alguien tomarse un respiro en verano y luego

volver? —Me volví en busca de alguien para escapar de esta conversación, qué curiosamente se estaba convirtiendo en un interrogatorio. Otra vez.

—¿Jay? ¡Colega! — Inmediatamente me alegré de ver a Christian en cuanto me rodeó con sus enormes brazos de gimnasio con una copa en cada mano—. Así que es verdad, ¡El hijo prodigo ha vuelto!

—Veo que no has cambiado nada este verano.

—Fiel a mi esencia, colega.

Christian ha sido mi mejor amigo desde que íbamos a la guardería. Crecimos juntos, huíamos de la poli juntos, nos metían en la trena juntos... Siempre apoyándonos, siempre estando ahí en las buenas y sobre todo, en las malas. Así que me venía perfecto para zafarme de esta.

—Christian, ¿conoces a mi gran amiga Anne?

Christian se incorporó y la miró de arriba abajo.

—No he tenido el placer. ¿Te invito a una copa?

—Para invitar a alguien a una copa primero asegúrate de que la cerveza no sea de un barril barato accesible a cualquier borracho que aún pueda andar.

—Vaya. ¿Seguro que no eres una de mis exnovias?

—Vamos a casi todas las clases juntos, Christian Gale.

—No, de eso nada. Me he acostado con todas las de mi clase. Espera, ¿nos hemos acostado ya?

—Vaya, esta se ha convertido en una conversación un tanto privada — intervine cogiendo uno de los vasos que llevaba Christian encima—. Así que, si me disculpáis, voy a dar una vuelta por ahí. Con un poco de suerte hasta encuentro a alguien llorando en esta fiesta de...¿cómo lo llamó Jess?

—¡Fiesta de Despedida! — gritó con ímpetu Christian mientras alzaba su copa.

—Eso es — dije dirigiéndome a Anne—. Unas palabras muy acertadas, ¿no crees?

—¿Qué puedo decir? —dijo ella—. A Eleonor le hubiera gustado que la

despidiéramos así.

—Seguro. Tú la conocías mejor que nadie.

—No. Yo creo que tú siempre la conociste mucho mejor.

—¿Sabes quién la conocía fenomenal? — dije antes de beber un buen sorbo de cerveza—. Aquí nuestro gran amigo Christian. ¿Por qué no le cuentas aquella vez que Eleonor te dijo que le encantaba tu camisa?

Para cuando escuché el inicio de la anécdota favorita de Christian yo ya me había alejado lo suficiente del salón. Tenía que encontrar a Dan y decirle que Anne sabía más de lo que dejaba ver. Y no era de extrañar, siempre había sido una chica lista. Pero joder, no imaginaba que podía ser tan toca pelotas. Se supone que era yo quien debía molestarla hasta la locura para que confesara todo lo que insistía en callar. Ahora Anne iba a ser prácticamente inaccesible. Menuda mierda...

Pasé por la cocina, pero ahí ya no había rastro ni de Dan ni de Jess. ¿Y si se la había llevado a la habitación? Me dirigí al pasillo, y para cuando subí el primer escalón con intención de echar un ojo a las habitaciones sin importarme cortarles el rollo en pleno lío caí en algo. La puerta de la biblioteca estaba entreabierta. Y sólo podía tratarse de dos cosas. Qué dos personas se estuvieran dando el lote entre polvo y enciclopedias. O qué alguien hubiera encontrado un refugio entre letras y páginas. Y sólo había una persona en todo este pueblo que prefiera enterrar su cara en un libro en lugar de en un barril de cerveza.

Entré sin pensarlo demasiado, a hurtadillas y con vergüenza, no quería pensar si era lo que ella necesitaba o incluso lo que yo necesitaba. Algo en mí quería entrar y encerrarse en esa habitación como si se tratara de un búnker. Y no iba a reprimir mis ganas. No ahora. Era una biblioteca pequeña y desordenada, pero era suficiente para esconderse entre cualquier pila de libros y pasar desapercibido. Y así hubiera sido si no se hubiera tratado de ella. No quería insinuar que sentía un amor profundo y platónico a través del cual podía saber dónde se encontraba en cada momento, pero por alguna extraña razón cuando estábamos en la misma habitación simplemente podía sentir como en mi interior se formaba un carnaval brasileño en plena plaza de Sambordomo. Y lo odiaba. Pero sobre todo odiaba haber tenido que poner distancia y tiempo entre nosotros para finalmente reconocer la electricidad que habíamos desaprovechado. Y claro, por efecto transitorio también tenía que odiarla a ella. Sí tan sólo no me hubiera dejado clavada esa risa suya en el pecho...

La encontré en el suelo, apoyada en una estantería polvorienta. Estaba leyendo un libro, *Las flores del mal*. Sólo a ella se le ocurre leer este libro

en estas circunstancias.

—¿Tienes pensado quedarte tras las sombras toda la noche o estás poniendo en práctica una nueva faceta de acosador? — dijo ella sin apartar la vista de la página —. Sé que estás ahí, Ulises.

Mierda. Cerré los ojos con fuerza intentando rebuscar alguna historia creíble que me hiciera parecer menos pringado.

—Sólo quería...

—¿Leer un libro?

—Exacto. Para eso sirven las bibliotecas, ¿no? —cogí el primero que pillé de la estantería en la que acababa de descubrirme—. Este. Y está resultando ser un muy buen libro.

Por un segundo creí ver asomarse entre la comisura de sus labios una tímida sonrisa.

—Eso es un libro de cocina.

¿Qué? En la portada del libro se podía leer "Mil maneras de sorprender a tus invitados con tus recetas"

—¿Y qué? — dije tirando el libro por ahí—. Nueva York ha despertado en mí un interés culinario muy enérgico.

—Ya. Estoy segura de que no es el único interés que te ha despertado.

—Ahí va. Si me dejarás hablar...

—¿Pero de qué quieres hablar Ulises? — Cerró el libro de golpe antes de levantarse del suelo. Sabía que lo hacía para estar a mí misma altura en la discusión —. ¿De cómo me dejaste tirada? ¿De cómo te estuve esperando como una idiota toda la noche repitiéndome una y otra vez que vendrías a por mí? ¿Pero tú te haces una idea de cómo me sentí cuando me dijeron que te habías ido y que no pensabas volver?

—Tenía que hacerlo —Lo admito. Me costó controlar esa sensación que se instala bajo tu pecho como una bala. — Yo no era bueno para ti, Ems.

Chasqueó la lengua al mismo tiempo que dejaba escapar una risa incrédula. Sabía que se estaba controlando para no llorar. Nunca le gustó hacerlo delante de nadie, pero conmigo aprendió a consolarse sin avergonzarse por ello. Y ahora, parecíamos dos completos extraños el uno

con el otro.

—¿Qué no eras bueno para mí? — gritó—. No eres tú, soy yo, ¿no? ¿Así duermes mejor por las noches, Ulises? Seguro que te dices a ti mismo “Menos mal que me quité de encima a esa mocosa pesada que babeaba por los rincones loquita por mí antes de que la pobre acabara con una jeringuilla en el brazo como mi padre” ¡Felicidades! Eres todo un cliché literario.

No iba a engañarme a mí mismo diciéndome que lo que había dicho no me había dolido. Puede que me lo mereciera, pero no quería que ella se diera por vencida conmigo. Ella no.

—¿ De verdad eres incapaz de darte cuenta, Ulises? — preguntó exasperada—. Querer no hace daño. Enamorarse no es condenarse. ¡A mí quererte me salvó la vida! Pero tú nunca me viste como algo más que una tía con la que follar cada vez que te diera la gana.

—Eso no es verdad.

—Eso es lo peor de todo — me apuntó con el dedo—. Ni si quiera en un momento como este eres capaz de ser sincero. ¿A qué le tienes tanto miedo?

—Tú no lo entenderías, ¿vale? — grité desesperado—. ¡Tienes una vida perfecta! No tienes ni idea de cómo puede llegar a destruirte una persona.

¿Qué el amor no es condenarse? ¡Y una mierda! Yo más que nadie sabía que algo tan minucioso como el amor era como una bomba de relojería. Te quiero. Tic Tac. Te amo. Tic Tac. No puedo vivir sin ti. Tic Tac. Te odio. Tic Tac. Ojalá estuviera muerto. Tic Tac. Ojalá estuvieras muerta.

—Vaya — susurró dolida con una mano en el pecho y lágrimas escondiéndose tras sus ojos—. Hasta ahora estaba convencida de que eras la única persona en este mundo que me conocía de verdad. Supongo que me equivocaba. Otra vez.

Pasó frente a mí sin ni si quiera mirarme. Se iba a ir. La estaba perdiendo. Yo sólo quería que se quedara, que hablara conmigo, pero sólo se me ocurrió detenerla con la excusa más ruin que se me pasó por la mente:

—¿Qué pasó en realidad esa noche, Emily?

Se detuvo en seco de espaldas a mí.

—¿Qué?

—Tú no bebes. ¿Por qué le dijisteis a todo el mundo que estabas borracha y que por eso te caíste de bruces al río Blue Water?

—Puede que no bebiera antes, pero han pasado tres meses— dijo después de voltearse hacia mí—. Y no tienes ni idea de las cosas que pueden cambiar en tan solo tres meses. Pero tranquilo, irás descubriéndolo poco a poco. Yo me encargaré personalmente de ello.

Dio un par de pasos hacia mi dirección hasta tenerla justo donde había deseado tenerla durante todo el verano, a centímetros escasos de mi boca, pero para mi sorpresa, me cogió el vaso de cerveza de la mano y se lo acabó de un trago antes de soltar:

—Bienvenido de vuelta a tu reino, Jay Morrison.

Y cruzó a toda prisa la puerta.

—Emily —Fui tras ella —. ¡Emily, espera! Aún no he terminado.

Para cuando llegué al salón y vi a Emily petrificada en medio de la sala mirando a Jess subida encima de la mesa me percaté de lo que estaba pasando. Ya no sonaba música. Las luces estaban prendidas y todo aquel que aún estaba un poco sobrio se estaba atusando el pelo arrepintiéndose de no haber alumbrado con la luz del móvil a su acompañante antes de compartir fluidos íntimos unos minutos antes. Esto sólo podía significar una cosa: Los vecinos habían llamado a la policía.

—¡Esto no se ha acabado! — graznó una Jess borracha —. Si Mahoma no va a la fiesta, la fiesta irá a Mahoma. ¿Quién quiere seguir con el carnaval en otro sitio?

Un vitoreo ininteligible se escuchó por todo el salón.

—Jess, para. — se acercó Emily—. La fiesta se ha acabado. Baja y déjalo estar.

—¿Qué os parece esto? Emily Bell quiere que todos nos vayamos a casa — La multitud empezó a abuchear —. Pero yo os prometí una fiesta de despedida inigualable, ¡así que a bailar hasta que se ponga el sol! ¡Que todo el mundo mueva el culo hacia su coche, coja un barril de cerveza y vaya al Bosque de la Gran Guerra!

Creo que estábamos a punto de descubrir qué las cosas siempre pueden ir a peor.

Capítulo 6: Jay

No, no había sido la bienvenida que esperaba. Es decir, no aguardaba confeti ni trompetas por mi llegada, pero ¿era mucho pedir un poco menos de indiferencia? Sobre todo por su parte. ¿Por qué estaba tan molesta? Vale, la había cagado. Me largué de este pueblo sin ella, incumplí una promesa. ¿Pero qué esperaba? Me conocía lo suficiente como para saber que volvería. Tendría que haber sabido que tarde o temprano iba a volver a por... Bueno, tendría que haber sabido que iba a volver y punto. ¿Es que no me había echado de menos? Estaba claro que no, ahora iba del brazo del imbécil de Connor Leavensworth. ¿Cómo había podido caer en semejante cliché del niño rico hijo del alcalde? Quería largarme. Quería subirme a la moto y desaparecer por cualquier autopista que me llevara lejos de este maldito pueblo. Sabía que eso la destrozaría. Quería que por un segundo sintiera lo que yo estaba sintiendo ahora mismo al imaginármela con Connor. Pero no podía. Y no sólo por el hecho de sentirme incapaz de volver a poner kilómetros entre nosotros, sino porque estaba obligado a quedarme en una choza de treinta metros cuadrados con un Ken aspirante a miembro del reparto de Mentes criminales. Hace tan solo dos días la policía me había dado a elegir; Ir a la cárcel o colaborar en el caso del asesinato de mi ex. Y aunque ninguna de las dos cosas me hacía especialmente ilusión, no entraba en mis planes hacer amigos presidarios por ahora. Por el momento, me bastaba con tener que fingir que había hecho un nuevo amiguito en Nueva York.

—A ver si lo he entendido bien— recordé que les dije estupefacto aún en aquella fastidiosa sala de interrogatorios—. ¿Queréis que vuelva después de tres meses, como si nunca me hubiera ido, y les mienta a todos para averiguar qué lunático le pegó un tiro a mi ex novia en el maldito bosque?

—Es toda una sorpresa, pueblerino. Normalmente los paletos no suelen coger estas cosas a la primera.

—Creía que era una leyenda urbana, y quiero que conste que lo que voy a decir me duele como reciente ciudadano neoyorquino, pero en esta ciudad se os va la cabeza a todos. —.Alcé las manos sobre mi cabeza —. Adelante, prefiero irme de aquí esposado.

—Deja a un lado el drama, Al Paccino— dijo en ese instante el rubito uniformado—. No vas a tener que lidiar con ningún lunático. Tu trabajo consistiría en averiguar e informar. Nada más.

—¿A ti no te pagan lo suficiente ?

—El agente McNally te acompañará en todo momento, por supuesto—. Dijo el tío del bigote sacando un paquete Lucky Strike de su bolsillo —.

Puedes tomártelo como unas nostálgicas y bonitas vacaciones.

—Ni de coña. No pretendo meterme con el equipo de investigación policial de Nueva York, pero Leavensworth no es precisamente lo que se dice un pueblo de veraneo.

Hizo una breve pausa para meterse el cigarrillo entre los labios y encendérselo con el encendedor que con mucha calma le había pasado el aspirante a Ken.

—Al igual que tú, pueblerino, todo el mundo consideraba ese insulso pueblo un lugar tranquilo hasta que murió esa chica. Si algo he aprendido de este trabajo es que cuando alguien la palma es porque la mierda ya está hasta arriba.

En aquel momento todo me parecía una broma pesada. No podía dejar de pensar que Eleonor estaba muerta. Está bien, las personas mueren a diario y por distintas causas pero ella nunca fue como los demás. De hecho, en todo el tiempo que estuvimos juntos nunca me atreví a pensar en ella como una persona más. Supongo que porque siempre careció de esas particularidades que nos hacen a todos más humanos. Ella no tenía ni debilidades, ni nunca demostró tener sentimientos fuertes, inestables y entrelazados. De esos que te sacuden con fuerza hasta que acabas mareado y vomitando frases completas de Orgullo y Prejuicio. Ni si quiera dejaba espacio para emociones. Si alguien era capaz de sobrevivir a todo, esa era Eleonor Hall.

—¿Te suena de algo El Círculo Rojo?

—Lo siento, no soy muy aficionado a Harry Potter.

—¿Es qué todo esto te parece gracioso? — espetó el policía —. ¡Ha muerto una persona!

—Agente McNally —El inspector Morenno le dedicó una represalia mirada antes de continuar—. La policía de Nueva York lleva tiempo queriendo atrapar a una banda de contrabandistas que se hacen llamar El Círculo Rojo. Se trata de un grupo de criminales anónimos que no sólo exportan y distribuyen la droga sino que también la fabrican.

—Seguro que has oído hablar del Tictac.

—Pues claro. Esa mierda se vende como si fueran golosinas en Leavensworth. Pero que quede claro una cosa, yo no me meto eso. Bueno, ni eso ni ninguna otra droga.

—Lo sabemos. Hemos visto tu expediente

¿Qué habían visto mi expediente? ¿A caso eso era legal?

—¿A qué te refieres?— me tensé.

—Vayamos a lo importante, pueblerino. No estamos aquí para hablar sobre tus antecedentes familiares y su estrecha amistad con las drogas—. Tuve que refrenar el impulso de reventarle la cara contra la mesa si quería salir de aquí sin un pasaje directo a la cárcel —. El Tictac es una droga completamente inédita e innovadora realizada en laboratorios químicos a partir de conocimientos básicos de la neurociencia. Digamos que interviene en la recuperación de recuerdos almacenados en nuestra memoria, hayan sido bloqueados u olvidados por su simple naturaleza o por pasar desapercibidos en el momento. Mediante pequeñas dosis puedes abarcar a recordar la sensación de las caricias de la arena en tus pies, el olor a lluvia de una tarde de invierno o la cálida sensación de los rayos del sol al tocar tu mejilla.

—Pero la cosa se vuelve menos romántica con dosis más grandes. Puedes llegar a recordar momentos traslúcidos de cualquier momento de tu vida durante tres minutos de duración pero es muy probable que acabes sufriendo una embolia, un ictus o un derrame cerebral.

—En resumidas cuentas, el Tictac sería algo así como una segunda oportunidad para volver a sentir lo que una vez ya viviste. La gente lo utiliza en las fiestas, en las insoportables rupturas amorosas e incluso en las molestas cenas familiares navideñas.

—¿Y qué?— pregunté agotado de no entender qué tenía que ver todo eso conmigo—. Lo siento muchísimo por la policía de Nueva York pero... Espera, espera. No creeréis que... ¡Yo no vendo drogas!

—Pero sabes quién lo hace.

—Mirad, no sé de qué demonios va todo esto pero os estáis equivocando de tío. Os aseguro que no conozco a ningún cuadrado, triángulo o pentágono que se dedicó a jugar al Quimicefa en sus ratos libres.

—Círculo Rojo.

—Lo que sea—continué—. Puede que en alguna ocasión haya tomado prestada alguna moto de algún desconocido, sí. Pero nunca tendría ningún tipo de relación con un delincuente de un grupo de frikis locos por la geometría.

—Dirás que a partir de ahora no la tendrías—.El inspector Morenno me ofreció un cigarro que no dudé en aceptar. Era un gilipolias, pero un piti

era un piti —. Tu noviecita pelirroja tenía tatuado en su tobillo izquierdo este esclarecedor símbolo. ¿Qué te parece?

El policía tiró encima de la mesa una de las carpetas que llevaba encima, abriéndose y mostrando una fotografía de ella. Eleonor tirada en ese bosque y sin vida. El estómago se me revolvió con fuerza.

—¿Qué es esto?

—¿Por qué no echas un vistazo a la última foto?

Deslicé los dedos por su rostro pálido. Era ella, sin filtros ni montajes. Su pelo rojo tiñendo el verde vivaz que la rodeaba. No parecía muerta, sino dormida profundamente. Se la veía tan... en paz. Un hilo de sangre manchaba su barbilla. Aparté esa fotografía con incomodidad para centrar toda mi atención en la última. Era una foto de una parte de su diminuto pie. Justo en el tobillo podía verse un pequeño círculo rojo vacío.

—No lo entiendo —dije volviendo la fotografía—. ¿Qué puede tener que ver Eleonor en todo esto?

—Tu novia era una criminal loca por la geometría, chaval.

— ¡Agente McNally! —le amonestó de nuevo—. Verás, pueblerino. Tenemos la certeza de que Eleonor era un miembro activo del Círculo Rojo.

—No, no puede ser —negué—. Ella no tenía ese tatuaje. Yo se lo hubiera visto alguna de las veces en las que nosotros...

—Lo hemos cogido, Romeo. Ahórrate los detalles—. El humo que desprendía su cigarro empezó a convertir la caja de zapatos claustrofóbica en una jaula asfixiante—. La chica no era tonta. Lo ocultaba con maquillaje. El forense se percató de ese detalle en la autopsia.

—Esto es increíble... Entonces, ¿quién la mató? ¿Un yonki desesperado por un chute?

El inspector le dedicó una larga mirada al policía antes de asentir y que este lanzara sobre la mesa otras cuatro carpetas más. Parecían expedientes.

—¿Conoces a estas cuatro chicas?

Cuatro fichas. Había cuatro informes aparentemente detallados de cuatro personas con sus respectivas fotografías.

—¿Qué pasa con ellas?

—Anne Benavent. Emily Bell. Jessica Whitman. Y Lauren Austen. — dijo el inspector—. Estas cuatro chicas fueron sus mejores amigas y, casualmente también estuvieron con ella la noche que la mataron.

—Caso resuelto, entonces. Utilizáis sus declaraciones, buscáis a la persona que más se parezca a sus descripciones y él os llevará a vuestra famosa banda de delincuentes.

—Para el carro, Sherlock Holmes. Las cosas nunca son así de fáciles.

—Es un pueblo de 1.080 habitantes — solté poniendo los ojos en blanco—. Estoy seguro de que la policía de Nueva York podrá con ello.

—Resulta que ninguna de ellas lograron ver nada—. El policía rubio se sentó en la silla libre frente a mí—. Todas ellas tienen la misma coartada.

— Acabáis de decir que estuvieron juntas.

—Juntas pero no revueltas. La perdieron de vista en... —perdió la vista en unos papeles— El Bosque de la Guerra.

—El Bosque de la Gran Guerra — le corregí —. Sí, suelen ir ahí durante el verano.

—¿Por qué?

—No tengo ni idea. A Eleonor ni si quiera le gustaba ese bosque, decía que estaba demasiado ultrajado de historias confabuladas.

—Interesante elección de palabras. ¿Y eso por qué?

—No lo sé. Supongo que por qué es un sitio de interés turístico por alguna guerra sin importancia que sucedió ahí hace mucho tiempo.

—¿Qué guerra?

—¿Te parece que soy de los que toman apuntes en clase? — me revolví en el asiento incómodo —. De todas maneras, ninguna solía adentrarse en el bosque. Se quedaban en el claro que había al lado y a veces se bañaban en un pequeño río que pasa por el medio de ese bosque.

—Pues según sus declaraciones, esa noche Eleonor Hall entró en aquel bosque — explicó el policía rubio sin dejar de mirar las fichas —. Todas explicaron lo mismo, así que según su testimonio, la historia oficial es que Emily Bell, Jess Withman, Lauren Austen, Anne Benavent y Eleonor Hall llegaron al bosque con la camioneta pick up de Anne Benavent sobre las

once de la noche. Después de estar más o menos una hora y media bebiendo y charlando, Eleonor les dijo que necesitaba hacer pis urgentemente. Estaban demasiado borrachas como para preocuparse, así que dejaron que se adentrara sola en el bosque y siguieron la fiesta sin ella.

Mientras hablaba, iba señalando las fotografías de sus respectivas fichas. Pero yo era incapaz de apartar la mirada de una de ellas. Hacía tiempo que no la veía, y tan solo con ver su fotografía se me contrajo el estómago. A gilipoias no me ganaba nadie...

—Pero el alcohol les pasó factura — continuó —. Y una de ellas, Emily Bell, se cayó al río. Según las demás, iba tan ebria que no vio por donde pisaba y se precipitó al río hasta golpearse la cabeza. Es por ese motivo por el que tenemos todas las declaraciones menos la suya, ya que según dijo no recuerda nada de lo que pasó esa noche. Ni el camino de ida ni nada que ocurriera cuarenta y ocho horas antes. En cuanto al resto, todas dicen que estuvieron demasiado ocupadas sacándola del agua y que para cuando oyeron el disparo ya era demasiado tarde.

—Qué casualidad, ¿verdad?

—¿Insinuáis que fueron ellas?—me reí con ganas—. Son inofensivas. Además, estaban muy unidas. Todas ellas son prácticamente como hermanas.

—¿Y qué opinas sobre la señorita Bell? ¿Crees que podría estar mintiendo sobre su conveniente amnesia?

—Creo que si estuviera mintiendo el médico que la atendió hubiera sospechado algo, ¿no?

— El médico que las atendió a todas confirma su cuartada alegando que el golpe que sufrió en la cabeza afectó a la corteza prefrontal de su cerebro y que eso pudo haberle producido una amnesia temporal.

—Ahí lo tienes.

—Pero ahí no acaba todo con la señorita Bell.

El tío del bigote me acercó su informe y abrió la primera página. Era el informe más delgado de todos.

—La hemos investigado un poco, y al hacerlo nos dimos cuenta que prácticamente no tiene nada que podamos investigar.

—Se crío en un internado en Londres donde pasó casi toda su vida — continuó el otro policía —. De ella sólo sabemos que sus padres la

enviaron a Europa con tan solo siete años por ser una niña demasiado conflictiva y que jamás fueron a verla hasta que la hicieron regresar a la edad de diecisiete años ya convertida en una auténtica señorita.

—Justo hace un año. ¿Casualidad?

—Como bien ha dicho, de pequeña fue algo problemática. Allí mejoró y cambió, así que sus padres decidieron darle una segunda oportunidad — solté —.No hay nada de ilegal en ello.

—Vaya, eres todo un Montesco defendiendo a su Capuleto— soltó el policía —.Y yo que creía que tu Julieta era pelirroja.

—¿Y qué hay de las demás? —Tosí ansioso por cambiar de tema—. Porque supongo que ella no es la única sospechosa en este asunto, ¿verdad?

—El premio gordo para el pueblerino de poco mundo— abrió el primer expediente—. Anne Benavent Ferrtz. Toda una promesa de la biomedicina. Campeona del decatlón académico del estado de Luisiana cinco veces seguidas. Premiada jugadora de la liga de soccer femenino. Y ganadora de una beca de jóvenes talentos en ciencias y matemáticas por la que estuvo en Luisiana estudiando durante cuatro meses hace un año.

—Además de ser una chata muy mona, ¿no?— soltó el inspector—. Sus padres, el señor y la señora Benavent, viven felizmente casados en una bonita casa de color rosa. El señor Fred Benavent es concejal de economía. La señora Esther Benavent es concejal de turismo. Sin hermanos, hija única.

—¿Sois conscientes de que eso lo sabe todo el mundo, verdad?

—Jessica Whitman Churchsoon — siguió el inspector tirando de golpe un nuevo expediente sobre el otro—. Una chata muy guapa. Sin logros académicos, pero muy popular entre los chicos de instituto por ser una chata rapidita y más fácil que la tabla del uno. Becada en todos los clubs de los pueblos vecinos noche tras noche. Matriculada con honores en bailes de... ¿cómo llaman los mocosos de ahora el mover el culo como una peonza mientras se restriegan cebolleta?

— Reggaetón, señor.

—Eso, ¡Reggaetón!. Además, esta chata es una auténtica obsesa patológica acerca de la opinión pública.

—Sus padres deben de estar muy orgullosos.

—Ahí se equivoca, agente McNally— le contesté el inspector—. Hace mucho que la señorita Whitman no sabe nada de su padre. Rob Whitman abandonó a su familia hace diez años para irse junto a su billetera y una stripper a probar suerte por Las Vegas. Desde entonces no se sabe nada de él. En cuanto a Meredith Churchsoon, trabaja en la fábrica de papel a jornada completa y sin apenas tiempo para escuchar los problemas grandilocuentes de su hija adolescente. Eso sí, tiene un hermano pequeño de siete años. ¿Vamos bien, pueblerino?

—Veo que os las arregláis bastante bien. No veo porque necesitáis mi ayuda en todo esto.

—Y por último, Lauren Austen Cleinton— continuó el policía abriendo el último expediente—. No te dejes engañar por su apellido, es poco menos que una marginada social reciclada por un camello pelirrojo. Sin resultados escolares destacados y ni salvajadas dignas de ser recordadas por nadie. Es prácticamente un espectro que tumbula por los pasillos con la cabeza gacha y sin aportar nada interesante a ninguna conversación. Sus padres, Clive Austen y Coralee Cleinton. Él trabaja de informático en la fábrica de papel y ella es parte de la plantilla de recursos humanos en la misma fábrica. Tenía un hermano mayor, hasta que la palmó por una sobredosis de Tictac el año pasado. ¿Me dejó algo?

—Creo que deberías destacar que sus padres son unos auténticos lunáticos paranoicos. Pero por lo demás, creo has hecho muy bien tus deberes. Felicidades. ¿Puedo irme ya?

—No, pueblerino. Por muy increíble que te parezca, te necesitamos.

—¡Pero es qué no sé en qué os puedo ayudar más! —Solté llevándome las manos a la cabeza—. ¿Qué queréis de mí?

—Queremos pillar a los malos, Jay.

—Llevamos mucho tiempo siguiéndoles la pista y por fin tenemos algo. Pero esos cabrones son demasiado listos y se esconden entre ellos.

—¿Ellos?—fruncí el ceño.

—Compañeros, vecinos, novias... ¡Eso da igual! Lo que importa es que saben esconderse de nosotros. Pero no podrán hacerlo de alguien como ellos.

—No sé si estoy preparado. ¡Ni si quiera sé cómo tengo que actuar! — dije devolviéndome la mirada en el espejo, sin embargo, todos en aquella sala sabíamos con certeza que ya había aceptado mucho antes de que me

soltaran todo este rollo. Era una mierda pero, no estaba hecho para ir a la cárcel.

—El agente McNally te acompañará como un amiguito de Nueva York—. El policía rubio asintió con fingida conformidad —. Estaremos en constante comunicación. Él te dirá qué hacer.

Resoplé removiéndome el pelo. ¿Asesinatos? ¿Contrabandistas? ¡¿Pero qué demonios le había pasado a Leavensworth?! Ahora tendría que volver después de huir por patas. Tendría que volver a verla. Pero, ¿por qué me preocupaba más el hecho de que no me prohibiera una de sus sonrisas que de colaborar en un caso policial para atrapar a un asesino y yonki que se escondía tras los arbustos? Yo no sentía nada por ella. Sólo me la había tirado. ¿Por qué eso empezaba a sonar sospechosamente como una mentira?

—Menuda mierda. Esto va a ser una caza de brujas...

—Eso espero, pueblerino — dijo el tío del bigote antes de sonreír satisfecho y salir por la puerta.

—¿Estás listo?

Dan se asomó por el resquicio de la puerta sin llamar. Ya empezábamos mal.

—¿Es qué no te enseñaron la importancia que tiene el concepto de la privacidad en la escuela de policía?

—No me hagas hablar sobre lo mucho que respetas la privacidad y la propiedad de las personas. ¿Estás listo o no?

—Qué sí—. Me pasé las manos por mi pelo rizado para peinármelo un poco—. Dime, oficial. ¿Así es cómo va a ser todo a partir de ahora? ¿Vas a venir todos los días a comprobar que no me he puesto la camiseta del revés?

—Puede que a ti no te importe, pero este es un caso importante. Además, es la primera operación en la que me han dado permiso para liderar.

—Enhorabuena, ojos azules. Estoy seguro de que ha sido por tu gran carisma.

Me tiró con fuerza una de las carpetas marrones de papel que llevaba encima.

—Este es tu objetivo durante esta noche —me dijo—. No la cagues.

La carpeta estaba llena de papeles y fotografías de Anne. Tenía entre mis manos prácticamente toda su vida para utilizarla en su contra.

—¿Por qué me ha tocado la cerebrita rubia?

—Son órdenes del inspector Morenno. Quiere que primero nos centremos en dos objetivos para poder ir tachando nombres en la lista.

—¿Y quién te ha tocado a ti? —Era una manera sutil de preguntar si iba a encargarse él de investigar a Emily. Me da igual que las ordenes vinieran del mismísimo Olimpo, nadie iba a investigarla salvo yo.

—Jessica Whitman.

—No es justo. Te ha tocado el blanco más fácil.

—Tienes cinco minutos para estudiártelo. Cuánto antes lleguemos a esa fiesta antes podremos olvidarnos el uno al otro—. Se dispuso a salir por la puerta cuando se volvió en el último momento—. ¡Ah! Y recuerda. No te acerques a Emily Bell esta noche. Es una sospechosa más en nuestra lista.

Me abroché el último botón de la camisa blanca. En realidad, era toda una suerte que nunca me haya considerado un gran aficionado a seguir la autoridad policial.

Cuando tras un viaje de incómodo silencio llegamos la casa de Jess, esta se había convertido en una auténtica reunión de simios. La calle estaba repleta de coches mal aparcados y el jardín era una auténtica recreación de La Guerra de la Independencia. Había borrachos desperdigados por el césped totalmente pringados de vodka, personas vomitando a ton ni son detrás de los matorrales y gente comiéndose de morros las aceras por creer que el suelo había empezado a cobrar vida recreando la mismísima macarena.

—Curiosa fiesta de despedida— dijo Dan observando la misma escena.

—Bienvenido a Leavensworth, agente.

Y aquello sólo fue a peor cuando entramos en casa. Música a todo volumen, barriles de cerveza por doquier y gente metiéndose mano en las esquinas. Sí señor, esto sí que era una fiesta

—Y yo que pensaba que las fiestas de despedida eran un muermo.

Dan se arremangó la camisa y se dirigió hacia la cocina, donde Jess estaba buceando entre vasos de vodka al grito de cinco orangutanes gritándole “¡Otra, otra!”.

—¡Sí, nos vemos luego! — le grité mientras se alejaba sin ni siquiera mirarme—. No te preocupes por tu nuevo compañero de piso. Total, sólo tengo que buscar a un asesino suelto entre un montón de gente que me odia.

Barrí con la mirada cada metro del salón con la esperanza de volver a verla. No me importaba lo que Dan me hubiera ordenado, tenía que mirarla, abrazarla, besarla... Bueno, primero creo que me conformaría hablando con ella. Parecía mentira que tan sólo hubieran pasado tres meses. Ahora era como si recordara un sueño lejano, de esos con los que intentas agarrarte con uñas y dientes pero que acaban escurriéndose entre los dedos. La había visto tan diferente... ni si quiera cuando me acerqué a ella en el velatorio vi asomarse a esa chica que me arrancaba las sonrisas sin querer. ¿Había sido yo el culpable de ese cambio? Si así fuera, no me lo perdonaría jamás.

—¿Jay Morrison sin compañía en una fiesta?—Y como sí el destino estuviera empeñado en convertirme en su nuevo show de entretenimiento, Anne vino a mí sin ni siquiera hacer el intento de buscarla.

—Digamos que mi cita rubia y de ojos azules acaba de abandonarme para ir a charlar con tu amiguita.

Anne frunció el ceño siguiendo mi mirada hasta un Dan dispuesto a aplicar todos sus métodos de seducción susurrándole algo en el oído a Jess en la cocina.

—Parece que tu amigo sabe lo que quiere. Ha ido a por Jess como una bala desde que la vio en el velatorio.

—¿Celosa?

—Preocupada. Una chica de pueblo nunca debería fiarse de un chico de

ciudad.

—Hablando de chicas de pueblo — dije perdiendo la mirada por el salón de nuevo—. ¿Has visto a Emily?

—No.

—¿No la has visto?

—¿Para qué la buscas? —preguntó con fingido desinterés.

—No es que sea asunto tuyo pero, tengo que hablar con ella sobre un asunto privado.

Río sin ninguna sutileza.

—Así que vuelves después de tres meses con un forastero a tu espalda. Y de repente tu amigo nuevo empieza a molestar a Jess... Tú a Emily... Es raro, ¿no?

—A mí no me parece que Jess se sienta incomodada.

—Pero sé de buena mano que Emily sí. Nunca te ha soportado y hasta hoy creía que tú tampoco la soportabas a ella. Sin embargo, aquí estás otra vez, intentando acercarte una vez más.

—¿No tienes que ir a estudiar para algún examen o algo? — ¿Pero qué demonios le pasaba ahora a esta? Si no la conociera lo suficiente pensaría qué estaba celosa. Pero se trataba de algo diferente.

—¿Cómo te enteraste de la muerte de Eleonor?

—No de la misma manera que tú, eso seguro. Dime, ¿cómo pueden cuatro personas no ver ni oír nada estando a menos de un kilómetro de la escena de un crimen?

—¿Por qué has vuelto, Jay?

Puse los ojos en blanco. Esta conversación era absurda y estaba perdiendo el tiempo.

—Verás, estoy empezando a cansarme de qué todo el mundo me pregunte lo mismo. ¿No puede alguien tomarse un respiro en verano y luego volver? —Me volví en busca de alguien para escapar de esta conversación, qué curiosamente se estaba convirtiendo en un interrogatorio. Otra vez.

—¿Jay? ¡Colega! — Inmediatamente me alegré de ver a Christian en cuanto me rodeó con sus enormes brazos de gimnasio con una copa en cada mano—. Así que es verdad, ¡El hijo prodigo ha vuelto!

—Veo que no has cambiado nada este verano.

—Fiel a mi esencia, colega.

Christian ha sido mi mejor amigo desde que íbamos a la guardería. Crecimos juntos, huíamos de la poli juntos, nos metían en la trena juntos... Siempre apoyándonos, siempre estando ahí en las buenas y sobre todo, en las malas. Así que me venía perfecto para zafarme de esta.

—Christian, ¿conoces a mi gran amiga Anne?

Christian se incorporó y la miró de arriba abajo.

—No he tenido el placer. ¿Te invito a una copa?

—Para invitar a alguien a una copa primero asegúrate de que la cerveza no sea de un barril barato accesible a cualquier borracho que aún pueda andar.

—Vaya. ¿Seguro que no eres una de mis exnovias?

—Vamos a casi todas las clases juntos, Christian Gale.

—No, de eso nada. Me he acostado con todas las de mi clase. Espera, ¿nos hemos acostado ya?

—Vaya, esta se ha convertido en una conversación un tanto privada — intervine cogiendo uno de los vasos que llevaba Christian encima—. Así que, si me disculpáis, voy a dar una vuelta por ahí. Con un poco de suerte hasta encuentro a alguien llorando en esta fiesta de...¿cómo lo llamó Jess?

—¡Fiesta de Despedida! — gritó con ímpetu Christian mientras alzaba su copa.

—Eso es — dije dirigiéndome a Anne—. Unas palabras muy acertadas, ¿no crees?

—¿Qué puedo decir? —dijo ella—. A Eleonor le hubiera gustado que la despidiéramos así.

—Seguro. Tú la conocías mejor que nadie.

—No. Yo creo que tú siempre la conociste mucho mejor.

—¿Sabes quién la conocía fenomenal? — dije antes de beber un buen sorbo de cerveza—. Aquí nuestro gran amigo Christian. ¿Por qué no le cuentas aquella vez que Eleonor te dijo que le encantaba tu camisa?

Para cuando escuché el inicio de la anécdota favorita de Christian yo ya me había alejado lo suficiente del salón. Tenía que encontrar a Dan y decirle que Anne sabía más de lo que dejaba ver. Y no era de extrañar, siempre había sido una chica lista. Pero joder, no imaginaba que podía ser tan toca pelotas. Se supone que era yo quien debía molestarla hasta la locura para que confesara todo lo que insistía en callar. Ahora Anne iba a ser prácticamente inaccesible. Menuda mierda...

Pasé por la cocina, pero ahí ya no había rastro ni de Dan ni de Jess. ¿Y si se la había llevado a la habitación? Me dirigí al pasillo, y para cuando subí el primer escalón con intención de echar un ojo a las habitaciones sin importarme cortarle el rollo en pleno lío caí en algo. La puerta de la biblioteca estaba entreabierta. Y sólo podía tratarse de dos cosas. Qué dos personas se estuvieran dando el lote entre polvo y enciclopedias. O qué alguien hubiera encontrado un refugio entre letras y páginas. Y sólo había una persona en todo este pueblo que prefiera enterrar su cara en un libro en lugar de en un barril de cerveza.

Entré sin pensarlo demasiado, a hurtadillas y con vergüenza, no quería pensar si era lo que ella necesitaba o incluso lo que yo necesitaba. Algo en mí quería entrar y encerrarse en esa habitación como si se tratara de un búnker. Y no iba a reprimir mis ganas. No ahora. Era una biblioteca pequeña y desordenada, pero era suficiente para esconderse entre cualquier pila de libros y pasar desapercibido. Y así hubiera sido si no se hubiera tratado de ella. No quería insinuar que sentía un amor profundo y platónico a través del cual podía saber dónde se encontraba en cada momento, pero por alguna extraña razón cuando estábamos en la misma habitación simplemente podía sentir como en mi interior se formaba un carnaval brasileño en plena plaza de Sambordomo. Y lo odiaba. Pero sobre todo odiaba haber tenido que poner distancia y tiempo entre nosotros para finalmente reconocer la electricidad que habíamos desaprovechado. Y claro, por efecto transitorio también tenía que odiarla a ella. Sí tan sólo no me hubiera dejado clavada esa risa suya en el pecho...

La encontré en el suelo, apoyada en una estantería polvorienta. Estaba leyendo un libro, *Las flores del mal*. Sólo a ella se le ocurre leer este libro en estas circunstancias.

—¿Tienes pensado quedarte tras las sombras toda la noche o estás poniendo en práctica una nueva faceta de acosador? — dijo ella sin

apartar la vista de la página —. Sé que estás ahí, Ulises.

Mierda. Cerré los ojos con fuerza intentando rebuscar alguna historia creíble que me hiciera parecer menos pringado.

—Sólo quería...

—¿Leer un libro?

—Exacto. Para eso sirven las bibliotecas, ¿no? —cogí el primero que pillé de la estantería en la que acababa de descubrirme—. Este. Y está resultando ser un muy buen libro.

Por un segundo creí ver asomarse entre la comisura de sus labios una tímida sonrisa.

—Eso es un libro de cocina.

¿Qué? En la portada del libro se podía leer "Mil maneras de sorprender a tus invitados con tus recetas"

—¿Y qué? — dije tirando el libro por ahí—. Nueva York ha despertado en mí un interés culinario muy enérgico.

—Ya. Estoy segura de que no es el único interés que te ha despertado.

—Ahí va. Si me dejarás hablar...

—¿Pero de qué quieres hablar Ulises? — Cerró el libro de golpe antes de levantarse del suelo. Sabía que lo hacía para estar a mí misma altura en la discusión —. ¿De cómo me dejaste tirada? ¿De cómo te estuve esperando como una idiota toda la noche repitiéndome una y otra vez que vendrías a por mí? ¿Pero tú te haces una idea de cómo me sentí cuando me dijeron que te habías ido y que no pensabas volver?

—Tenía que hacerlo —Lo admito. Me costó controlar esa sensación que se instala bajo tu pecho como una bala. — Yo no era bueno para ti, Ems.

Chasqueó la lengua al mismo tiempo que dejaba escapar una risa incrédula. Sabía que se estaba controlando para no llorar. Nunca le gustó hacerlo delante de nadie, pero conmigo aprendió a consolarse sin avergonzarse por ello. Y ahora, parecíamos dos completos extraños el uno con el otro.

—¿Qué no eras bueno para mí? — gritó—. No eres tú, soy yo, ¿no? ¿Así duermes mejor por las noches, Ulises? Seguro que te dices a ti mismo "Menos mal que me quité de encima a esa mocosa pesada que babeaba por los rincones loquita por mí antes de que la pobre acabara con una

jeringuilla en el brazo como mi padre” ¡Felicidades! Eres todo un cliché literario.

No iba a engañarme a mí mismo diciéndome que lo que había dicho no me había dolido. Puede que me lo mereciera, pero no quería que ella se diera por vencida conmigo. Ella no.

—¿ De verdad eres incapaz de darte cuenta, Ulises? — preguntó exasperada—. Querer no hace daño. Enamorarse no es condenarse. ¡A mí quererte me salvó la vida! Pero tú nunca me viste como algo más que una tía con la que follar cada vez que te diera la gana.

—Eso no es verdad.

—Eso es lo peor de todo — me apuntó con el dedo—. Ni si quiera en un momento como este eres capaz de ser sincero. ¿A qué le tienes tanto miedo?

—Tú no lo entenderías, ¿vale? — grité desesperado—. ¡Tienes una vida perfecta! No tienes ni idea de cómo puede llegar a destruirte una persona.

¿Qué el amor no es condenarse? ¡Y una mierda! Yo más que nadie sabía que algo tan minucioso como el amor era como una bomba de relojería. Te quiero. Tic Tac. Te amo. Tic Tac. No puedo vivir sin ti. Tic Tac. Te odio. Tic Tac. Ojalá estuviera muerto. Tic Tac. Ojalá estuvieras muerta.

—Vaya — susurró dolida con una mano en el pecho y lágrimas escondiéndose tras sus ojos—. Hasta ahora estaba convencida de que eras la única persona en este mundo que me conocía de verdad. Supongo que me equivocaba. Otra vez.

Pasó frente a mí sin ni si quiera mirarme. Se iba a ir. La estaba perdiendo. Yo sólo quería que se quedara, que hablara conmigo, pero sólo se me ocurrió detenerla con la excusa más ruin que se me pasó por la mente:

—¿Qué pasó en realidad esa noche, Emily?

Se detuvo en seco de espaldas a mí.

—¿Qué?

—Tú no bebes. ¿Por qué le dijisteis a todo el mundo que estabas borracha y que por eso te caíste de bruces al río Blue Water?

—Puede que no bebiera antes, pero han pasado tres meses— dijo después de voltearse hacia mí—. Y no tienes ni idea de las cosas que pueden cambiar en tan solo tres meses. Pero tranquilo, irás descubriéndolo poco a

poco. Yo me encargaré personalmente de ello.

Dio un par de pasos hacia mi dirección hasta tenerla justo donde había deseado tenerla durante todo el verano, a centímetros escasos de mi boca, pero para mi sorpresa, me cogió el vaso de cerveza de la mano y se lo acabó de un trago antes de soltar:

—Bienvenido de vuelta a tu reino, Jay Morrison.

Y cruzó a toda prisa la puerta.

—Emily —Fui tras ella —. ¡Emily, espera! Aún no he terminado.

Para cuando llegué al salón y vi a Emily petrificada en medio de la sala mirando a Jess subida encima de la mesa me percaté de lo que estaba pasando. Ya no sonaba música. Las luces estaban prendidas y todo aquel que aún estaba un poco sobrio se estaba atusando el pelo arrepintiéndose de no haber alumbrado con la luz del móvil a su acompañante antes de compartir fluidos íntimos unos minutos antes. Esto sólo podía significar una cosa: Los vecinos habían llamado a la policía.

—¡Esto no se ha acabado! — graznó una Jess borracha —. Si Mahoma no va a la fiesta, la fiesta irá a Mahoma. ¿Quién quiere seguir con el carnaval en otro sitio?

Un vitoreo ininteligible se escuchó por todo el salón.

—Jess, para. — se acercó Emily—. La fiesta se ha acabado. Baja y déjalo estar.

—¿Qué os parece esto? Emily Bell quiere que todos nos vayamos a casa — La multitud empezó a abuchear —. Pero yo os prometí una fiesta de despedida inigualable, ¡así que a bailar hasta que se ponga el sol! ¡Que todo el mundo mueva el culo hacia su coche, coja un barril de cerveza y vaya al Bosque de la Gran Guerra!

Creo que estábamos a punto de descubrir qué las cosas siempre pueden ir a peor.

Capítulo 8

Capítulo 6: Emily

No podía presumir de conocer mejor que nadie a Jessica Whitman, pero algo había aprendido con el tiempo: Cuando a Jess se le metía una estupidez en la cabeza, era imposible disuadirla de hacer lo contrario. Era algo así como una niña pequeña repelente y cabezona que quiere tarta aun sabiendo que ya se ha comido su porción. Así que a los quince minutos siguientes de trasladar públicamente su fiesta privada al lugar donde hacía menos de 72 horas había sido asesinada la anfitriona principal de la celebración, cogió la bicicleta del trastero con la que no había tocado ni siquiera un pedal desde hacía más de seis años y empezó a pedalear como una campeona de triatlón. Tenía que admitirlo, sólo por el hecho de avanzar un metro con la cogorza que llevaba encima ya era algo admirable. Pero aun habiendo acabado comiéndose el asfalto, ella siguió empeñada en ir. Y finalmente, aquí estábamos una noche más a pesar de mis reticencias para evitar poner un pie en este maldito bosque. Anne decidió que lo mejor para todas era ir y disimular qué estábamos despidiéndonos con clase y soltura. Supongo que si me hubiera puesto a pedalear en esa bicicleta otro gallo hubiera cantado. Pero una vez más teníamos que hacer lo que Anne y su estúpida conducta déspota e irrecriminable ordenaban hacer. ¿Pero quién demonios era ella para decidir sobre todas nosotras?

—Al final se te va a despegar el ceño de tanto fruncirlo— me distrajo Connor mirándome a través de sus gafas de pasta.

—Mientras se pueda volver a pegar...—Quiero a Connor. Al menos, tengo la certeza de que le quise. Y no como se le quiere a un clavo que acaba sacando otro clavo, más bien como a la brisa de aire fresco después de semanas en el árido desierto. Pero al final del día, a su lado volvía a ser esa niña insegura y dependiente que volvió de Londres llena de culpa.

—Si se trata de volver a pegar algo en tu preciosa cara, prefiero que sea tu sonrisa, nena —. Mentía. No era ni preciosa ni tenía una de esas sonrisas por las que los chicos se exponían al ridículo para poder contemplarla una vez más. De hecho, siempre había sido una más, la eterna chica con el mismo papel secundario en su propio largometraje. Las que son vistas, pero no son miradas. Esa era yo. Al menos, podía permitirme afirmar que no era como el resto de chicas. Y supongo que mucha culpa de eso la tenían los libros y sus ideas transformadoras, que al final acaban contaminando tu mente de pensamientos exiliados del mundo terrenal. Bendita contaminación necesaria.

Sonreí exageradamente, mostrándole los dientes y él me dio un beso.

—¿Has visto? Mucho mejor — Justo en ese momento le sonó el móvil y contestó al mensaje respolando. Seguro que era el señor Leavensworth extendiendo sus famosas técnicas de manipulación una vez más para que volviera ya a casa. Seguro que quería que ambos nos fuésemos a casa. Aproveché para observar con más detalle la fiesta. Parecía que todo el instituto Melville estaba aquí, los barriles de cerveza ahora yacían vacíos entre los árboles, la gente que aún estaba sobria se arrimaba a la gran fogata que había en el centro y los que estaban al borde del coma etílico bailaban como si la vida les fuera en ello al ritmo de Cardi B —. Es mi padre. Prefiere que nos vayamos a casa a descansar para estar concentrados mañana.

—¿Eso quiere?

—Va, vamos — me cogió de la mano al mismo tiempo que buscaba con la mirada su coche—. Si nos vamos ahora no cogeremos caravana para salir.

—¿De verdad quieres irte?— rogué— Acabas de venir, ni si quiera has estado en casa de Jess.

—Ya sabes cómo es papá.

—Ya, y tú también.

Connor frunció el ceño y desentrelazó sus dedos de los míos poco a poco.

—¿Qué quieres decir? Sabes perfectamente que mi padre no está pasando por un buen momento. Ya has oído al médico, por cada día que pasa inconsciente en esa cama hay menos probabilidades de que algún día...

—Connor, lo sé. Pero tu padre tiene que entender que nadie gana nada encadenándonos a todos en esa cama junto a tu hermano.

Dio un paso hacia atrás y me miró con una incredibilidad que casi me asfixia.

—Yo sólo... —resoplé y cerré los ojos con fuerza durante un segundo—. Perdona, no quería decirlo de ese modo.

—Soy muy consciente de que Skyler lleva seis meses en coma y que es muy probable que nunca llegue a despertarse. Pero por ese mismo motivo no voy a parar hasta meter entre rejas de por vida al imbécil que se atrevió a ofrecerle esa maldita droga aquella noche. Y si para ello debo sacrificar mi vida personal para hacer discursos o conferencias nacionales

y conseguirlo, no me va a temblar el pulso.

—¿Aunque dentro de esa vida personal me encuentre yo?

—¿Es eso lo que te asusta? ¿Qué rompamos porque nos acabe superando la situación?

¿Superando la situación? Si tan sólo él supiera que para sobrevivir había tenido que reconstruirme una y mil veces frente a situaciones complicadas...

Cardi B paró de cantar. Ahora sonaban las primeras letras de Teenage Dream junto con la empalagosa voz de Katy Perry. Pero mientras, podía seguir oyendo las brasas que murmuraban despacio y resbalaban suavemente entre el silencio que se había formado entre los dos.

—No es eso, Connor.

—Emily, tú eres perfecta. Te necesito a mi lado para poder llevar todo esto a buen puerto. No sé qué haría sin ti... ¡La gente te adora! ¿Te imaginas que sería de mi campaña política sin tenerte a ti detrás de mí?

Era la crónica de una muerte anunciada. La perfecta catarsis a punta de reloj que iba a desencadenar un caos para dar paso a la más insulsa nada. Me sentía exhausta de estar nadando contracorriente, y por mucho que lo ignorara, sentía vergüenza. Vergüenza en esforzarme con tanto empeño en ser alguien que claramente no era. Y sabía que recurrir a ese viejo amigo "Quizá si me esfuerzo un poco más...", iba a volver a llevarme a levantarme cada mañana convencida de estar pintándome con un color nuevo, quieta, pero saliéndome de la raya. Para que nadie supiera que mi verdadero color era débil y frágil. Pero pese a todo eso, volví a vestirme de esa sonrisa afable y a soltar algo como:

—No durarías ni un solo día en la casa blanca sin mí.

Es una pena que todos los colores no tengan espacio. Connor me dio un beso en la mejilla antes de ir a buscar el coche. Mientras, me quedé ahí en medio. Sin saber muy bien qué hacer o a quién mirar. Me daba asco sentirme así.

—¿Qué hace mi increíble primita sin una copa en la mano? — Claude me pasó el brazo por los hombros—. ¿Es que no sabes que las chicas malas también beben?

—Estás borracha.

—Sip.

—Estás borracha en una fiesta en la que, ya de primeras, ni siquiera deberías estar.

—Sip.

Claude tan solo tenía un año menos que yo, pero para mí era como mi hermana pequeña. Sus padres, dos yonquis de la adrenalina que huían a toda costa de las ataduras y las responsabilidades, la abandonaron al cargo de Hugo y Alice cuando ella apenas tenía cinco años. Desde entonces nuestra relación fue complicada, aunque, a decir verdad, todas mis relaciones por aquel entonces eran arduas. Yo tenía un carácter difícil que se desvivía por llamar la atención de sus padres, y no veía con buenos ojos que alguien viniera a mi casa a complicarme la tarea. Pero desde que volví de Londres, todo había cambiado. Era una irresponsable y una insensata, pero la quería como a nadie.

—Más te vale llegar a casa cuando Alice suba a tu cuarto mañana por la mañana para comprobar que no andas metida en líos.

—Primita, ¡meterse en líos es la sal de la vida! — gritó derramándome un poco de cerveza sobre mi chaqueta —. Por cierto, felicita a Jess de mi parte.

—¿Y por qué ibas a felicitar a Jess?

—¡Por su cumpleaños, tonta! ¡Yo también quiero esta fiesta para mis dieciocho!

—Primero preocúpate de llegar a los dieciocho. ¿Tienes a alguien que te lleve a casa?

—¡Mira, ahí está Jess! — señaló con el brazo a alguien tras de mí. Pero no era Jess, sino Anne de espaldas riendo y contoneándose al ritmo de la música mientras hablaba con alguien—. ¡No puede ser! ¿Está con Jay Morrison alias “El Edward Cullen de Leavensworth”?

—Esa no es Jess, Claude.

—Pero si es rubia y tiene un cuerpazo y...

—Ya, bueno, Leavensworth tiene la suerte de tener a dos pivones rubios entre el resto de su población mundana — Le quité la copa a Claude aprovechando sus reflejos ebrios antes de vaciar su contenido de un sorbo —. Oh, dios. ¿Qué es esto? Nada, déjalo. Prefiero no saberlo. Vayamos a

por otra.

—¡Es Anne! — gritó de repente Claude —. Sí, sí es ella ¡Mírala!

Y Anne pareció distinguirla entre las letras de Katy Perry. Y Jay la imitó, claro. Ambos acabaron mirándome como si en realidad estuviéramos a miles de kilómetros de distancia, al menos dolía de la misma manera. Hacían buena pareja. No como la que hacían Eleonor y Jay, pero era una bonita segunda parte agradable de ver. Los dos eran guapos, y tan seguros de sí mismos... Qué asco daban. Sin embargo, lo que más me asustó en aquel momento eran los resquicios de esa sensación con la que tan buenas migas había acabado haciendo durante este último año. Envidia, divino tesoro. Te vas para luego volver... Y junto con ese monstruo verde, volvió a resurgir la peor de todas: la impotencia de querer pero no ser.

—Claude, ¿por qué no me acompañas a por algo más fuerte? —Pero mi intento casi dio risa. Claude no tardó un segundo en correr hasta Jay.

Miré a mi alrededor en busca de cualquier vía de escape que me permitiera huir de las ganas de tirar a Jay por el barranco más cercano. ¿Estaba provocándome celos con mi mejor amiga a propósito? ¿O quizá...? No, no, solo estaban hablando. Pero esa risa... Me era demasiado familiar. ¿Pero qué estaba diciendo? Él nunca... Ellos nunca me harían algo así, ¿verdad? ¿De qué estarían hablando?

—¡Emily! ¿Qué haces todavía ahí parada? —gritó Claude a su lado — ¡Ven aquí, y saluda a Jay Morrison como se merece!

—Si tan solo pudiera darle lo que realmente se merece...— murmuré acercándome, poniendo los ojos en blanco y estrujando el vaso de plástico con disimulo.

—Estábamos hablando de la bonita pareja que hacen — soltó cuando estuve de pie frente a ellos—. ¿No te recuerdan un poco a los Beckham?

Jay desvió la mirada, inquieto. Se sentía tan incomodo como yo, en cambio Anne sonrió imperceptiblemente.

—¿Los Beckham? — respondí— No, no lo creo. A Ofelia y Hamlet, quizá.

—¿Quién?

—Esos, querida pequeña Bell, son los personajes de una tragedia shakesperiana, ¿Quiénes sino? — le contestó Ulises a Claude sin apartarme la mirada —. No creo que tu prima sepa apreciar otra cosa más

que dramas y tragedias.

—Será que sólo me he rodeado de personas incapaces de ofrecerme otra cosa.

—¿Enserio? —intervino Anne poniéndose entre medio de ambos—. Estamos en una fiesta. No es hora de que empecéis una discusión literaria. ¿Pero qué os pasa?

—A mí nada. Pero parece que Emily ha perdido de vista a Connor y ahora es incapaz de dejar que una pareja se lo pase bien.

En ese momento me sonó el móvil. Tenía un mensaje nuevo. Sabía de quien era. Otra vez.

“Se te ha acabado el tiempo, morenita. Más te vale que tengas lo que te pedí. Nos vemos donde siempre. ”

—Connor se ha ido — dije volviendo a guardar el móvil en el bolsillo de mi chaqueta de cuero granate—. Pero a mí todavía me queda mucha fiesta esta noche. ¿Cervezas para todos?

—Pero si tu no... —comenzó a decir Anne con el ceño fruncido.

—Tú no bebes —. La rotunda afirmación de Jay dejó a Anne fuera de juego. Sabía que se preguntaría cómo alguien como él sabía algo tan personal como mi poca predilección por el alcohol. Pero ese descuido había salido de él, así que no dudé un segundo en darme a la fuga y dejarle a él salir de esta.

—¡Tres cervezas marchando!

—¿Eh, y yo qué?!— oí quejarse a Claude, pero a mí me faltaba césped para salir huyendo.

Me dirigí hacia los barriles de cerveza más alejados, justo al lado de los altavoces. Saqué el teléfono y empecé a escribirle:

Amor, mi prima necesita ayuda. Vuelvo a casa con ella, nos vemos mañana.

Me llené un vaso de cerveza hasta arriba con disimulado asco, y odiándome un poco más volví a mirarlos. Seguían ahí, mirándose como se miraban Rachel y Ross en Friends. Demostrando a toda la plebe que las películas románticas pueden ser algo más que una aspiración tonta. Seguro que acaban juntos, rey y reina del baile, casados y con hijos preciosos y malcriados. Y aquí estaré yo, mirando desde lejos con un agujero en el pecho. Y para colmo estábamos en este maldito bosque otra

vez. Era como una maldición, malditas a volver una y otra vez al lugar que todas más temíamos. Agradecía ese golpe en la cabeza como una oportunidad para dormir por las noches, no recordar era el bálsamo más dulce por el que cualquiera como nosotras mataría por apreciar. Pero con el tiempo, se convertía en un sabor agridulce por el que toda tu piel quemaba, congelando todos tus pensamientos fuertes. No me gustaba este sitio, pero no me quedaba otra que sobrevivir a esta noche.

De repente la vi apartada de todos, agazapada tras la sombra de la hoguera y avancé a zancadas hasta chocarme con su espalda y empaparme de cerveza barata el vestido, la chaqueta y las puntas del pelo.

—¡Vaya! — exclamó Lauren llevándose las manos a la boca—Lo siento tanto...

—¿Por qué te disculpas? La tonta miope he sido yo.

—Porque seguramente no me habrás visto y ahora te has quedado con el vaso completamente vacío y...

—Y a quién le importa esa cerveza a precio de saldo —. Lauren sonrío forzosamente, pero todavía veía sus ojos llorosos —. ¿Qué haces aquí apartada?

—Nada, yo estaba..., quería escuchar la música mejor.

Estaba mirándolo a él. Aún seguía tras la los zapatos de Christian Gale, el egocéntrico jugador de fútbol que coleccionaba a tías como sellos. Y lo que era aún peor, se jactaba de cada conquista que llevaba a su cama.

—Creía que ya se había acabado.

Su mirada se recrudeció, los ojos llorosos se transformaron en una fortaleza impenetrable.

—¿El qué?— Sabía a qué me refería. Pero jamás lo diría en voz alta, así que asentí.

—Nada, me habré equivocado.

Christian le susurraba a Mackenzie en el oído, ella le murmuró algo que le hizo sonrojarse. ¿Por qué se empeñaba en dejarse hacer polvo? Debería salir tras la sombra que ella misma había dibujado e intentar callar el doloroso eco de los sentimientos que creía tener para así olvidar la cara de ese capullo. Quizá debería decírselo, quizá debería rodearle con los brazos y dejar que llorara sin sentimiento de vergüenza o culpa. Pero en

su lugar, me despedí y le di la espalda.

—Ni se te ocurra juzgarme.

Me volteé.

—Tú no eres la más indicada para mirarme así después de todo.

—¿Qué?

—Nada, me habré equivocado —dijo tras lo que me parecieron horas.

Seguí mi camino sin dedicarle más tiempo a lo que no hacía falta. Lauren había cogido algo en casa de Eleonor. Lo sabía. En algún momento del velatorio, tuvo que subir antes que nosotras y coger algo. Quizá lo mismo que buscaba Anne tan desesperadamente al llevarse el cajón por medio. ¿Y si la señora Hall tuviera razón? ¿Y si Eleonor lo dejó todo escrito, en alguna parte? No, no podría. Pero quizá sí escribió algo que hasta ahora todas desconocíamos. Y Lauren, y Anne lo sabían. Y por cómo me había mirado, estaba segura de que fuera lo que fuera era Lauren quien lo había encontrado.

Volví a escuchar la temida voz de Jess por alguna parte, alzando su voz por encima de la música hasta conseguir pararla.

—¿Quién quiere jugar a Habla ahora o calla para siempre?!

La gente empezó a gritar, aullar y vitorear. Esto iba a estar entretenido. Me uní al corrillo de gente que empezó a formarse alrededor de Jess, no sin antes robarle la copa a un tío que estaba medio muerto en el suelo. Alguien preguntó cuáles eran las reglas del juego, creo que fue Dan.

—¿Es que Jay no te ha enseñado nunca a jugar? — le preguntó Jess al borde de un coma etílico, tocándole un hombro—. El que propone el juego debe elegir a algún participante para jugar, él o ella obligatoriamente pasarán a formar parte del juego y deberán hacer lo mismo con otra persona. Y así sucesivamente hasta que haya cinco participantes. Después, nos colocamos todos en círculo y alguien deberá decir algo que sabe que es cierto, una verdad absoluta. Si alguien está de acuerdo con esa verdad, bebe. Si nadie bebe, el que deberá beber será él o ella y por lo tanto se le considerará un mentiroso.

—¡O mentirosa!—gritó un iluminado.

—Un poco infantil, ¿no?—soltó Dan provocando varios abucheos. La gente se sentía muy orgullosa de Habla ahora o calla para siempre. Era el juego más recurrente en las fiestas cuando la gente estaba tan pedo que

solo soltaban escándalos a chorros.

—Tú espera y verás — le murmuró lo suficientemente alto como para que todos lo escucháramos —. Como he sido quien ha propuesto el juego, yo retó a Dan.

—Qué sorpresa—murmuró alguien.

—Ya se ha tirado al nuevo, seguro — murmuró alguien más.

—Está bien — sonrió Dan—. Yo reto a... Jay Morrison.

Pero él no apareció.

—¿Jay?

Se me detuvo el corazón. La última vez que lo había visto estaba con Anne. ¿Y si...?

—¿Estás viendo todo esto?— dijo alguien tras de mí. Sentí como el nudo que se había formado en mi pecho acabó dejando paso a todo el aire que mis pulmones requirieron al ver que se trataba de Anne—. En cuanto la gente se despiste arrastramos a Anne hacia el coche. De ninguna manera va a jugar a este estúpido juego.

—¿Dónde estabas?—La pregunta la descolocó.

—Buscándote. ¿Dónde estabas tú?

Huyendo, pensé.

—Por aquí.

—Ah. ¿Con Jay?—Le noté cierta cautela al referirse a Jay. Estaba segura de que ahora sabía que había algo que no encajaba entre nosotros. No podíamos ser solo dos vecinos que tan solo tenían una mala relación si de nuestras bocas salían palabras escuetas, pero cortantes que sabían perfectamente donde rozar.

—No. ¿Por qué iba a estar con él?

—Se fue a buscarte.

La gente seguía llamándolo, mientras que Jess se agarraba como una garrapata a Dan, intentándole decir con su voz ebria que este era el mejor juego de todos.

—Vaya. Debe ser el único chico en el mundo que renuncia a tus susurros al oído para ir a buscar a otra — me mojé los labios con la cerveza que aún tenía en la mano—Me parece que vas a necesitar algo más que un día para que caiga.

—¿Has estado bebiendo de verdad?

—No, solo me paseo con este vaso de un lado para el otro. Gracias por notarlo.

—Apesta a alcohol. Pero si tú nunca bebes, qué demonios ha...

—¡Ahí está, Jay!— gritó alguien.

Venía del bosque con paso tranquilo. Y lo que era aún más importante: solo.

—¿Qué me he perdido?

—Estás dentro de Habla ahora o calla para siempre — le informó Dan —. Te toca escoger.

Jay pareció extrañado al principio, pero bajo todas las miradas debió recordar que tarde o temprano esto hubiera acabado de la misma manera. Al fin y al cabo, esto no era Nueva York, aquí no hay fiesta sin fisgones ansiosos por difundir rumores ni gente mezquina esperando alimentarse de cotilleos. Además, no era la primera vez que él jugaba a esto. Y tenías que tener una muy buena cara de póker si querías sobrevivirlo.

—Bien—dijo él—. Elijo a Emily Bell.

Silencio.

—¿Dónde está Emily?— alguien dijo.

—¡Aquí!— me descubrió Mackenzie.

No, no, no. No iba a ir. No me iba a mover.

—Ni se te ocurra— oí que susurraba disimuladamente Anne. Quizá fue el hecho de que me ordenara lo que tuviera que hacer, o quizá fue el tono que empleó al hacerlo. De cualquier manera, me moví con decisión hasta el centro, al lado de Jess y frente a Jay.

Ya me sabía su juego, ahora íbamos a jugar al mío.

—Yo elijo a Christian Gale.